



FORO PURPLE ROSE

Gayle Forman

where
she
went

Continuación de If I Stay

Agradecimientos

Moderadora:

elamela

Emii_Gregori

Staff de Traducción:

ΞΞ3YosbeΞΞ3

†DaRk BASS†

Abril.

Akanet

AleGrigori

Alexiia ☪ ♪

Andre27xl

Baabo

Beellie

Cami.Pineda

Carmen170796

Dham-love

Emii_Gregori

Flochi

Inthefreedomwings

Javy

katfly

Kathesweet

Kazenbrr

Ximeyrami

Liseth_Johanna

LizC

Luisa1229

Makilith Vivaldi

R0r0_05♥

Sheilita Belikov

Sophie12

Susanauribe

SweetObsession

Xhessii

Staff de Corrección:

Andy Parth

~NightW~

Aldebaran

Nathy

Luchita_c

Loo!*

Curitiba

Paaau

Diseño:

Paovalera

Índice

Sinopsis	Capítulo 13
Capítulo 1	Capítulo 14
Capítulo 2	Capítulo 15
Capítulo 3	Capítulo 16
Capítulo 4	Capítulo 17
Capítulo 5	Capítulo 18
Capítulo 6	Capítulo 19
Capítulo 7	Capítulo 20
Capítulo 8	Capítulo 21
Capítulo 9	Capítulo 22
Capítulo 10	Capítulo 23
Capítulo 11	Sobre la autora
Capítulo 12	

Sinopsis

Han pasado tres años desde el devastador accidente... tres años desde que Mia se alejó para siempre de la vida de Adam.

Ahora, viviendo en lados opuestos de la costa, Mia es una estrella en ascenso de Julliard y Adam es una sensación periodística en Los Ángeles gracias a su nuevo status de estrella del rock y a su nueva y famosa novia. Cuando Adam queda atrapado en Nueva York sólo, el destino junta a la pareja una vez más, por una última noche. Mientras exploran la ciudad que se ha convertido en el hogar de Mia, Adam y Mia regresan al pasado y abren sus corazones al futuro, y hacia el otro.

Contado desde el punto de vista de Adam, con la prosa lírica definida desde *If I Stay*, *Where She Went*, explora la devastación del duelo, la promesa de una nueva esperanza y la flama de un amor reavivado.

Segundo libro de la saga *If I Stay*

Capítulo 1

Traducido por *Inthefreedomwings* y *Makilith Vivaldi*

Corregido por ~NightW~

Cada mañana me levanto y me digo esto: *Es sólo un día, un periodo de veinticuatro horas para superarte a ti mismo*. No sé exactamente cuando empecé dándome esta frase de ánimo, o porqué. Suena como un mantra de doce pasos y no estoy en “Lo-que-sea Anónimos”¹, aunque leyendo algo de la mierda que ellos escriben sobre mí, creerían que debería estarlo. Tengo un tipo de vida por el que probablemente mucha gente vendería un riñón sólo por experimentar un poco. Pero aún así, encuentro la necesidad de recordarme a mí mismo la temporalidad de un día, de garantizarme a mí mismo que me superé ayer, que me superaré hoy.

Esta mañana, después de mi rutina diaria, le echo un vistazo al reloj minimalista del hotel de estancia nocturna. Se leen las 11:47, positivamente el amanecer para mí. Pero la recepción ya ha hecho dos llamadas de despertador, seguidas de una educada pero firme llamada de nuestro gerente, Aldous. Hoy podría ser sólo un día, pero está establecido.

Debo estar en el estudio para establecer las notas finales en guitarra de la versión sólo para internet del primer sencillo de nuestro álbum recién publicado. Vaya truco. Misma canción, nueva pista de guitarra, algunos efectos vocales, pago un dinero extra por ello. “En estos días, consigues leche de un dólar por cada centavo”, los trajes de etiqueta son aficionados en recordárnoslo.

Después del estudio, tengo una entrevista en el almuerzo con algún reportero del *Shuffle*. Estos dos eventos son algo parecido a los sujetos libros en los que mi vida se ha convertido: hacer música, lo cual me gusta, y hablar sobre hacer música, lo cual detesto. Pero son dos caras de la misma moneda. Cuando Aldous llama por segunda vez finalmente hago a

¹**Lo-que-sea Anónimos:** Hace referencia a los grupos de apoyo como Alcohólicos Anónimos y semejantes.

un lado el edredón y tomo la botella de prescripción de la mesa junto a mí. Es algo contra la ansiedad que debo tomar cuando me siento nervioso.

Nervioso es como me siento normalmente. A estar nervioso es a lo que me he acostumbrado. Pero desde que se inició nuestro tour con tres conciertos en el Madison Square Garden, lo he sentido un poco más. Como si estuviera a punto de ser absorbido por algo potente y doloroso. Como un vórtice.

—¿Eso es siquiera una palabra? —me pregunto—. Estás hablando contigo mismo, así que ¿a quién diablos le importa? —me respondo, cogiendo un par de pastillas. Me pongo unos bóxers, y me dirijo hacia la puerta de mi habitación, donde una taza de café ya está a la espera. Fue dejada allí por un empleado del hotel, sin duda, con instrucciones precisas de permanecer fuera de mí camino.

Termino mi café, me visto y me encamino hacia el ascensor de servicio y lejos de la entrada de invitados; el director de relaciones públicas ha tenido la amabilidad de proveerme de la clave de acceso especial para poder evitar el desfile de fans en el vestíbulo. En la acera, me saluda una explosión de vapor de aire de Nueva York. Es una especie de opresión, pero me gusta que el aire esté húmedo. Me recuerda a Oregón, donde la lluvia cae sin cesar e incluso en el más cálido de los días de verano, florecen cantidad de cúmulos nubosos por encima, sus sombras te recuerdan que el calor del verano es efímero, y la lluvia nunca está lejos.

En Los Ángeles, donde vivo ahora, casi nunca llueve. Y el calor, es de nunca acabar. Pero es un calor seco. Las personas de allí utilizan esta aridez como una excusa general para todos los excesos calientes y humeantes.

—Puede haber ciento siete grados hoy —presumen—, pero al menos es un calor seco.

Pero en Nueva York es un calor húmedo; para cuando llego al estudio a diez cuadras de distancia en un tramo desolado en West Fifties, mi cabello, el cual mantengo oculto bajo una capucha, está húmedo. Saco un cigarrillo de mi bolsillo y mi mano tiembla mientras lo enciendo. He tenido un ligero temblor durante, más o menos, los últimos años. Después de extensas revisiones médicas, los doctores declararon que no es más que nervios y aconsejaron que practicara yoga.

Cuando llego al estudio, Aldous está esperando fuera bajo el toldo. Me mira, luego a mi cigarrillo y regresa a mi cara. Sé por la manera en que

me mira, que está tratando de decidir si necesita hacer de policía bueno o malo. Tengo que verme como una mierda porque opta por el policía bueno.

—Buenos días, Rayo de sol —dice alegremente.

—¿Sí? ¿Qué tiene de bueno la mañana? —Trato de hacer que suene como una broma.

—Técnicamente, es por la tarde ya. Estamos llegando tarde.

Apago mi cigarrillo. Aldous pone una garra gigante en mi hombro, de manera incongruentemente suave. —Sólo queremos una pista de guitarra en *Sugar*, únicamente para darle algo adicional con el fin de que los aficionados lo vuelvan a comprar. —Se ríe, negando con la cabeza gracias a lo que se ha convertido el negocio—. Luego tienes almuerzo con *Shuffle* y tenemos una sesión de fotos para esa cosa de “Fashion Rocks” para la *Times* con el resto de la banda alrededor a las cinco y luego una bebida rápida con algunos chicos adinerados de etiqueta y después me voy al aeropuerto. Mañana, tienes una pequeña reunión rápida con publicidad y comercio. Sólo sonrío y no digas mucho. Después de esto estás en soledad hasta Londres.

¿En soledad? ¿Cómo opuesto a estar en el seno cálido de la familia cuando estamos todos juntos? Digo. Sólo lo digo para mis adentros. Últimamente me parece cada vez más y más que la mayoría de mis conversaciones son conmigo mismo. Teniendo en cuenta la mitad de las cosas que pienso, eso es probablemente algo bueno. Pero esta vez será realmente por mí mismo. Aldous y el resto de la banda están volando a Inglaterra esta noche. Suponía que estaría en el mismo vuelo hasta que me di cuenta de que hoy era viernes trece y estoy en la actitud de “¡de ninguna manera!” Estoy teniendo bastante con la gira, así que no lo voy a arruinar más marchándome el día oficial de mala suerte. Así que me había reservado a Aldous para un día más tarde. Grabamos un vídeo en Londres para luego hacer una rueda de prensa antes de comenzar la etapa europea de nuestro tour, de manera que no es que me esté perdiendo un espectáculo, sólo una reunión preliminar con el director de nuestro video. No necesito oír hablar de su visión artística. Cuando empecemos a grabar, voy a hacer lo que él me diga.

Sigo a Aldous al estudio y entro en un stand de prueba de sonido en el que sólo estoy yo, junto una fila de guitarras. Al otro lado del vidrio se sientan nuestro productor, Stim y los ingenieros de sonido. Aldous se une a ellos.

—Bueno, Adam —dice Stim—, una pista más y el coro. Sólo para hacer que esa atracción sea más pegajosa. Tocaremos con las voces en la mezcla.

—Atractivo. Pegadizo. Lo tengo. —Me pongo los auriculares y recojo mi guitarra para ponerla a punto y entrar en calor. Intento no darme cuenta de que a pesar de lo que Aldous dijo hace unos pocos minutos, se siente como que ya estoy totalmente en mi soledad. Yo solo en una cabina insonorizada. *No pienses demasiado*, me digo a mí mismo. *Así es como grabo en un estudio tecnológicamente avanzado*. El único problema es que me sentía de la misma forma en que me sentía hace unas noches en el Garden. En el escenario, frente a dieciocho mil aficionados, junto a las personas que, una vez en otro tiempo, eran parte de mi familia, me sentí tan solo como lo hago en este stand.

Sin embargo, podría ser peor. Me pongo a tocar y mis dedos se mueven ágiles, a continuación me bajo del taburete y aporreo y rasgo contra mi guitarra, la aporreo hasta que chilla y grita de la forma que deseo. O casi de la forma en que quiero que lo haga. Hay probablemente unos cien mil dólares en guitarras en esta sala, pero ninguna de ellas suena tan bien como mi vieja Les Paul Junior², la guitarra que había tenido durante muchos años, con la que había grabado nuestros primeros discos, la que, en un arrebato de estupidez o de arrogancia o lo que sea, me había permitido que fuera subastada con fines benéficos. La brillante y cara sustituta nunca ha sonado o nunca se ha sentido del todo bien. Sin embargo, cuando la rasgo a todo volumen, me las arreglo para perderme por un segundo o dos.

Pero terminó muy pronto y luego Stim y los ingenieros me dan un apretón de manos y me desean suerte en la gira, mientras Aldous me acompaña a la puerta y a la ciudad en coche, transitando por la Novena Avenida al Soho, a un hotel en cuyo restaurante, los publicistas de nuestro sello discográfico han decidido que es un buen lugar para la entrevista.

¿Qué, piensan que tengo menos posibilidades de despotricar o decir algo alienante si estoy en un lugar público caro?

Recuerdo los primeros días, cuando los entrevistadores escribían revistas o blogs, eran aficionados que sólo querían hablar de rock, *discutir* de música y hablar con todos nosotros juntos. Más a menudo que no, sólo se convirtió en una conversación normal con todo el mundo gritando sus

² **Gibson Les Paul Junior:** La Gibson Les Paul Jr. es una guitarra eléctrica de cuerpo sólido introducida en 1954 como un precio asequible, de nivel de entrada de Les Paul. Fue lanzada por primera vez con un estilo de cuerpo de un solo corte, sin embargo los modelos con un estilo cuerpo de doble corte se introdujeron más tarde, en 1958.

opiniones sobre otros. En aquel entonces nunca me preocupé por guardar mis palabras. Pero ahora los periodistas interrogan a la banda y a mí por separado, como si fueran policías y me tienen a mí y a mis cómplices en células adyacentes y están tratando de hacernos implicar los unos a los otros.

Necesito un cigarrillo antes de entrar, por lo que Aldous y yo nos quedamos de pie fuera del hotel en el sol del mediodía cegador mientras la multitud de gente se reúne y me mira, pretendiendo no hacerlo. Esa es la diferencia entre Nueva York y el resto del mundo. La gente es tan célebre como en cualquier otra parte, pero los neoyorkinos, o al menos los que se consideran sofisticados y pierden el tiempo a lo largo del bloque del Soho donde estoy de pie ahora, pretenden que no les importa, incluso cuando miran a través de sus gafas de trescientos dólares. Entonces actúan todos desdeñosos cuando los forasteros rompen el código corriendo y pidiendo un autógrafo como un par de niñas con camisetas de la Universidad de Michigan acaban de hacer, y más la molestia de un trío de snobs cercanos y me dan una mirada de simpatía. Como si las niñas fueran un problema.

—Tenemos que conseguirte un mejor disfraz, Hombre Salvaje³ —dice Aldous, después de las chicas, riéndose con entusiasmo, revoloteando lejos. Es el único al que le he permitido que me llame así. Antes solía ser un apodo general, una derivación de mi apellido, Wilde. Pero una vez que recogí la basura en una habitación de hotel y después de eso Hombre Salvaje se convirtió en un apodo firme en los tabloides.

Entonces, como si fuera en el momento justo, aparece un fotógrafo. No puedes estar delante de un hotel de alta gama por más de tres minutos antes de que eso ocurra. —¡Adam! ¿Está Bryn dentro?

Una foto de mí y de Bryn vale cuatro veces más que una de mí solo. Sin embargo, después de que el primer flash se apaga, Aldous mete una mano en la parte frontal del objetivo del tipo y otro frente a mi cara.

A medida que me hace pasar, me prepara. —La periodista se llama Vanessa LeGrande. No es uno de los tipos canosos que odias. Es joven. No más joven que tú, pero de veinte años, creo. Solía escribir en un blog antes de entrar en *Shuffle*.

—¿Qué blog? —interrumpo. Aldous rara vez me da recorridos tan detallados de la prensa a menos que haya una razón.

³ **Hombre Salvaje:** hace referencia a una variación de su apellido Wilde (Wild) que traducido al español sería 'Salvaje'.

—No estoy seguro. Tal vez Gabber.

—Oh, Al, eso es un-pedazo-de-mierda de sitio de chismes.

—*Shuffle* no es un sitio de chismes. Y esta es la exclusiva de portada.

—Está bien. Lo que sea —le digo, pasando a través de las puertas del restaurante. En el interior todo son mesas bajas de acero y vidrio y sillones de cuero, como en un millón de otros lugares en los que he estado ya. Estos restaurantes piensan tan bien de sí mismos, pero en realidad sólo son las caras, sobre-estilizadas versiones de McDonald's.

—Ahí está, mesa de la esquina, la rubia con mechas —dice Aldous—. Es una cosa pequeña y dulce. No es que tengas escasez de cosas pequeñas y dulces. Mierda, no le digas a Bryn que he dicho eso. Bueno, olvídalo. Voy a estar aquí en el bar.

¿Aldous quedándose para una entrevista? Eso es trabajo de publicista, salvo que me negué a ser acompañado por publicistas. Debo parecer realmente descentrado.

—¿Tú de niñera? —pregunto.

—No. Tal vez te vendría bien algo de apoyo.

Vanessa LeGrande es linda. O tal vez caliente es un término más preciso. No importa. Puedo decir por la forma en que se lame los labios y mueve su pelo hacia atrás, que ella lo sabe y eso arruina más el efecto. Un tatuaje de una serpiente se extiende hasta su muñeca y yo apostaría nuestro disco de platino que tiene tramp stamp⁴. Efectivamente, cuando busca en su bolso la grabadora digital, espiando desde lo alto de los jeans de cintura baja está una pequeña flecha de tinta apuntando al sur. *Con clase*.

—Hey, Adam —dice Vanessa, mirándome con complicidad, como si fuéramos viejos amigos—. ¿Puedo decirte que soy una fan? *Daño Colateral* me acompañó a través de una devastadora ruptura en el último año de universidad. Así que, gracias. —Me sonríe.

—Uh, de nada.

—Y ahora me gustaría devolverte el favor escribiéndote el mejor perfil de una maldita estrella fugaz que jamás haya golpeado una página. Entonces, ¿qué tal si vamos al grano, y sacamos esto directamente fuera del agua?

¿Ir al grano? ¿La gente siquiera entiende la mitad de la basura que sale de sus bocas? Vanessa puede tratar de ser descarada o fresca o está tratando

⁴ **Tramp Stamp:** Tatuaje en la parte baja de la espalda.

de ganarme con candor o me muestra qué tan real es, pero lo que sea que me está vendiendo, no lo voy a comprar. —Claro. —Es todo lo que digo.

Un camarero viene a tomar nuestra orden. Vanessa ordena una ensalada, yo pido una cerveza. Vanessa hojea un portátil Moleskine⁵. —Sé que se supone que debemos estar hablando de *BloodSuckerSunshine...* — comienza.

Inmediatamente, frunzo el ceño. Eso es *exactamente* de lo que se supone que deberíamos estar hablando. Es por eso que estoy aquí. No para ser amigos. No para intercambiar secretos, sino porque es parte de mi trabajo promover los álbumes de *Shooting Star*.

Vanessa enciende su sirena. —He estado escuchándolo durante semanas y soy una chica inconstante y difícil de complacer. —Se ríe. A lo lejos, escucho a Aldous aclararse la garganta. Lo miro. Lleva una enorme sonrisa falsa y me da un pulgar hacia arriba. Se ve ridículo. Me dirijo a Vanessa y me obligo a sonreír de nuevo—. Pero ahora que su segundo álbum de discográfica ha salido y su sonido es más duro, creo que todos podemos estar de acuerdo, establecido, estoy queriendo escribir un estudio definitivo. Para trazar su evolución a partir de la banda emo-core a los descendientes del agita-rock.

¿Descendientes del agita-rock? Esta masturbación auto-importante deconstruccionista⁶ de mierda era algo que realmente me tiró desde el principio. En lo que a mí respecta, he escrito canciones: acordes y ritmos y letras de canciones, versos y puentes y ganchos. Pero mientras nosotros lo hacíamos más grande, la gente comenzaba a diseccionar las canciones, como una rana de la clase de biología hasta que ya no quedaba nada, salvo las tripas, las partes pequeñas, mucho menos que la suma.

Ruedo mis ojos un poco, pero Vanessa se centra en sus notas. —Estuve escuchando algunas copias piratas de sus trabajos realmente antiguos. Es tan poppy⁷, casi dulce comparativamente. Y he estado leyendo todo lo escrito sobre ustedes, cada entrada de blog, todos los artículos de revistas. Y casi todo el mundo se refiere a *Shooting Star* llamándola “agujero negro”, pero nadie nunca lo comprende. Tienes una versión un poco indie, lo haces bien, estás preparado para las grandes ligas, pero luego esto se retrasa. Se rumorea que terminaste con todo. Y entonces viene *Daño*

⁵ **Computadores Moleskine:** Marca de notebook vintage.

⁶ **Deconstruccionista:** Consiste en mostrar cómo se ha construido un concepto cualquiera a partir de procesos históricos y acumulaciones metafóricas (de ahí el nombre de deconstrucción), mostrando que lo claro y evidente dista de serlo

⁷ **Poppy:** Adjetivo que se refiere a una música que no gusta.

Colateral. Y ¡pow! —Vanessa imita una explosión que viene de sus puños cerrados.

Es un gesto dramático, pero no del todo fuera de lugar. *Daño Colateral* se produjo hace dos años y al mes de su lanzamiento, el single *Animate* había ingresado a las listas nacionales y se había vuelto vírico. Solíamos bromear con que no se podía escuchar la radio por más de una hora sin oírlo. A continuación, *Bridge* se catapultó fuera de los gráficos y poco después el álbum fue subiendo al número uno en iTunes, lo que hizo que cada *WalMart* en el país lo vendiera y pronto estaba peleando con Lady Gaga por el número uno en las listas de *Billboard*. Durante un tiempo parecía que el álbum estaba cargado en el iPod de todas las personas de todas las edades entre doce y veinticuatro. En cuestión de meses, nuestra medio olvidada banda de Oregon fue portada de la revista *Time* que nos promocionó como “Los Nirvana del Milenio”.

Pero nada de esto es noticia. Todo ha sido documentado, una y otra vez, incluso en *Shuffle*. No estoy seguro de a dónde quiere ir con eso Vanessa.

—Ya sabes, todo el mundo puede atribuir el sonido más duro al hecho de que Gus Allen produzca *Daño Colateral*.

—Cierto —le digo—. A Gus le gusta el rock.

Vanessa toma un sorbo de agua. Puedo oír el piercing de su lengua hacer clic. —Pero Gus no escribió las letras, que son la base de todo ese atractivo. Lo hiciste tú. Todo lo que le da la energía y la emoción. Es como que *Daño Colateral* es el álbum más furioso de la década.

—Y pensar que íbamos por el más feliz.

Vanessa me mira y entrecierra los ojos.

—Lo dije como un cumplido. Fue muy purificador para una gran cantidad de personas, incluyéndome. Y ese es mi punto. Todo el mundo sabe que algo se vino abajo durante su “agujero negro”. Va a ser revelado con el tiempo, así que ¿por qué no controlar el mensaje? ¿A quién se refieren con “*Daño Colateral*”? —pregunta, haciendo citas en el aire—. ¿Qué pasó con ustedes, chicos? ¿Contigo?

Nuestro camarero entrega la ensalada de Vanessa. Ordeno una segunda cerveza y no respondo a su pregunta. No digo nada, sólo mantengo mi mirada fija hacia abajo. Porque Vanessa tiene razón sobre una cosa. *Controlamos* los mensajes. En los primeros días, nos hacían preguntas todo el tiempo, pero sólo nos mantuvimos dando respuestas vagas: nos

tomamos un tiempo para encontrar nuestro sonido, para escribir nuestras canciones.

Pero ahora la banda es tan grande, que nuestros publicistas emiten una lista de temas que no deben mencionar los periodistas: la relación de Liz y Sarah, la mía y la de Bryn, los antiguos problemas con las drogas de Mike y el “agujero negro” de *Shooting Star*.

Pero aparentemente Vanessa no recibió el memo. Miro hacia Aldous por un poco de ayuda, pero él se encuentra en una profunda conversación con el barman. Demasiado para ser de apoyo.

—El título se refiere a la guerra —digo—. Hemos explicado eso antes.

—Cierto —dice ella, rodando los ojos—. Porque sus letras son *tan* políticas.

Vanessa me mira fijamente con esos enormes ojos azules de bebé. Esta es la técnica de un periodista: crear un incómodo silencio y esperar a que el sujeto lo llene con balbuceos. Sin embargo, no funcionará conmigo. Puedo devolverle esa mirada a cualquiera.

De repente los ojos de Vanessa se vuelven fríos y severos. Abruptamente pone su despreocupada y coqueta personalidad en segundo plano y me mira con firme ambición. Luce hambrienta, pero es una mejoría, porque al menos está siendo ella misma.

—¿Qué pasó, Adam? Sé que hay una historia ahí, la historia de *Shooting Star* y seré la única en contarla. ¿Qué convirtió a esta banda de pop independiente en un fenómeno de rock original?

Siento un puño duro y frío en mi estómago.

—La vida pasó. Y nos tomó un tiempo para escribir el nuevo material...

—Te tomó un tiempo —interrumpe Vanessa—. Tú escribiste los dos álbumes más recientes.

Yo sólo me encojo de hombros.

—¡Vamos, Adam! *Daño Colateral* es *tu* disco. Es una obra maestra. Deberías estar orgulloso de eso. Y sólo sé que la historia detrás de él, detrás de tu banda, es *tu* historia también. Un gran cambio como este, del colaborativo cuarteto indie a las impulsadas estrellas del potente punk emocional, se debe a ti. Me refiero a que sólo tú recibiste el premio *Grammy* a la Mejor Canción. ¿Qué sentiste?

Como la mierda. —En caso de que lo hayas olvidado, toda la banda ganó el premio a Nuevo Mejor Artista. Y eso fue hace más de un año.

Ella asiente con la cabeza.

—Mira, no estoy tratando de ofender a nadie o reabrir las heridas. Sólo estoy tratando de entender el cambio. En el sonido. En las letras. En la dinámica de la banda. —Me da una mirada de complicidad—. Todas las señales apuntan a que tú eres el catalizador.

—No hay ningún catalizador. Simplemente jugamos con nuestro sonido. Sucede todo el tiempo. Al igual que Dylan en la música electrónica. O Liz Phair volviéndose comercial. Pero la gente tiende a enloquecer cuando algo se aparta de sus expectativas.

—Sólo sé que hay algo más en eso. —Vanessa continúa, inclinándose hacia adelante contra la mesa con tanta fuerza que empuja mi estómago y tengo que empujarla físicamente hacia atrás.

—Bueno, obviamente tienes tu teoría, así que no dejes que la verdad se meta en el camino.

Sus ojos brillan por un rápido segundo y creo que la he hecho enojar, pero luego pone las manos en alto. Sus uñas están mordidas.

—En realidad ¿Quieres saber mi teoría? —Arrastra las palabras.

No particularmente. —Muéstramela.

—He hablado con algunas personas con las que fuiste a la preparatoria.

Siento mi cuerpo entero congelarse, alguna materia blanda endurecerse como plomo. Requiere de una extrema concentración para llevar el vaso a mis labios y pretender que tomo un sorbo.

—No me había dado cuenta que fuiste a la misma preparatoria que Mia Hall —dice a la ligera—. ¿La conoces? ¿La violoncelista? Está comenzando a hacer un montón de ruido en ese mundo. O a lo que sea que equivalga el ruido en la música clásica. Tal vez un murmullo.

El vaso tiembla en mi mano. Tengo que usar mi otra mano para ayudar a bajarlo a la mesa y evitar derramarlo sobre mí. *Todas las personas que realmente saben lo que en verdad sucedió en ese entonces no están hablando, me recuerdo a mí mismo. Los rumores, incluso los verdaderos, son como las llamas: sofocan el oxígeno, chisporrotean y mueren.*

—Nuestra preparatoria tenía un buen programa de artes. Era una especie de tierra de cultivo para músicos —le explico.

—Eso tiene sentido —dice Vanessa, asintiendo con la cabeza—. Hay un vago rumor de que tú y Mia eran pareja en la preparatoria. Lo que fue

gracioso porque nunca había leído sobre eso en ningún lugar y ciertamente parece digno de mencionarlo.

Una imagen de Mia parpadea ante mis ojos. De diecisiete años de edad, esos ojos oscuros llenos de amor, intensidad, miedo, música, sexo, magia y dolor. Sus manos frías. Mis propias manos frías, ahora sosteniendo el vaso de agua helada.

—Sería digno de mencionarlo si fuera cierto —le digo, obligando mi voz a un tono más uniforme. Tomo otro trago de agua y señalo hacia el camarero por otra cerveza. Es la tercera, es el postre de mi líquido almuerzo.

—¿Así que no lo es? —Ella suena escéptica.

—Ilusiones —respondo—. Nos conocimos por casualidad en la escuela.

—Sí, no pude conseguir a nadie que realmente supiera de ustedes dos para corroborarlo. Pero entonces obtuve un viejo anuario y hay una dulce foto de ustedes dos. Lucen bastante como una pareja. La cosa es, que no hay nombre con la foto, sólo un título. Así que al menos que sepas cómo luce Mia, podrías perderla.

Gracias, Kim: mejor amiga de Mia, reina del anuario, paparazzi. No queríamos que la foto fuera utilizada, pero Kim la colocó sin enlistar nuestros nombres en ella, sólo ese estúpido apodo.

—¿El “Genial” y la “Friki”? —preguntó Vanessa—. Incluso tienen un título.

—¿Estás usando los anuarios de la preparatoria como tu fuente? ¿Y ahora qué? ¿Wikipedia?

—Eres difícilmente una fuente confiable. Dijiste que se conocieron “por casualidad”.

—Mira, la verdad es que tal vez conectamos por un par de semanas, justo cuando esas fotos fueron tomadas. Pero, oye, salí con un montón de chicas en la preparatoria. —Le doy mi mejor sonrisa de chico fácil.

—¿Así que entonces no la has visto desde la escuela?

—No desde que se fue a la Universidad —le digo. Esa parte, al menos es cierta.

—Así que, ¿cómo es que cuando entrevisté al resto de tus compañeros de banda, no hicieron ningún comentario cuando les pregunté acerca de ella? —pregunta, mirándome intensamente.

Porque aunque cualquier otra cosa haya ido mal con nosotros, seguimos siendo leales. Acerca de eso. Me obligo a hablar en voz alta:

—Es porque no hay nada que decir. Creo que a las personas como tú les gusta el aspecto de la comedia de la situación, ya sabes, dos reconocidos músicos de la misma escuela preparatoria siendo una pareja.

—¿Personas como yo? —pregunta Vanessa.

Buitres. Chupasangres. Ladrones de almas. —Reporteros —le digo—. Eres una aficionada a los cuentos de hadas.

—Bueno, ¿quién no lo es? —dice Vanessa—. Aunque la vida de esa mujer ha sido cualquier cosa menos un cuento de hadas. Perdió a su familia entera en un accidente de auto.

Vanessa se estremece con burla de la manera en que haces cuando hablas de las desgracias de alguien que no tiene nada que ver contigo, eso no te afecta, y nunca lo hará.

Nunca he golpeado a una mujer en mi vida, pero por un minuto quiero golpearla en el rostro, darle una idea del dolor que ella está describiendo tan a la ligera. Pero me contengo y ella sigue, sin idea.

—Hablando de cuentos de hadas, ¿tú y Bryn Shraeder tendrán un bebé? Siego viéndola en todos los tabloides de revistas ocultando una protuberancia en su vientre.

—No —le respondo—. No que yo sepa.

Estoy tan malditamente seguro que Vanessa sabe que Bryn está fuera de los límites, pero si hablar acerca del supuesto embarazo de Bryn la distraerá, entonces lo haré.

—¿No que tu sepas? Ustedes siguen juntos ¿cierto?

Dios, el hambre en sus ojos. Por todo lo que habla de escribir sus definitivas encuestas, por todas sus habilidades de investigación, ella no es diferente a todos los mercenarios periodistas y fotógrafos acosadores, muriendo por ser la primera en ofrecer una gran primicia, ya sea de un nacimiento: “¿Serán mellizos para Adam y Bryn?” O de muerte: “Bryn le dice a su Hombre Salvaje: ¡Se acaba!” Ninguna de esas historias es verdad, pero en algunas semanas las veo a ambas dando guerra en las cubiertas de diferentes revistas de chismes al mismo tiempo.

Pienso en la casa de Los Ángeles que Bryn y yo compartimos. O cohabitamos. No puedo recordar la última vez que estuvimos juntos al mismo tiempo por más de una semana. Ella hace dos o tres películas al año, y acaba de comenzar su propia compañía de producción. Así que, entre el rodaje y la promoción de sus películas y perseguir los derechos

para producirlas, y yo estando en el estudio o de gira, parecemos estar en horarios opuestos.

—Sip. Bryn y yo seguimos juntos —le digo a Vanessa—. Y no está embarazada. Sólo usa esas camisas de campesino estos días, así que todo el mundo asume que es para ocultar un vientre. No lo es.

A decir verdad, a veces me pregunto si Bryn usa esas camisas a propósito, para atraer las miradas a su vientre como una forma de tentar al destino. Ella *en serio* quiere un bebé.

A pesar de que públicamente, Bryn tiene veinticuatro, en realidad, tiene veintiocho años y afirma que su reloj está en marcha y todo eso. Pero tengo veintiuno y Bryn y yo sólo hemos estado juntos por un año. Y no me importa si Bryn dice que tengo un alma vieja y ya lo he sido a través de toda la vida. Incluso si tuviera cuarenta y un años, y Bryn y yo acabáramos de celebrar veinte años juntos, no me gustaría tener un niño con ella.

—¿Se unirá a ustedes en la gira?

Con la sola mención de la gira, siento mi garganta comenzar a cerrarse. La gira es de sesenta y siete largas noches. *Sesenta y siete*. Mentalmente toco mi frasco de pastillas, calmándome sabiendo que está ahí, pero soy más inteligente como para buscarlo a hurtadillas en frente de Vanessa.

—¿Huh? —pregunto.

—¿Bryn se reunirá contigo en la gira?

Me imagino a Bryn en la gira, con sus estilistas, instructores de Pilates, sus más recientes comidas crudas para su dieta. —Tal vez.

—¿Cómo es que te gusta vivir en Los Ángeles? —pregunta—. No pareces ser del tipo del sur de california.

—Es un ambiente seco —contesto.

—¿Qué?

—Nada. Era una broma.

—Oh, cierto. —Vanessa me mira con escepticismo. Ya no leo entrevistas sobre mí, pero cuando lo hacía, palabras como “inescrutable” eran usadas a menudo. Y “arrogante”. ¿Es así como las personas me ven realmente?

Por fortuna, nuestra hora asignada se ha terminado. Ella cierra su cuaderno y pide la cuenta. Atrapo la mirada aliviada de Aldous para hacerle saber que hemos terminando.

—Fue un placer conocerte, Adam —dice ella.

—Sí, para mí también. —Le miento.

—Tengo que decir, que eres un enigma. —Ella sonríe y sus dientes brillan con un blanco inusual—. Pero me gustan los enigmas. Al igual que tus letras, todas esas espeluznantes imágenes en *Daño Colateral*. Y las letras en el nuevo disco, también son muy crípticas. Sabes, algunos críticos se preguntan si *BloodSuckerSunshine* podr  igualar la intensidad de *Daño Colateral*...

S  lo que viene. He escuchado esto antes. Es esta cosa que los periodistas hacen. Referirse a las opiniones de otros críticos como una forma de revés para exponer su propia opinión. Y sí lo que realmente está preguntando, incluso si no lo hace: * C mo se siente que la única cosa valiosa que has creado provenga de la peor clase de pérdida?*

De pronto, todo es demasiado. Bryn ocultando su estómago. Vanessa con mi anuario de la escuela. La idea de que nada es sagrado. Todo es comida para basura. El que mi vida pertenezca a cualquiera menos a mí. Sesenta y siete noches. *Sesenta y siete, sesenta y siete*. Me levanto de la mesa con tal fuerza que los vasos de agua y cerveza se precipitan sobre su regazo.

— Qu  demo...?

—Esta entrevista ha terminado —gru o.

—Ya lo sé.  Por qué te est s desquitando conmigo?

— Porque no eres nada más que un buitre! Esto no ha tenido que ver ni un carajo con la música. Se trataba de recoger todo lo que puedas.

Los ojos de Vanessa bailan mientras busca a tientas por su grabadora. Antes de que tenga la oportunidad de volver a encenderla, la recojo y la golpeo contra la mesa, rompiéndola y luego la lanzo dentro de un vaso de agua como buena medida. Mi mano está temblando y mi corazón late con fuerza y siento los comienzos de un ataque de pánico, del tipo que me asegura que estoy a punto de morir.

— Qu  acabas de hacer? —grita Vanessa—. No tengo una copia de seguridad.

—Bien.

— C mo se supone que escribir  mi artículo ahora?

— Le llamas a eso un artículo?

—Sí. Algunos de nosotros tenemos que trabajar para vivir, tú, remilgado y temperamental imbécil...

—¡Adam! —Aldous está junto a mí, dejando tres billetes de cien dólares sobre la mesa—. Para una grabadora nueva —le dice a Vanessa, antes de acompañarme fuera del restaurante e irnos en un taxi. Le lanza otro billete de cien dólares al conductor después de que se niega a dejarme encender un cigarrillo. Aldous llega a mi bolsillo y saca el frasco de mi prescripción, agita una pastilla a su mano, y dice, —Ábrela. —Como si fuera alguna huraña madre.

Espera hasta que estamos a pocas cuadras de mi hotel, hasta que haya terminado dos cigarrillos en una inhalación continua y meto en mi boca otra pastilla para la ansiedad.

—¿Qué pasó ahí?

Le cuento. Sus preguntas acerca del “agujero negro”. Sobre Bryn. Sobre Mia.

—No te preocupes. Podemos llamar a *Shuffle*. Amenazarlos con retirar la exclusiva si no ponen a un periodista diferente a cargo. Y tal vez esto llegue a los tabloides o provoque chismes por unos días, pero no es una gran historia. Pasará al olvido.

Aldous está diciendo todas estas cosas calmadamente, como, “Oye, es sólo rock and roll”, pero puedo leer la preocupación en sus ojos.

—No puedo, Aldous.

—No te preocupes por eso. No tienes que hacerlo. Es sólo un artículo. Podrá manejarse.

—No es sólo eso. No puedo hacerlo. Nada de eso.

Aldous, quien no creo que haya dormido en una noche completa desde que salió de gira con Aerosmith, se permite lucir exhausto durante unos segundos. Entonces vuelve al modo representante.

—Sólo has conseguido un agotamiento antes del tour. Le pasa a los mejores —asegura—. Una vez que estés en camino, delante de la multitud, y comiences a sentir el amor, la adrenalina y la música, te sentirás recargado. Quiero decir, demonios, estarás frito seguramente, pero felizmente frito. Y en noviembre, cuando esto haya terminado, puedes ir a vegetar en una isla en algún lugar donde nadie sepa quién eres, donde a nadie le importe una mierda acerca de *Shooting Star*. O del salvaje Adam Wilde.

¿Noviembre? Estamos en Agosto. Esos son tres meses. Y la gira es de sesenta y siete noches. *Sesenta y siete noches*. Lo repito en mi cabeza como un mantra, excepto que hace lo contrario a lo que un mantra se supone tiene que hacer. Me hace querer tomar puñados de mi cabello y tirar de él.

¿Y cómo le digo a Aldous, cómo le digo a cualquiera de ellos, que la música, la adrenalina, *el amor* y todas las cosas que mitigan lo difícil que esto se ha vuelto, se han ido? Todo lo que queda es este vórtice. Y estoy justo en el borde de él.

Mi cuerpo entero está temblando. Lo estoy perdiendo. Un día podría ser sólo de veinticuatro horas, pero a veces sobrevivir a través de uno sólo parece tan imposible como escalar el Everest.

Capítulo 2

Traducido por Kazenbrr

Corregido por ~NightW~

*Aguja e hilo, piel y hueso,
Saliva y tendón, un Corazón roto es mi hogar,
Tus líneas de sutura brillan como diamantes
Brillantes estrellas en mi asilamiento.*

Stich —Daño Colateral, Pista 7

Aldous me deja en frente de mi hotel. —Mira, hombre, creo que solo necesitas tiempo para relajarte. Así que, escucha: Voy a limpiar tu agenda por el resto del día y voy a cancelar tus reuniones de mañana. Tu vuelo a Londres no es sino hasta las siete y no tienes que estar en el aeropuerto hasta las cinco. —Mira su teléfono—. Eso es más de 24 horas para que hagas lo que quieras hacer. Te prometo que te sentirás mucho mejor. Ve, se libre.

Aldous me está mirando de forma preocupada y calculadora. Él es mi amigo, pero también soy su responsabilidad. —Voy a cambiar mi vuelo —anuncia—, volaré contigo mañana.

Me da vergüenza lo agradecido que estoy. Volar en primera clase con la banda no es mayor problema. Tendemos a quedarnos prendados de nuestros iPods de lujo, pero al menos cuando vuelo con ellos, no estoy solo. Cuando vuelo solo, ¿quién sabe con quién me sentaré? Una vez fue un empresario japonés que no dejó de hablar durante todo el vuelo de 10 horas. Quería que me cambiaran pero no quería ser la clase de idiota estrella de rock que pide que le cambien el asiento, así que me quede ahí, asintiendo con la cabeza, sin entender la mitad de lo que decía. Pero hay veces aún peores, donde en serio estoy solo en esos largos vuelos.

Sé que Aldous tiene mucho que hacer en Londres. Más que eso, perderá la reunión de mañana con el resto de la banda y el director del video será otro pequeño terremoto. Pero, como sea. Además, nadie culpa a Aldous; me culpan a mí.

Así que es una gran molestia que Aldous se quede otro día conmigo en Nueva York. Pero aún así aceptaré su ofrecimiento, aún si intento no darle importancia a su generosidad murmurando: —Okay.

—Genial. Tú pon en orden tu cabeza. Te dejaré solo, ni siquiera te llamaré. ¿Quieres que pase por ti para ir al aeropuerto? El resto de la banda se está quedando en el centro.

Hemos adquirido el hábito de quedarnos en diferentes hoteles desde el último tour y Aldous diplomáticamente alterna entre quedarse en mi hotel y en el de ellos. Esta vez está con ellos.

—Aeropuerto. Te veré en la sala de espera —le digo.

—Bien, entonces te reservaré un automóvil para las cuatro. Hasta entonces, simplemente relájate. —Estrecha mi mano, me da un medio abrazo y luego está de vuelta en el taxi, moviéndose rápidamente a su siguiente tarea, probablemente a apagar los puentes que he quemado hoy.

Busco la entrada de servicio y me dirijo hacia mi habitación. Tomo una ducha, considero volver a dormir. Pero estos días el sueño me evade aún con todo un botiquín lleno de ayuda psico-farmacéutica. Desde las ventanas en el piso 18 puedo ver como el sol del atardecer baña la ciudad con un cálido brillo, haciendo que Nueva York parezca hogareña de alguna forma, pero haciendo que mi suite se sienta claustrofóbica y caliente. Me pongo un par de jeans y mi camiseta negra de la suerte. Quería reservarla para mañana cuando me fuera de tour, pero siento que necesito algo de suerte justo ahora, de manera que tendrá que trabajar durante dos días.

Enciendo mi iPhone. Hay 59 nuevos mensajes de correo y 17 nuevos correos de voz, incluyendo varios del probablemente muy molesto publicista y algunos de Bryn, preguntando cómo me fue en el estudio y la entrevista. Podría hablarle pero ¿para qué? Si le hablo de Vanessa LeGrande, ella se molestará porque perdí mi “figura pública” en frente de una reportera. Ella está tratando de entrenarme para que deje ese mal hábito. Dice que cada vez que pierdo la compostura en frente de la prensa, sólo les doy más motivos para que me sigan molestando. “Dales una persona pública aburrída, Adam, y dejaran de querer escribir tanto de ti”, me aconseja constantemente. El problema es que tengo el presentimiento

de que si le dijera a Bryn cuál fue la pregunta que me desquició, ella probablemente también perdería su persona pública.

Pienso en lo que Aldous dijo acerca de desconectarme de todo y apago mi teléfono y lo dejo caer en la mesa de noche. Entonces tomo mi sombrero, mis lentes, mis pastillas y mi cartera y salgo por la puerta. Camino por Columbus, dirigiéndome hacia Central Park. Un camión de bomberos pasa junto a mí, sus sirenas a todo volumen. *Rasca tu cabeza o estarás muerto*. Ni siquiera recuerdo donde aprendí esa rima de niño, o el dicho de que tenías que rascarte la cabeza cada vez que escuchas una sirena, a menos que la sirena sea para ti. Pero si sé cuándo empecé a hacerlo y ahora es natural para mí. Aún así, en un lugar como Manhattan, donde siempre hay sirenas, esto puede ser agotador.

Es temprano en la noche y el calor agresivo se ha calmado y es como si todos sintieran que es seguro salir porque hay gente por todos lados: expandiendo sus picnics en el césped, empujando carriolas por los senderos, flotando en canoas en el lago lleno de lirios.

Por más que me guste ver a la gente hacer lo suyo, todo esto me hace sentir expuesto. No entiendo como otras personas en el ojo público son capaces de hacerlo. Algunas veces veo fotografías de Brad Pitt con su banda de hijos en Central Park, simplemente jugando en los columpios, y claramente se ve que lo siguieron los paparazzi pero él aún parece estar pasando un día normal con su familia. O tal vez no. Las fotografías pueden ser muy engañosas.

Estoy pensando en todo esto y caminando junto a gente feliz disfrutando la tarde de verano y empiezo a sentirme como un blanco en movimiento, aún cuando mi sombrero está cubriéndome y mis lentes están en su lugar y no estoy con Bryn. Cuando Bryn y yo estamos juntos, es casi imposible pasar desapercibido. Me paraliza la paranoia, no tanto porque me fotografíen o porque me acose una multitud buscando autógrafos —aunque en realidad no quiero lidiar con eso ahora— si no porque se burlen de mí debido a que soy la única persona en el parque sola, aún cuando obviamente ese no es el caso. Pero de todas formas siento como si en cualquier momento la gente empezará a señalarme y reírse.

Así que ¿esto es como resultaron las cosas? ¿*Esto* es en lo que me he convertido? ¿Una contradicción andante? Estoy rodeado de gente pero me siento solo. Digo que necesito un poco de normalidad pero ahora que la tengo no sé qué hacer con ella, ya no sé cómo ser una persona *normal*.

Camino hacia el Ramble, donde las únicas personas con las que me encontraré son aquellas que no quieren ser encontradas. Compro un par de perros calientes y me los como en un par de mordidas y sólo entonces me doy cuenta de que no he comido en todo el día, lo que me hace pensar en el almuerzo y en la debacle de Vanessa LeGrande.

¿Qué pasó ahí? Digo, se ha sabido que te pones difícil con los reporteros, pero esa fue una acción de hora amateur. Me digo a mí mismo.

Estoy cansado. Me justifico. Sobrecargado. Pienso en el tour y es como si el musgoso piso junto a mí se abriera y empezara a girar.

Sesenta-y-siete noches. Trato de racionalizar. Sesenta y siete noches no son nada. Trato de dividir el número, fraccionarlo, hacer algo para que sea más pequeño, pero nada divide 67 de forma equitativa. Así que lo divido de otras formas. 14 países, 39 ciudades, un par de cientos de horas en el autobús de tour. Pero las matemáticas sólo hacen que todo gire más rápido y me empiezo a sentir mareado. Me sostengo de un árbol y muevo mis manos sobre la corteza, que me recuerda a Oregon y hace que la tierra se cierre, al menos por ahora.

*No puedo evitar pensar como, cuando era más joven, leí sobre la legión de artistas que habían hecho implosión, Morrison, Joplin, Cobain, Hendrix. Me daban asco. *Obtuvieron lo que deseaban ¿y aún así no eran felices? Se drogaron hasta la perdición. O se volaron la cabeza. Vaya grupo de imbéciles.**

Bien, mírate ahora. No eres un adicto, pero no eres mucho mejor que eso.

Cambiaría si pudiera, pero hasta ahora, ordenarme a mí mismo callarme y disfrutar el viaje no me ha servido de mucho. Si la gente a mi alrededor supiera cómo me siento, se reirían de mí. No, eso no es cierto. Bryn no se reiría. Se asombraría de mi inhabilidad para disfrutar lo que me costó tanto trabajo lograr.

Pero ¿he trabajado tan duro? Todos —Mi familia, Bryn, el resto de la banda (al menos solían hacerlo)— asumen que de alguna manera me merezco todo esto, que el reconocimiento y dinero es una recompensa. Realmente nunca creí eso. El karma no es como un banco. Has un deposito, has un retiro. Pero últimamente creo más y más que esto es un “pago” solo que no por algo bueno.

Busco un cigarrillo, pero mi paquete este vacío. Me levanto y sacudo el polvo de mis jeans y salgo del parque. El sol está empezando a hundirse en el oeste, una brillante esfera inclinándose sobre el Hudson y dejando un

collage de colores durazno y morado en el cielo. Es en verdad muy hermoso y por un momento me obligo a mi mismo a admirarlo.

Me dirijo al sur sobre la Séptima, me detengo en una deli, compro unos cigarrillos y me dirijo al centro. Regresaré al hotel, ordenaré servicio a la habitación y tal vez duerma temprano para variar. Afuera del Carnegie Hall se están deteniendo los taxis, dejando a la gente que va al espectáculo de esta noche. Una mujer mayor usando perlas y tacones sale de un taxi, su encorvado compañero sostiene su brazo. Mirándolos juntos me hace sentir algo en el pecho. *Mira el atardecer*, me digo a mí mismo. *Mira algo lleno de belleza*. Pero cuando vuelvo a mirar al cielo este es del color de un moretón.

Idiota temperamental. Así fue como me llamó la reportera. Ella era odiosa, pero en eso tenía razón.

Mi mirada regresa a la tierra y cuando lo hace son sus ojos los que veo. No como los solía ver, a la vuelta de cada esquina, detrás de mis parpados cerrados al iniciar cada día. No en la forma en que solía imaginarlos en los ojos de cada chica con la que me acosté. No, esta vez sí son sus ojos. Una foto de ella, vestida de negro, el cello recargado en su hombro como un niño cansado. Su cabello está recogido en uno de esos estilos que parecen ser requisito para los músicos clásicos. Ella solía usarlo así para algunos recitales y conciertos de música de cámara, pero con algunos mechones sueltos, para suavizar la severidad del estilo. No hay mechones en esa foto. Miro más cerca. LA SERIE DE JOVENES CONCERTISTAS PRESENTA A MIA HALL.

Hace unos meses, Liz rompió nuestro embargo tácito sobre todas las cosas MIA y me envió un recorte de la revista *Todo sobre Nosotros*. *Pensé que te deberías ver esto*, escribió en una nota. Era un artículo titulado “20 de menos de 20” mostrando los próximos genios musicales. Había una página entera sobre Mia, incluyendo una fotografía que apenas pude mirar y el artículo sobre ella que apenas pude leer después de respirar profundamente. La llamaban “heredera aparente de Yo-Yo Ma”. Me reí a mi pesar. Mia solía decir que la gente que no tenía idea sobre el cello siempre describía a los cellistas como “el próximo Yo-Yo Ma” porque él era el único punto de referencia. “¿Qué hay de Jacqueline Du Pre?” siempre preguntaba, refiriéndose a su propio ídolo, una talentosa y tempestuosa cellista a la que le habían detectado esclerosis múltiple a la edad de 28 años y murió 15 años después.

El artículo de *Todo sobre Nosotros* decía que la música de Mia era “de otro mundo” y luego describía muy gráficamente el accidente que había matado a sus padres y pequeño hermano hace 3 años. Eso me sorprendió. Mia nunca hablaba de eso para obtener puntos de simpatía. Pero cuando me obligué a volver a leerlo, me di cuenta que era un compilación de citas y notas de periódicos viejos, pero nada de Mia personalmente.

Me aferré a ese recorte por algunos días, ocasionalmente tomándolo para mirarlo. Tenerlo en mi cartera se sentía como cargar un poco de plutonio. Y seguro que si Bryn me hubiera visto con el artículo sobre Mia, hubieran habido explosiones nucleares. Así que, después de unos días, lo deseche y me obligue a olvidarlo.

Ahora, intento recordar los detalles, recordar si decía algo sobre Mia dejando Juilliard⁸ o dando conciertos en Carnegie Hall⁹.

Miro arriba una vez más. Sus ojos aún están ahí, mirándome. Y sé con tanta certeza como puedo saber cualquier cosa en este mundo que ella está tocando aquí esta noche. Lo sé antes de consultar la fecha en el poster y ver que el concierto es para Agosto 13.

Y, antes de que sepa lo que estoy haciendo, antes de que pueda discutir conmigo mismo, racionalizar que es una terrible idea, estoy caminando hacia la taquilla. *No quiero verla*, me digo a mí mismo, *no voy a verla. Sólo quiero escucharla*. El letrero en la taquilla dice que los boletos están agotados. Podría anunciar quien soy o hablar al hotel o a Aldous y probablemente obtendría un boleto, pero decido dejarlo a la suerte. Me presento anónimamente, aunque mal vestido, como un joven y pregunto si hay asientos disponibles.

—De hecho, estamos liberando los boletos de último minuto. Tengo uno en la mezzanine al fondo y en un costado. No es una vista ideal, pero es todo lo que hay —dice la chica detrás de la ventanilla.

—No vengo a ver la vista —le digo.

—Eso es lo que yo siempre pienso —me dice, riendo—. Pero la gente es muy particular con estas cosas. Son 25 dólares.

Le doy mi tarjeta de crédito e ingreso al frío y tenuemente iluminado teatro. Me deslizo a mi asiento y cierro mis ojos, recordando la última vez

⁸ **Escuela Juilliard:** La Escuela Juilliard es un conservatorio de artes escénicas situado en Nueva York. Se le identifica informalmente como Juilliard, e instruye en música, danza y drama.

⁹ **Carnegie Hall:** Carnegie Hall es una sala de conciertos en Manhattan, Nueva York. Es uno de los sitios ilustres de los Estados Unidos tanto para los músicos clásicos como para los populares, famoso no sólo por su belleza e historia, sino por su extraordinaria acústica.

que fui a un concierto a algún lugar tan elegante como este. Hace 5 años, en nuestra primera cita. Justo como sentí aquella noche, estoy lleno de gran anticipación, aun cuando se que no será como esa noche. Esta noche no la besaré. O tocaré. O la veré de cerca.

Esta noche escucharé. Y eso será suficiente.

Capítulo 3

Traducido por *ΣΚΖYosbeΣΚΖ*

Corregido por ~NightW~

Mia se despertó después de cuatro días, pero no le dijimos hasta el sexto. No importaba porque ella ya parecía saberlo. Nos sentamos alrededor de ella en la cama del hospital en la Unidad de Cuidados Intensivos, su abuelo taciturno parece haber sacado la paja más corta, supongo, porque fue el elegido para darle las noticias de que sus padres, Kay y Denny, habían muerto instantáneamente en el accidente de tránsito que la había enviado aquí.

Y que su hermano menor, Teddy, había muerto en la sala de emergencia en el hospital local donde él y Mia habían sido trasladados antes de que Mia fuese evacuada a Portland.

Nadie sabía las causas del accidente. ¿Mia tenía algún recuerdo de ello?

Ella sólo estaba allí acostada, parpadeando y agarrándome la mano, clavando sus uñas tan fuertemente que parecía que nunca iba a dejarme ir. Sacudía la cabeza y silenciosamente decía—: No, no, no. —Una y otra vez, pero sin lágrimas y no estaba seguro si ella estaba respondiendo a la pregunta de su abuelo o sólo negando toda la situación. ¡No!

Pero luego la trabajadora social entró, haciéndose cargo a su manera no-disparatada. Ella le dijo a Mia acerca de las operaciones a las que había sido sometida —El Triage¹⁰, en realidad, sólo para mantenerte estable y lo estás haciendo muy bien —y luego habló de las cirugías a las que ella probablemente tendría que hacer frente en los próximos meses: primero una cirugía para restablecer el hueso en su pierna izquierda con barras de metal. Luego otra cirugía una semana después, para extraer piel del muslo de su pierna sana. Luego otra, para colocar el injerto de esa piel en la pierna dañada. Esos dos procedimientos, desafortunadamente, dejarían algunas “cicatrices desagradables”. Sin embargo, las lesiones en la cara, por lo menos, podrían desaparecer por completo con la cirugía estética después de un año.

¹⁰ **Triage:** Del francés triage es un método de la medicina de emergencias y desastres para la selección y clasificación de los pacientes basándose en las prioridades de atención, privilegiando la posibilidad de supervivencia, de acuerdo a las necesidades terapéuticas y los recursos disponibles.

—Una vez que pases por tus cirugías no electivas, siempre que no haya ninguna complicación, no haya infecciones de la esplenectomía, ni neumonía y no haya problemas con los pulmones, dejaremos que salgas del hospital y vayas a rehabilitación —dijo la trabajadora social—, física y ocupacional, charla y todo lo que necesites. Vamos a evaluar dónde te encuentras en unos pocos días. —Yo estaba mareado por esta letanía, pero Mia parecía estar pendiente de cada palabra, prestaba más atención a los detalles de su cirugía que las noticias de su familia.

Luego esa tarde, la trabajadora social nos llevó al resto de nosotros aparte. Nosotros, los abuelos de Mia y yo, estamos preocupados por la reacción de Mia, o la falta de una. Esperábamos que gritara, se jalara el cabello, algo explosivo, que se ajustara con el horror de las noticias, que se ajustara con nuestro propio dolor.

Su siniestro silencio nos hacía pensar a todos en lo mismo: daño cerebral.

—No, no es eso —aseguró rápidamente la trabajadora social—. El cerebro es un frágil instrumento y quizás no podamos saber durante unas cuantas semanas qué regiones específicas han sido afectadas, pero la gente joven es muy resistente y ahora sus neurólogos son bastante optimistas. Su control motor esta generalmente bien. Sus facultades del lenguaje no se ven muy afectadas. Ella tiene debilidad en su lado derecho y no tiene balance. Si ese es el alcance de su lesión cerebral, entonces ella tiene suerte.

Todos nos estremecimos a esa palabra. *Suerte*. Pero la trabajadora social miró nuestras caras.

—Muy afortunada porque todo esto es reversible. En cuanto a la reacción allí adentro —dijo ella, gesticulando hacia la Unidad de Cuidados Intensivos—, esa es una respuesta típica a tan extremo trauma psicológico. El cerebro solo puede procesar ciertas cosas, así que lo filtra de a poco, lo digiere lentamente. Ella lo asumirá todo, pero necesitará ayuda.

Entonces ella nos dijo acerca de las etapas del dolor, nos cargó con folletos sobre el trastorno de estrés post-traumático, y nos recomendó un terapeuta en el hospital para ver a Mia.

—Puede que no sea una mala idea para el resto de ustedes también —había dicho ella.

La ignoramos. Los abuelos de Mia no eran los del tipo que van a terapia. Y en cuanto a mí, tenía que preocuparme de la rehabilitación de Mia, no de la mía.

La próxima ronda de cirugías comenzó casi inmediatamente, lo cual encontré cruel. Mia apenas había vuelto del filo, solo para que le dijeran que su familia estaba muerta y ahora ella tenía que pasar bajo el cuchillo otra vez. ¿No podían darle un respiro? Pero la trabajadora social había explicado que mientras más rápido la pierna de Mia fuese arreglada, más pronto Mia podría moverse y más pronto podría empezar a sanar.

Así que su fémur estaba fijado con clavijas; y los injertos de piel fueron tomados. Y con la velocidad de un respiro, fue dada de alta del hospital y enviada a un centro de rehabilitación, que se parecía a un complejo de apartamentos, con senderos que atravesaban el plano terreno, que estaban empezando a florecer con flores de primavera cuando Mia llegó.

Ella había estado allí menos de una semana, una determinada, terrible semana de tensión, cuando el sobre llegó. Julliard. Había sido tantas cosas para mí antes. Una conclusión inevitable. Un punto de orgullo. Un rival. Y luego simplemente me olvidé de él. Creo que todos lo hicimos. Pero la vida se agitaba fuera del centro de rehabilitación de Mia y en algún lugar del mundo, esa otra Mia, la otra que tenía dos padres, un hermano, y un completo cuerpo funcional, continuaba existiendo. Y en ese otro mundo, algunos jurados habían escuchado tocar a Mia unos meses atrás y habían procesado su solicitud, pasado por diferentes mociones hasta que la sentencia definitiva se hizo y el juicio final estaba frente a nosotros. La abuela de Mia había estado nerviosa sobre abrir el sobre, así que decidió esperarme a mí y al abuelo de Mia antes de deslizar por él un abridor de cartas madre perla.

Mia lo consiguió. ¿Había alguna duda?

Todos creíamos que la aceptación sería buena para ella, un punto brillante en un horizonte sombrío.

—Y ya he hablado con el decano de admisiones y expliqué tu situación, y ellos han dicho que pueden aplazar tu ingreso por un año, dos si lo necesitas —la abuela de Mia había dicho mientras se le presentaba a Mia con la noticia y la generosa beca que había acompañado a la aceptación. De hecho, Julliard había sugerido el aplazamiento, queriendo asegurarse de que Mia fuera capaz de cumplir con los estándares rigurosos de la escuela, si ella decidía asistir.

—No —había dicho Mia desde la deprimente sala común del centro en esa plana voz muerta con la que había hablado desde el accidente. Ninguno de nosotros estaba muy seguro de si esto era del trauma emocional o si se trataba de cómo Mia estaba afectada ahora, su recién manera de hablar de su reorganizado cerebro.

A pesar de las garantías continuas de la trabajadora social, a pesar de las evaluaciones de los terapeutas de que estaba haciendo sólidos progresos, todavía estábamos preocupados. Hablamos de esas cosas en voz baja después de que la dejábamos sola en las noches que no podía permanecer.

—Bueno, no te apresures —le había respondido su abuela—. El mundo puede lucir diferente en un año o dos. Quizás quieras ir.

La abuela de Mia había pensado que Mia estaba rechazando Julliard. Pero yo sabía más. Yo conocía a Mia más. Era el aplazamiento al que se negaba.

Su abuela discutió con Mia. Septiembre estaba a cinco meses. Muy pronto. Y ella tenía un punto. La pierna de Mia todavía estaba en una de esas botas de yeso y apenas estaba comenzando a caminar otra vez. No podía abrir un frasco porque su mano derecha estaba muy débil y se quedaba en blanco con nombres de cosas simples, como tijeras. Todo lo cual los terapeutas dijeron que era de esperar y es probable que pasara a su debido tiempo. Sin embargo, ¿cinco meses? Eso no era mucho.

Mia preguntó por su violonchelo esa tarde. Su abuela frunció el ceño, preocupada de que esta locura detuviera la recuperación de Mia. Pero yo salí corriendo de mi silla hacia mi carro y estaba de vuelta con el violonchelo para cuando atardeció.

Después de eso, el violonchelo se convirtió en su terapia: física, emocional y mental. Los doctores estaban asombrados de la fuerza de la parte superior del cuerpo de Mia, lo que su antigua profesora de música Christie había llamado su “cuerpo de violonchelo”, hombros anchos, brazos musculosos y cómo su interpretación había traído de nuevo esa fuerza, lo que hizo que la debilidad en su brazo derecho desapareciera y fortaleciera su pierna lesionada. La ayudó con el vértigo. Mia cerraba los ojos mientras tocaba y afirmaba que esto, junto con posar los dos pies en el suelo, la ayudaba a equilibrarse. A través de su interpretación, Mia revelaba los lapsos que trataba de esconder en las conversaciones cotidianas.

Si ella quería una Coca Cola pero no podía recordar la palabra para ello, ella lo cubría y pedía jugo de naranja. Pero con el violonchelo, ella sería honesta sobre el hecho de que ella recordara la suite de Bach en la que

había estado trabajando en unos pocos meses atrás, pero no un simple *étude*¹¹ que había aprendido cuando era niña; aunque una vez la Profesora Christie, quien venía una vez por semana para trabajar con ella, se lo enseñó y ella lo aprendería inmediatamente. Esto les dio pistas a los terapeutas del habla y neurólogos en cuanto a la forma en que su cerebro había sido afectado y adaptado a sus terapias en consecuencia.

Pero sobre todo, el violonchelo mejoró su estado de ánimo. Le daba algo que hacer todos los días. Dejó de hablar de manera monótona y empezó a hablar como Mia una vez más, al menos cuando estaba hablando sobre música. Sus terapeutas alteraron su plan de rehabilitación, lo que le permitía dedicarle más tiempo a la práctica.

—Realmente no entendemos cómo la música sana al cerebro —me dijo uno de los neurólogos una tarde mientras la escuchaba tocar a un grupo de pacientes en la sala común—. Pero sabemos que cura. Sólo mira a Mia.

Dejó el centro de rehabilitación cuatro semanas después, dos semanas antes de lo previsto. Podía caminar con un bastón, abrir un frasco de mantequilla de maní y tocar genial a Beethoven.



De ese artículo, la cosa sobre los “Veinte de menos de 20” de *Todo sobre Nosotros* que Liz me enseñó, recuerdo una cosa sobre ello. Recuerdo de la no sólo implícita sino abiertamente declarada conexión de la “tragedia” de Mia y su forma de tocar del “otro mundo”. Y recuerdo la forma en que me molestó. Porque había algo ofensivo en ello. Como si la única manera de explicar su talento era dar crédito a alguna fuerza sobrenatural. ¿Como que si ellos pensaran, que su familia estaba habitando su cuerpo y tocando un coro celestial a través de sus dedos?

Pero la cosa existía, había algo sobrenatural. Y lo sé porque estaba allí. Fui testigo de ello: Vi como Mia pasó de ser una muy talentosa intérprete a algo completamente diferente. En el espacio de cinco meses, algo mágico y grotesco la transformó. Así que, sí, todo estaba relacionado a su “tragedia”, pero Mia era la que hacía el trabajo pesado. Siempre lo había hecho.

¹¹ **Étude:** Es una breve composición hecha para practicar una destreza técnica particular en la ejecución de un instrumento solista.



Se fue a Julliard un día después del Día del Trabajador. Yo la llevé al aeropuerto. Me dio un beso de despedida. Me dijo que me amaba más que a su propia vida. Luego pasó a través de seguridad.

Capítulo 4

Traducido por Makilith Vivaldi

Corregido por Aldebarán

*La reverencia es tan vieja, su crín es pegajosa
Enviado a la fábrica, al igual que tú y yo
Así que ¿cómo es que presenciaron tu ejecución?
El público ruge de pie su ovación.*

Dust — Daño Colateral, Pista 9

Cuando las luces se encienden después del concierto, me siento cansado, lúgubre, como si mi sangre hubiera sido segregada fuera de mí y sustituida por alquitrán. Después de que los aplausos disminuyen, las personas a mí alrededor se ponen de pie, hablan sobre el concierto, sobre la belleza de Bach, la melancolía de Elgar, y el riesgo que valió la pena correr ante una pieza contemporánea de John Cage. Pero es el Dvořák el que está devorando todo el oxígeno de la habitación, y puedo entender por qué.

Cuando Mia solía tocar su violoncelo, su concentración estaba siempre escrita por todo su cuerpo: una arruga a lo largo de su frente. Sus labios, fruncidos con tanta fuerza que a veces perdían todo su color, como si toda su sangre fuera requerida en sus manos.

Hubo un poco de esos sucesos con las piezas anteriores de esta noche. Pero cuando llegó a la de Dvořák, la pieza final de su recital, algo se apoderó de ella. No sé si se golpeó su barbilla o si se esa pieza se trataba de su firma, pero en lugar de encorvarse sobre su violoncelo, su cuerpo pareció expandirse, florecer, y la música llenó los espacios abiertos a su alrededor como una enredadera de flores. Sus trazos eran amplios, alegres y audaces, y el sonido que llenó el auditorio pareció canalizar esta emoción pura, como si la misma intención del compositor se hubiera disparado a través de la habitación. Y la expresión de su rostro, con la mirada hacia

arriba, una pequeña sonrisa jugando en sus labios, no sé cómo describirlo sin sonar como uno de esos artículos cliché de revista, pero parecía estar tan en armonía con la música. O tal vez feliz. Supongo que siempre supe que ella era capaz de este nivel artístico, pero ser testigo de él, me dejó malditamente alucinado. Yo y todos los demás en este auditorio, lo juzgamos por los estruendosos aplausos que recibió.



Las luces de la sala están encendidas ahora, brillando y rebotando en las sillas de madera clara y los paneles geométricos en la pared, haciendo que el suelo comience a dar vértigo. Me hundo en la silla más cercana y trato de no pensar sobre el Dvořák, o sobre las otras cosas: la manera en que se limpiaba las manos con su falda entre las piezas, la forma en que ladeaba la cabeza al compás de una orquesta invisible, todos esos gestos son demasiado familiares para mí.

Me sostengo de la silla frente a mí para darme equilibrio y me pongo de pie otra vez. Me aseguro de que mis piernas estén trabajando y la tierra no esté dando vueltas, y luego una pierna sigue a la otra hacia la salida. Estoy destrozado, agotado. Todo lo que quiero hacer ahora es volver a mi hotel por un par de Ambien, o Lunesta o Xanax¹² o lo que sea que esté en mi botiquín, y poner fin a este día. Quiero dormir y despertar y tener todo esto terminado.

—Disculpe, Sr. Wilde.

Normalmente tengo un problema con los espacios cerrados, pero si hay un lugar en la ciudad donde esperaría la seguridad del anonimato, es en el Carnegie Hall para un concierto de música clásica. Durante todo el concierto y la intermisión, nadie me dio una segunda mirada, excepto por un par de viejas quisquillosas, quienes creo, estaban en su mayoría consternadas por mis pantalones vaqueros. Pero este tipo es de mi edad, es un guardia, la única persona dentro de cincuenta pies debajo de la edad de treinta y cinco años, la única persona por aquí con probabilidad de poseer un disco de *Shooting Star*.

¹² **Ambien – Lunesta - Xanax:** Medicamento que actúa sobre los estados de ansiedad y es especialmente eficaz en una actividad específica en las crisis de angustia.

Estoy buscando en mi bolsillo por una pluma que no tengo. El guardia luce avergonzado, sacudiendo la cabeza y sus manos al mismo tiempo. — No, no, Sr. Wilde. No estoy pidiendo un autógrafo —baja la voz—. En realidad es contra las reglas, podría hacer que me despidan.

—Oh —digo escarmentado, confundido. Por un segundo me pregunto si estoy a punto de recibir una reprimenda.

El guardia dice—: A la señorita Hall le gustaría que viniera detrás del escenario.

Está tan ruidoso con el alboroto después de la función, así que por un segundo asumo que le he escuchado mal. Creo que dice que *ella* quiere que vaya detrás del escenario. Pero eso no puede ser verdad. Debe estar hablando de la *sala*, no de *Mia Hall*¹³.

Pero antes de que pueda conseguir que me lo aclare, me conduce por el codo hacia las escaleras y bajamos al vestíbulo principal por una pequeña puerta al lado del escenario y a través de un laberinto de pasillos, con las paredes llenas de partituras enmarcadas. Y me dejo guiar, como aquella vez cuando tenía diez años y fui enviado a la oficina del director por lanzar un globo de agua en la clase, y todo lo que podía hacer era seguir a la señora Linden por los pasillos y preguntarme lo que me esperaba detrás de la puerta de la oficina del director. Tengo la misma sensación. Que estoy en problemas por algo, que Aldous en verdad no me dio la tarde libre y estoy a punto de ser regañado por faltar a una sesión de fotos o por molestar a un reportero o ser el lobo solitario antisocial en peligro de separarse de la banda.

Así que en realidad no proceso nada de eso, no me dejo escuchar, creer o pensar sobre eso hasta que el guardia me lleva a una pequeña habitación, abre la puerta y la cierra, y de repente ella está ahí. Realmente ahí. Una persona de carne y hueso, no un fantasma.

Mi primer impulso no es tomarla, besarla o gritarle. Simplemente quiero tocar sus mejillas, aún enrojecidas por la interpretación de la noche. Quiero cortar a través del espacio que nos separa, medido en pies, no en millas, continentes, o años, y llevar un calloso dedo a su rostro. Quiero tocarla para asegurarme de que realmente es ella, no uno de esos sueños que tantas veces tuve después de que ella se fue, cuando la veía tan clara

¹³ **Mia Hall:** Confunde el apellido de Mia con el nombre del auditorio.

como el día, y estaba listo para besarla o tomarla conmigo, sólo para despertar con Mia más allá de mi alcance.

Pero no puedo tocarla. Ese es un privilegio que me fue revocado. En contra de mi voluntad, pero aun así. Hablando de voluntad, tengo que mantener mentalmente mi brazo en su lugar, controlar el temblor de convertirse en un taladro.

El suelo está dando vueltas, el vórtice está llamando, y deseo con vehemencia una de mis pastillas, pero no hay una a mi alcance por ahora. Tomo algunas respiraciones calmantes para adelantarme al ataque de pánico. Trato de hacer trabajar mi mandíbula en un vano intento de conseguir que mi boca diga algunas palabras. Me siento como si estuviera solo en el escenario, sin la banda, sin ningún equipo, ni recordar alguna de nuestras canciones, siendo observado por un millón de personas. Siento como si una hora ha pasado mientras estoy aquí de pie frente a Mia Hall, sin habla como un recién nacido.

La primera vez que nos conocimos en la preparatoria, yo hablé primero. Le pregunté a Mia cuál pieza de violoncelo acababa de tocar. Una simple pregunta que comenzó todo.

Esta vez, es Mia quien hace la pregunta: —¿Eres tú de verdad? —Y su voz, es exactamente la misma. No sé por qué me esperaba que fuera diferente, excepto que todo es diferente ahora.

Su voz me sacude de nuevo a la realidad. De vuelta a la realidad de los últimos tres años. Hay tantas cosas que exijo que me diga. *¿A dónde fuiste? ¿Alguna vez piensas en mí? Me has arruinado. ¿Estás bien?* Pero, por supuesto, no puedo decir nada de eso.

Empiezo a sentir mi corazón latir fuertemente y zumba en mi oídos, y estoy a punto de perder el control. Pero curiosamente, justo cuando el pánico comienza a llegar al máximo, algún instinto de supervivencia entra en acción, el que me permite entrar en el escenario frente a miles de extraños. Una calma se apodera de mí mientras me retiro de mí mismo, empujándome hacia el fondo y dejando que otra persona se haga a cargo. —En persona —respondo amablemente. Como si fuera la cosa más normal en el mundo para mí estar en su concierto y que ella me haya convocado a su santuario—. Buen concierto —agrego, porque parece como algo que decir. Aunque también es verdad.

—Gracias —dice. Entonces se encoge—. Yo sólo, no puedo creer que estés aquí.

Pienso en la orden de restricción de tres años que básicamente me impuso, la que he violado esta noche. *Pero tú me llamaste aquí*, quiero decirle. —Sí. Supongo que dejan entrar a cualquier gamberro en el Carnegie Hall — bromeo. En mi nerviosismo, sin embargo, la broma sale malhumorada.

Ella alisa sus manos en la tela de su falda. Ya ha cambiado su vestido negro formal por una larga y fluida falda, y una camisa sin mangas. Niega con la cabeza e inclina su rostro hacia el mío, de forma conspirativa. —En realidad no. No se permiten rufianes. ¿No viste la advertencia en la marquesina? Estoy sorprendida de que no fuiste arrestado sólo por poner un pie en el vestíbulo.

Sé que está tratando de regresarme mi mala broma con una de ella y parte de mí está agradecido por eso, y agradecido de ver un atisbo de su antiguo sentido del humor. Pero otra parte, la parte grosera, quiere recordarle todos los conciertos de música en su cuarto, los cuartetos de cuerdas, y los recitales en los que alguna vez estuve. *Por ella. Con ella.* —¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunto.

—¿Estás bromeando? Adam Wilde en Zankel Hall. En la intermisión, toda la tripulación detrás del escenario estaba hablando de eso. Al parecer, un montón de fans de *Shooting Star* trabajan en el Carnegie Hall.

—Pensé que estaba aquí de incógnito —le digo. A sus pies. La única manera de sobrevivir a esta conversación es tenerla con las sandalias de Mia. Las uñas de sus pies están pintadas de color rosa pálido.

—¿Tú? es imposible —responde—. Entonces, ¿cómo estás?

¿Cómo estoy? ¿Es en serio? Me obligo a levantar la mirada y ver a Mia por primera vez. Ella sigue siendo hermosa. No en una manera obvia como Vanessa LeGrande o Bryn Shraeder. Sino de una forma tranquila que siempre ha sido devastadora para mí. Su cabello, largo y oscuro está suelto, nadando calmadamente contra sus hombros desnudos, que siguen siendo de un blanco lechoso y cubiertos con una constelación de pecas que yo solía besar. La cicatriz en su hombro izquierdo, la que solía ser un verdugón rojo enojado, es ahora de un color rosa plateado. Casi como un tatuaje a la última moda. Casi bonita.

Los ojos de Mia encuentran los míos, y por un segundo temo que mi fachada se derrumbará. Miro hacia otro lado.

—Oh, ya sabes. Bien. Ocupado —respondo.

—Cierto. Por supuesto. Ocupado. ¿Estás de gira?

—Sip. Salimos a Londres mañana.

—Oh. Yo salgo a Japón mañana.

Direcciones opuestas, pienso y me sorprendo cuando Mia en realidad lo dice en voz alta. —*Direcciones opuestas*. —Las palabras simplemente quedan colgando ahí, lúgubres. De pronto, siento el vórtice comenzar a agitarse de nuevo. Nos tragará a ambos si no salgo de aquí—. Bueno, probablemente debería irme —escucho decir a la calmada persona haciéndose pasar por Adam Wilde, lo que siento como a varios pies de distancia.

Me parece ver algo oscurecerse en su expresión, pero no puedo decirlo con certeza porque cada parte de mi cuerpo está ondulando, y juro que podría salir de mi interior aquí mismo. Pero mientras pierdo el control, el otro Adam sigue funcionando. Está extendiendo su mano hacia Mia, aunque la idea de pensar en Mia Hall dándome un apretón de manos de negocios es tal vez una de las cosas más tristes que me he imaginado.

Mia mira mi mano extendida, abre la boca para decir algo, y luego sólo suspira. Su rostro se endurece en una máscara mientras levanta la mano para tomar la mía.

El temblor en mi mano se ha vuelto tan normal, sin detenerse, que es por lo general imperceptible para mí. Pero tan pronto como mis dedos se cierran alrededor de los de Mia, lo que noto es que de pronto se detiene y se tranquiliza, como cuando la ráfaga de comentarios es interrumpida cuando alguien apaga un amplificador. Y podría quedarme aquí para siempre.

Excepto que esto es sólo un apretón de manos, nada más. Y en unos segundos mi mano está a mi lado y es como si hubiera transferido un poco de mi locura hacia Mia, porque parece que su propia mano está temblando. Pero no puedo estar seguro porque me voy a la deriva en una rápida corriente.

Y lo siguiente que sé, es que escucho la puerta de su camerino hacer un clic detrás de mí, dejándome aquí en los rápidos y Mia está de nuevo en la orilla.

Capítulo 5

Traducido por SweetObsession

Corregido por Aldebarán

Yo sé que es realmente cursi, incluso burdo, comparar a mi siendo botado con el accidente que mato a la familia de Mia, pero no puedo evitarlo. Porque para mí, en todo caso, las secuelas se sintieron exactamente iguales. Por las primeras pocas semanas, me levantaría en una niebla de incredulidad. *Eso no sucedió en realidad, ¿no? Oh, mierda, lo hizo.* Entonces yo estaría doblemente acabado. Golpe al intestino. Me tomó un par de semanas asumir todo. Pero a diferencia del accidente, cuando yo tenía que estar ahí, estar presente, ayudar, ser la persona en la que apoyarse, después de que ella se fue, yo estaba completamente solo. No había nadie por quien dar la cara¹⁴. Entonces sólo dejé todo desmoronarse y luego todo se detuvo.

Me mudé a mi hogar, de regreso al lugar de mis padres. Solo agarré una pila de cosas de mi habitación en La Casa del Rock y me fui. Dejé todo. La escuela. La banda. Mi vida. Una partida repentina y sin palabras. Me eche a perder en mi cama de niño. Estaba preocupado que alguien tocara la puerta y me forzara a explicarme. Pero esa es la cosa con la muerte. El susurro de su descenso viaja rápido y vasto, y la gente debe haber sabido que me había convertido en un cadáver porque nadie siquiera vino a mirar el cuerpo. Bueno, excepto por la implacable Liz, quien se detuvo una vez a dejar caer un CD mix de cualquier música nueva que ella estaba amando, el cual alegremente apiló encima de los CD intactos que había dejado la semana anterior.

Mis padres parecían desconcertados por mi regreso. Pero entonces, el desconcierto era bastante típico donde yo concernía. Mi padre había sido un leñador, y entonces cuando esa industria se hundió él había conseguido un trabajo en una línea en una planta electrónica. Mi mamá trabajaba para el departamento de catering de la universidad. Ellos fueron el segundo matrimonio del otro, sus primeros intentos matrimoniales ambos fueron desastrosos y sin hijos y nunca discutidos; yo sólo me

¹⁴ **To step up to the plate for:** Frase relacionada con el baseball y jugársela por alguien

enteré sobre ellos por una tía y un tío cuando tenía diez. Ellos me tuvieron cuando eran más grandes, y yo había aparentemente venido como una sorpresa. Y a mi madre le gustaba decir que todo lo que yo había hecho, desde mi mera existencia hasta convertirme en músico, hasta enamorarme de una chica como Mía, hasta ir a la universidad, hasta hecho la banda tan popular, hasta dejar la universidad, hasta dejar la banda, fue una sorpresa también. Ellos aceptaron mi regreso a casa sin preguntas. Mamá me llevó pequeñas bandejas de comida y café a mi habitación, como si fuera un prisionero.

Por tres meses, yací acostado en mi cama de la infancia, deseándome en coma como Mía había estado. Eso tenía que ser más fácil que esto. Mi sentido de la vergüenza finalmente me despertó. Yo tenía diecinueve años, la universidad abandonada, viviendo en la casa de mis padres, desempleado, un vago, un cliché. Mis padres habían estado geniales sobre todo esto, pero el hedor de mi desprecio estaba empezando a enfermarme. Finalmente, justo después de Año Nuevo, le pregunté a mi padre si no había algún trabajo en la planta.

—¿Estás seguro que esto es lo que quieres? —me había preguntado. No era lo que yo quería. Pero no podía tener lo que quería. Sólo me había encogido de hombros. Lo había escuchado a él y a mi madre discutir sobre eso, ella tratando de hacer que él me disuadiera sobre eso—. ¿No quieres más que eso para él? —la escuche gritar-susurrar desde el piso de abajo—. ¿No lo quieres de vuelta en la escuela como mínimo?

—No es sobre lo que yo quiero —él había respondido.

Entonces él preguntó alrededor de recursos humanos, me consiguió una entrevista y una semana después, yo comencé a trabajar en el Departamento de Entrada de Datos. De seis treinta en la mañana hasta las tres treinta en la tarde, me sentaría en una habitación sin ventanas, enchufando números que no tenían sentido alguno para mí.

En mi primer día de trabajo, mi mamá se levantó temprano para hacerme un enorme desayuno que no pude comer y una taza de café que no era ni de cerca lo suficientemente fuerte. Ella me vigiló en su raído albornoz rosa, una expresión preocupada en su cara. Cuando me levante para salir, ella negó con la cabeza hacia mí.

—¿Qué? —pregunté.

—Tú trabajando en la planta —dijo, mirándome solemnemente—. *Esto* no me sorprende. *Esto* es lo que yo hubiera esperado de un hijo mío. —Yo no podía decir si la amargura de su voz era para ella o para mí.

El empleoapestaba, pero lo que sea. Era descerebrado. Vine a casa y dormí toda la tarde y luego desperté y leí y dormí de diez de la noche hasta las cinco de la mañana, cuando era la hora de levantarme para trabajar. El horario estaba fuera de sincronización con el mundo vivo, lo que estaba bien conmigo.

Unas pocas semanas antes, cerca de Navidad, todavía había sostenido una vela de esperanza. Navidad era cuando Mía había inicialmente planeado venir a casa. El boleto que había comprado de New York era uno de ida y vuelta, y la fecha de regreso era el diecinueve de Diciembre. Aunque sabía que era una tontería, de alguna manera pensaba que vendría a verme, ella me ofrecería alguna explicación, o mejor aún, una disculpa enorme. O nos encontraríamos que todo había sido un enorme y horrible malentendido. Ella había estado mandándome mails diariamente pero no habían llegado, y había aparecido en mi puerta, furiosa sobre no haber devuelto los mails, la forma que ella solía ponerse cabreada conmigo por cosas tontas, como que agradable era, o no era, con sus amigos.

Pero diciembre vino y se fue, la monotonía del gris, de los apagados villancicos procedentes de visitante de la planta baja. Me quedé en la cama.

Pero no fue hasta Febrero que tuve un visitante en casa de la Universidad del Este.

—Adam, Adam tienes un invitado —dijo mi mamá gentilmente, llamando a mi puerta. Era alrededor de la hora de la cena y yo estaba acostado, la mitad de la noche para mí. En mi bruma, pensé que era Mía. Salí corriendo erguido, pero vi la expresión de dolor de mi madre, que sabía que estaba dando una noticia decepcionante—. Es Kim —dijo ella con una forzada jovialidad.

¿Kim? Yo no había oído hablar de la mejor amiga de Mía desde agosto, no desde que se había salido de la escuela en Boston. Y de pronto, me di cuenta de que su silencio era como una traición tanto como el de Mía. Kim y yo nunca habíamos sido amigos cuando Mía y yo estábamos juntos. Al menos no antes del accidente. Pero después, habíamos sido soldados de alguna forma. No me había dado cuenta de que Mía y Kim eran un paquete, una con la otra. Pierdes una, pierdes el otro. Pero entonces, ¿de qué otra forma sería?

Pero ahora, aquí estaba Kim. ¿Mía la había enviado a ella como una especie de emisario? Kim estaba sonriendo torpemente, abrazándose a sí misma contra la noche húmeda. —Hey —dijo—. Tú eres difícil de encontrar.

—Estoy donde siempre he estado —le dije, pateando las sábanas. Kim, al ver mi bóxers, se alejó hasta que me puse un par de jeans. Traté de alcanzar un paquete de cigarrillos. Había empezado a fumar unas semanas antes. Todo el mundo en la planta lo hacía. Era la única razón para tomar un descanso. Los ojos de Kim se agrandaron por la sorpresa, como si hubiera acabado de sacar una Glock¹⁵. Puse los cigarrillos hacia abajo sin encender.

—Pensé que estarías en la Casa del Rock, así que fui allí. Vi a Liz y Sarah. Ellas me dieron de comer la cena. Fue muy agradable verlas —Se detuvo y apreció mi habitación. Las acidas frazadas revueltas, las persianas cerradas—. ¿Te he despertado?

—Estoy en un horario extraño.

—Sí. Tu mamá me dijo. ¿*Entrada de datos*? —Ella no se molestó en tratar de ocultar su sorpresa.

Yo no estaba de humor para charlas o la condescendencia. —Entonces, ¿qué sucede, Kim?

Ella se encogió de hombros. —Nada. Estoy en la ciudad de descanso. Todos fuimos a Jersey a ver a mis abuelos para Hanukkah, por lo que esta es la primera vez que regreso y quería parar y decir hola.

Kim parecía nerviosa. Pero también parecía preocupada. Era una expresión que reconocía bien. La que decía que *yo* era el paciente ahora. En la lejana noche oí una sirena. Reflexivamente, me rasqué la cabeza.

—¿Todavía la ves? —le pregunté.

—¿Qué? —la voz de Kim chirrió en sorpresa.

La miré fijamente. Y lentamente repetí la pregunta. —¿Todavía ves a Mía?

—S-Sí —tropezó Kim—. Quiero decir, no mucho. Ambas estamos ocupadas con la escuela, y Nueva York y Boston están a cuatro horas de distancia. Pero sí. Por supuesto.

¹⁵ **Glock:** Marca de arma de fuego.

Por supuesto. Era la certeza de que lo hizo. Que hizo algo criminal levantarse en mí. Me alegré de que no hubiera nada pesado dentro de la distancia alcanzable.

—¿Sabe que estás aquí?

—No. Llegué como tú amiga.

—¿Cómo *mi* amiga?

Kim palideció con el sarcasmo en mi voz, pero esa niña siempre fue más dura de lo que parecía. Ella no dio marcha atrás o se fue. —*Sí*—susurró.

—Dime, entonces, *amiga*. ¿Hizo Mía, *tu* amiga, tu BFF¹⁶, te dijo ella por qué me botó? ¿Sin una palabra? ¿Te mencionó ella eso siquiera? ¿O no surgió?

—Adam, por favor... —la voz de Kim era una súplica.

—No, por favor, Kim. Por favor, porque no tengo ni idea.

Kim tomó una respiración profunda y luego enderezó su postura. Yo casi podía ver la determinación endureciendo su espina dorsal, vértebra por vértebra, las líneas de lealtad siendo dibujadas. —No he venido aquí para hablar de Mía. He venido a verte, y no creo que deba hablar de Mía contigo o viceversa.

Había adoptado el tono de un trabajador social, un tercero imparcial, y yo quería golpearla por eso. Por todo ello. En cambio, yo solo estallé.

—¿Qué mierda estás haciendo acá? ¿Qué bien eres, entonces? ¿Quién eres tú para mí? Sin ella, ¿quién eres? ¡Tú no eres nada! ¡Nadie!

Kim se tambaleó hacia atrás, pero cuando miró hacia arriba, en vez de lucir enojada, me miró llena de ternura. Me hizo querer estranglarla aún más. —Adam... —comenzó.

—Lárgate de aquí —gruñí—. ¡No quiero volver a verte!

La cosa con Kim era, que no tienes que decírselo dos veces. Se fue sin decir una palabra.



¹⁶ **BFF**: Mejor amiga por siempre.

Esa noche, en vez de dormir, en lugar de leer, me paseé por mi habitación durante cuatro horas. Mientras caminaba hacia atrás y adelante, empujando hendiduras permanentes en las pisadas de la alfombra de peluche barato de mis padres, sentí algo febril creciendo dentro de mí. Se sentía vivo e inevitable, de la forma en que un vómito con una resaca desagradable a veces es. Lo sentí picar su camino a través de mi cuerpo, rogando por libertad, hasta que finalmente se desprendió de mí con tal fuerza que primero golpeó mi muro, y entonces, cuando eso no me dolió suficiente, mi ventana. Los fragmentos de vidrio cortando en mis nudillos con un dolor satisfactorio seguido por el viento frío de una noche de febrero. El choque pareció despertar algo dormido dentro de mí.

Debido a que fue la noche en que tomé mi guitarra por primera vez en un año.

Y esa fue la noche en que empecé a escribir canciones de nuevo.

En dos semanas, yo había escrito más de diez nuevas canciones. Dentro de un mes, *Shooting Star* estaba de nuevo junto y tocándolas. Dentro de dos meses, nosotros habíamos firmado con un sello importante. A los cuatro meses, estábamos grabando *Daño Colateral*, compuesta por quince de las canciones que había escrito desde el abismo de mi dormitorio infantil. En un año, *Daño Colateral* estaba en las listas *Billboard* y *Shooting Star* estaba en la portada de las revistas nacionales.

Se me ha ocurrido desde entonces que le debo a Kim una disculpa o un agradecimiento. Tal vez ambas cosas. Pero para el momento en que llegué a esta conclusión, parecía que las cosas estaban demasiado lejos para hacer algo al respecto. Y, la verdad es, que yo todavía no sé lo que le diría.

Capítulo 6

Traducido por Cami.Pineda y CARMEN170796

Corregido por Aldebarán

*Voy a ser tu desorden, tú serás mía
Ese era el acuerdo que habíamos firmado
Compré un traje para materiales peligrosos para limpiar tu basura
Máscaras de gas, guantes, para mantenernos seguros
Pero ahora estoy solo en una habitación vacía
Mirando hacia abajo el destino immaculado.*

Messy — Daño Colateral, Pista 2

Cuando llego a las calles, mis manos están temblando y mis adentros se sentían como si quisieran organizar un golpe de estado. Busco mis píldoras, pero la botella está vacía *¡Mierda!* Aldous debió haberme dado la última en el taxi. ¿Tengo más en el hotel? Debo obtener algunas antes del vuelo de mañana. Busco mi teléfono y recordé que lo dejé en el hotel en un intento estúpido de desconectarme.

Las personas pasan como enjambre a mí alrededor y sus miradas están posadas un poco más en mí. No puedo lidiar con ser reconocido en este momento. No puedo lidiar con nada. No quiero esto. No quiero *nada* de esto.

Sólo quiero salir. Salir de mi existencia. Últimamente me encuentro deseando mucho eso. No estar muerto. O suicidarme. O nada de ese tipo de cosas estúpidas. Es más que no puedo parar de pensar que si en primer lugar, nunca hubiera nacido, no estaría encarando esas sesenta y siete noches, no estaría aquí, en este momento, teniendo que soportar esa conversación con ella. *Es tu culpa haber ido esta noche.* Me digo a mi mismo. *Debiste haber dejado las cosas como estaban...*

Enciendo un cigarrillo y espero que dure lo suficiente para llegar a mi hotel donde puedo llamar a Aldous, enderezar todo y tal vez dormir unas cuantas horas y de una vez por todas dejar este día desastroso detrás de mí.

—Deberías dejarlo.

Su voz me enfrasca. Pero también, de alguna manera, me calma. Miró arriba. Ahí está Mia, con la cara enrojecida, pero también extraña, sonriendo. Ella está respirando fuerte, como si hubiera estado corriendo. Tal vez ella también es perseguida por fans. Me imagino a la pareja de ancianos de esmoquin y perlas tambaleándose detrás de ella.

Ni siquiera tengo tiempo de sentirme avergonzado porque *Mia está aquí de nuevo*, parada enfrente mío como cuando compartíamos el mismo espacio y tiempo y chocaran entre sí, aunque siempre una feliz coincidencia, no era nada inusual, ni en lo más mínimo poco extraordinario. Por un segundo pienso en esa línea de *Casablanca* donde Bogart dice: *De todos los bares del mundo, ella tuvo que entrar en el mío*. Pero luego recuerdo que yo entré en el bar de *ella*.

Mia cubre los pasos finales entre nosotros con lentitud, como si fuera un gato astuto que tiene que ser comprado. Mira el cigarrillo en mi mano. —¿Desde hace cuánto fumas? —pregunta. Y es como si los años entre nosotros se hubieran ido, y Mia ha olvidado que ella no tiene el derecho de saber de mi.

Aun si en este caso se lo merece. Hace un tiempo, yo había estado totalmente recto en lo que se refería a nicotina.

—Lo sé, es un cliché —admito.

Ella me mira, luego mira el cigarrillo. —¿Puedo tener uno?

—¿Tú? —Cuando Mia tenía como 6 o algo, había leído un libro infantil sobre una niña que hace dejar de fumar a su padre y luego presiona a su madre, una fumadora persistente, para que lo dejara. Le había tomado meses a Mia para imponerse a Kat, pero la hizo prevalecer. Cuando los conocí, Kat ya no fumaba para nada. El padre de Mia, Denny, llenaba una pipa, pero eso parecía más para mostrar. —¿Tú fumas ahora? —le pregunto.

—No —Mia responde—. Pero acabo de tener una muy intensa experiencia y me han dicho que el cigarrillo calma los nervios.

La intensidad de un concierto, a veces me deja reprimido y nervioso. —Así me siento luego de los shows —le digo asintiendo.

Sacó un cigarrillo para ella, su mano aún temblorosa, así que sigo prendiendo la punta del cigarrillo con mi encendedor. Por un segundo me imagino agarrando su cintura para mantener su equilibrio. Pero no lo hago. Yo sólo persigo el cigarrillo hasta que la llama parpadea a través de sus ojos y enciende la punta. Ella inhala y exhala, cogiendo un poco. —No estoy hablando del concierto, Adam —me dice antes de tomar una elaborada inspiración—. Estoy hablando de *ti*.

Pequeñas contrariedades de fuego craquean de arriba abajo por mi cuerpo. *Sólo cálmate*, me digo a mi mismo. *Sólo haces que ella muestre todos sus nervios de la nada*. Aun así, me siento halagado de que le importe, así sea para asustarla.

Fumamos en silencio por un rato. Y luego escucho algo rugir. Mia sacude su cabeza en desaliento y mira abajo a su estómago. —¿Te acuerdas como me ponía antes de los conciertos?

De vuelta en el día, Mia se ponía tan nerviosa como para comer antes de los conciertos, por lo que después, generalmente, se ponía voraz. En ese entonces, íbamos a comer comida mexicana a nuestro restaurante favorito o íbamos a comer a un restaurante en la carretera, papas a la francesa con salsa y pastel, el sueño de comida de Mia. —¿Hace cuánto fue tu última comida? —le pregunto.

Mia me mira de nuevo y aplasta su cigarrillo a medio fumar. Mueve su cabeza. —¿Zankel Hall? No he comido en días. Mi estómago estaba rugiendo en toda la presentación. Estaba segura que aun la gente en los balcones podía oírlo.

—No. Sólo el cello.

—Eso es un alivio. Creo.

Nos quedamos allí parados en silencio por unos segundos. Su estómago ruge de nuevo. —¿Papas fritas y pastel siguen siendo una comida óptima? —pregunto. Me la imagino en un puesto en nuestro lugar de vuelta en Oregon, moviendo el tenedor alrededor, mientras critica su propia presentación.

—No pastel. No en Nueva York. Los restaurantes de pastel son una decepción. La fruta casi siempre es de lata. Y el marionberry¹⁷ no existe

¹⁷ **Marionberry:** Es un tipo de moras.

aquí. ¿Cómo es posible que una fruta, simplemente dejo de existir de una costa a otra?

¿Cómo es posible que un novio deje de existir de una costa a otra? —No te lo puedo decir.

—Pero papas fritas están bien. —Me da una sonrisa llena de esperanza.

—Me gustan las papas fritas —digo. *¿Me gustan las papas fritas?* sueno como un niño lento para una película hecha para televisión.

Sus ojos revolotean hacia los míos. —¿Tienes hambre?

Siempre tengo.



La sigo a través de la calle cincuenta y cinco y luego debajo de la Novena Avenida, ella camina rápido, sin siquiera el indicio de cojera que tenía cuando se fue, y con un objetivo, al igual que los neoyorquinos, indicando los puntos aquí y allá como un guía profesional. Se me ocurre que ni siquiera sé si ella aún vive aquí o si esta noche era sólo una fecha del tour.

Podrías preguntarle, me digo a mi mismo. Es una pregunta normal.

Sí, pero es tan normal que es raro que tenga que preguntar.

Bueno, tienes que decirle algo a ella.

Pero justo cuando mis nervios se están levantando, comienza la Novena Sinfonía de Beethoven sonando desde su bolso. Mia para su monólogo de NYC, busca su celular, mira la pantalla, y se estremece.

—¿Malas noticias?

Ella niega con la cabeza y le da un aspecto tan penoso que tiene que ser practicado. —No. Pero debo tomar esto.

Ella abre el teléfono. —Hola. Lo sé. Por favor cálmate. Lo sé. Mira, ¿puedes esperar un segundo? —Me mira y ahora su voz suave y profesional—. Sé que esto es insoportablemente grosero, pero ¿podrías darme solo cinco minutos?

Lo entiendo. Acaba de tocar en un gran show. Ella tiene gente llamándola. Pero aun así, a pesar de la máscara de disculpa que está usando, me

siento como un *groupie* siendo pedido que espere en la parte de atrás del bus hasta que la estrella de rock esté lista. Pero como los *groupies* siempre hacen, accedo. La estrella de rock es Mia. ¿Qué más voy a hacer?

—Gracias —dice.

Dejo que Mia de un par de pasos lejos de mí, para darle privacidad, pero aún puedo escuchar fragmentos de su conversación. *Sé que es importante para mí. Para nosotros. Te prometo que arreglaré todo con todo el mundo.* Ella no me menciona a *mí* ni una vez. De hecho, parece que ella se ha olvidado completamente de mí.

Lo que debería estar bien a excepción que ella es ajena a la conmoción que mi presencia está creando en la Novena Avenida, la cual está llena de bares, personas vagando y fumando en frente de ellos. La gente que toma doble mientras me reconoce, sacan sus teléfonos celulares y cámaras digitales para tomar fotos.

Yo vagamente me pregunto si alguna de las fotos llegara a *Gabber*¹⁸ o uno de esos tabloides. Sería un sueño para Vanessa LeGrande. Y una pesadilla con Bryn. Bryn está lo suficientemente celosa de Mia tal como está, aun cuando ella nunca la ha conocido; sólo sabe de ella. Aun cuando ella sabe que no he visto a Mia en años. Bryn aún se quejaba: “*Es difícil competir con un fantasma.*” Como si Bryn Shraeder tuviera que competir con alguien.

—¿Adam? ¿Adam Wilde? —Es un verdadero paparazzi con un lente de largo alcance aproximadamente a media cuadra de distancia—. Oye, Adam. ¿Podemos sacarte una foto? Sólo una foto —él llama.

Algunas veces eso funciona. Darles un minuto de tu cara y ellos se van. Pero más a menudo no, es como matar a una abeja y tentar la furia del enjambre.

—Oye Adam. ¿Dónde está Bryn?

Me pongo los lentes, voy más deprisa, aunque es demasiado tarde para eso. Paro de caminar y salgo hacia la Novena Avenida, la cual está obstruida por taxis. Mia simplemente sigue andando por la cuadra, cotorreando lejos en su celular. La antigua Mia odiaba lo celulares, odiaba a las personas que hablaban por teléfono en público, quienes descartaban la compañía de una persona por atender una llamada de alguien más. La antigua Mia nunca habría pronunciado esa frase *insoportablemente grosera*.

¹⁸ **Gabber**: es un periódico semanal fundado en 1968

Me pregunte si yo debería dejarla seguir andando. La idea de sólo lanzarme a un taxi y estar de regreso en mi hotel al momento en que ella logre descifrar que yo no estoy más detrás de ella ya me da cierta satisfacción valiente, dejarla que se pregunte para variar.

Pero los taxis están todos ocupados, y como si la esencia de mi ansiedad repentinamente la hubiera alcanzado, Mia gira para verme, ve al fotógrafo acercándose a mí. Ella vuelve la mirada a la Novena Avenida al mar de carros. *Simplemente continúa, sigue adelante*, yo silenciosamente le digo. *Consigue tu foto conmigo y tu vida se convierte en algo fundamental. Simplemente mantente en movimiento.*

Pero Mia está caminado a grandes pasos hacia mí, agarrándome por la muñeca y, aun cuando ella es un pie más pequeña y sesenta libras más ligera que yo, repentinamente me siento seguro, más seguro en su custodia que con cualquier gorila. Ella entra directamente en la atestada avenida, deteniendo el tráfico sólo por sostener en alto su otra mano. Un camino se abre para nosotros, como si fuéramos los israelitas cruzando el Mar Rojo. Tan pronto como estamos en el borde de la acera opuesta, esa abertura desaparece mientras los taxis rugen a una luz verde dejando a mi paparazzi acosador en el otro lado de la calle. —Es casi imposible conseguir un taxi ahora. —Mia me dice—. Todos los shows de Broadway recién se estrenan.

—Yo tengo aproximadamente dos minutos en eso chica. Aun si yo entro en un taxi, él va a seguir parado en este tráfico.

—No te preocupes. Él no puede seguirnos a donde nos dirigimos. —Ella trota a través de las multitudes, debajo de la avenida, simultáneamente empujándome delante de ella y protegiéndome como apoyador de defensa¹⁹. Ella va hacia una calle oscura llena de casas de vecindad. Aproximadamente a medio camino abajo de la cuadra, la vista de la ciudad de apartamentos de ladrillos abruptamente cede terreno a una área baja llena de árboles que está rodeado por una alta reja de hierro con una cerradura de carga pesada para la cual Mia mágicamente saca a la vista una llave. Con un sonido metálico, la cerradura se abre a presión—. Sigue —me dice, señalando a una barda y un mirador detrás de eso—. Agáchate en el mirador. Yo echaré llave.

Hago como ella dice y un minuto más tarde ella está de nuevo a mi lado. Esta oscuro aquí, la única luz es del suave resplandor de un cercano poste

¹⁹ **Linebacker:** Posición en el fútbol americano y canadiense conocida en México como apoyador.

de alumbrado eléctrico. Mia pone un dedo en sus labios y me da una señal para que me ponga de cuclillas.

—¿A dónde diablos fue? —escucho a alguien llamar desde la calle.

—Él fue en esta dirección —dice una mujer, su voz gruesa con un acento de New York—. Te lo juro.

—Bueno entonces, ¿Dónde está él?

—¿Qué hay del parque? —la mujer pregunta.

El estruendo de la reja resuena por el jardín. —Está cerrado —él dice. En la oscuridad, puedo ver a Mia sonreír.

—Tal vez él pasó por encima.

—Es como diez pies de alto —él chico replica—. Tú no sólo saltas por encima de algo así.

—¿Piensas que él tiene fuerza sobrehumana? —replica la mujer—. Tú podrías entrar y buscarlo.

—¿Y rasgar mis nuevos pantalones Armani en la cerca? Un hombre tiene sus límites. Y se ve vacío allí adentro. Él probablemente cogió un taxi. Lo cual deberíamos hacer. Tengo fuentes enviando mensajes de que Timberlake está en el Breslin.

Escucho el sonido de pisadas retirándose y permanezco quieto por un momento más largo sólo para estar seguro. Mia rompe el silencio.

—¿Piensas que él tiene fuerza sobrehumana? —pregunta en un tono perfecto de imitación. Después yo me empiezo a reír.

—No voy a rasgar mis nuevos pantalones Armani —replico—. Un hombre tiene sus límites.

Mia se ríe aún más fuerte. La tensión en mi intestino se afloja. Casi sonrío.

Después que su risa disminuye, se pone de pie, limpia la suciedad de su trasero, y toma asiento en la banca del mirador. Yo hago lo mismo. —Eso debe pasarte todo el tiempo.

Me encojo de hombros. —Es peor en New York y Los Ángeles. Y Londres. Pero ahora pasa en todas partes. Incluso los fans venden sus fotos a los tabloides.

—¿Todo el mundo está al tanto del juego, huh? —ella dice. Ahora eso suena más a la Mia que conocí una vez, no como una violinista clásica con un noble vocabulario y uno de esos acentos europeos como el de Madonna.

—Todo el mundo quiere su tajada —digo—. Te acostumbras a eso.

—Te acostumbras a un montón de cosas —Mia confiesa.

Yo asiento en la oscuridad. Mis ojos se han adaptado así que puedo ver que el jardín es bastante grande, una extensión de pasto dividida en dos por caminos de ladrillos y rodeada por macizos de flores. De vez en cuando, una diminuta luz relampaguea en el aire. —¿Esas son luciérnagas? —pregunto.

—Sí.

—¿En el medio de la ciudad?

—Cierto. Solía asombrarme a mí también. Pero si hay un pedazo de césped, esos pequeños amigos lo encontrarán y lo iluminarán. Ellos sólo vienen por unas pocas semanas al año. Siempre me pregunto a dónde van el resto del tiempo.

Yo considero eso. —Tal vez ellos aún están aquí, pero simplemente ellos no tiene nada que alumbrar.

—Podría ser. La versión insecto de trastorno afectivo estacional, aunque los animales deberían tratar de vivir en Oregon si ellos realmente quieren saber cómo es un invierno depresivo.

—¿Cómo conseguiste la llave de este lugar? —pregunté—. ¿Tienes que vivir alrededor de aquí?

Mia sacude su cabeza, luego asiente. —Sí, tú tienes que vivir en el área para obtener una llave, pero yo no lo hago. La llave pertenece a Ernesto Castorel. O le pertenecía. Cuando él era un director visitante en el Filarmónico, él vivía cerca y la llave del jardín vino con su subarriendo. Yo estaba teniendo problemas con mi compañero de habitación en ese momento, lo cual es un frecuente tema en mi vida, así llegue a entrar a su casa bastantes veces, y después que él se fue, yo “accidentalmente” tomé la llave.

No sé por qué me debería sentir como si me hubieran golpeado inesperadamente. *Tú has estado con varias chicas desde Mia que has perdido la cuenta, razoné conmigo mismo. No es como si tú hubieras estado viviendo en celibato. ¿Piensas que ella lo estaba?*

—¿Lo has visto dirigir? —me pregunta—. Él siempre me recordaba a ti

A excepción de esta noche, no he escuchado música clásica desde que te fuiste. —No tengo idea de quien estás hablando.

—¿Castorel? Oh, él es increíble. Vino desde los barrios pobres de Venezuela, y a través de este programa que ayuda a niños enseñándoles a tocar instrumentos musicales, él termino convirtiéndose en director de orquesta a los dieciséis. Era el director del Filarmónico de Prada a los veintiocho, y ahora él es director artístico de la orquesta sinfónica de Chicago y maneja ese mismo programa en Venezuela que le dio su arranque. Él en cierto modo infunde música. Lo mismo que tú.

¿Quién dice que infundo música? ¿Quien dice que siquiera respiro? —Wow —digo, tratando de empujar los celos, a los cuales no tengo derecho.

Mia levanta la mirada, repentinamente avergonzada. —Lo siento. Yo algunas veces olvido que el mundo entero no está al corrientes de las minucias de la música clásica. Él es bastante famoso en nuestro mundo.

Sí, bueno mi novia es bastante famosa en el resto del mundo, pienso. ¿Pero ella siquiera sabe de Bryn y yo? Tú tendrías que tener tu cabeza sepultada bajo una montaña para no haber oído acerca de nosotros. O tú tendrías que estar evitando intencionalmente cualquier noticia de mí. O tal vez tú simplemente tendrías que ser una violinista clásica que no lee los tabloides. —Él suena *estupendo* —digo.

Ni siquiera a Mia se le escapa el sarcasmo. —No tan famoso, como tú, quiero decir —ella dice su efusividad decayendo en torpeza.

Yo no respondo. Por unos pocos segundo no hay sonido, excepto por el tráfico fluvial en la calle. Y el estómago de Mia gorgorea de nuevo, recordándonos que nosotros hemos sido emboscados en este jardín. Que nosotros estamos en realidad de camino a algún otro sitio.

Capítulo 7

Traducido por Akanet

Corregido por _Nathy_

De una manera retorcida y extraña, Bryn y yo nos conocimos por Mia. Bueno, en cierta forma, supongo. Realmente fue a causa de la cantautora Brooke Vega. *Shooting Star* había sido programado para abrir el concierto para la antigua banda de Brooke, *Bikini*, el día del accidente de Mia. Cuando no se me había permitido visitar a Mia en la UCI, Brooke había llegado al hospital para tratar de crear una distracción. Ella no había tenido éxito. Y ese había sido lo último que había visto de Brooke hasta el momento de locura después de que *Daño Colateral* obtuvo doble platino.

Shooting Star estaba en Los Ángeles para los *MTV Movie Awards*. Una de nuestras canciones previamente grabadas pero que nunca fueron lanzadas al mercado había sido puesta en la banda sonora de la película *Hello, Killer* y estaba nominada a la Mejor Canción. No ganamos.

No importaba. Los Premios MTV eran sólo los últimos de una serie de ceremonias, y había sido una buena cosecha en términos de premios. Apenas unos meses antes habíamos recogido nuestros premios *Grammy* por Mejor Artista Nuevo y Canción del Año por *Animate*.

Fue extraño. Pensarías que un disco de platino, un par de Grammys, un par de VMAs harían tu mundo, pero cuanto más de todo ello amontonaba, más hacía el escenario que mi piel se pusiera de gallina. Allí estaban las chicas, las drogas, los aduladores, además de la publicidad, la publicidad constante. Gente que no conocía, y no admiradores, sino gente de la industria, corriendo hacia mí como si fueran mis amigos desde hace mucho tiempo, besándome en ambas mejillas, llamándome "nene", deslizando tarjetas de presentación en mi mano, susurrando sobre las papeles en el cine o anuncios de cerveza japonesa, sesiones fotográficas de un día por las que pagarían un millón de dólares.

No podía manejarlo, razón por la cual una vez que había terminado de hacer nuestra parte en los *MTV Movie Awards*, me escabullí del Anfiteatro Gibson hacia la zona de fumadores. Estaba planeando mi escape cuando vi a Brooke Vega caminando hacia mí. Detrás de ella estaba una chica

bonita, y que lucía vagamente familiar con el pelo negro largo y ojos verdes del tamaño de platos.

—Adam Wilde, lo juro por mi vida —dijo Brooke, envolviéndome en un abrazo salvaje. Brooke había ido recientemente como solista y su álbum debut, *Kiss This*, había estado acumulando premios, también, así que habíamos estado encontrándonos mucho el uno al otro en las diversas ceremonias.

—Adam, esta es Bryn Shraeder, pero es probable que la conozcas como la nominada por Fox para el Premio al Mejor Beso. ¿Pudiste ver su fabuloso beso en *The Way Girls Fall*?

Negué con la cabeza.

—Lo siento.

—Perdí contra un beso entre vampiro y hombre lobo. La acción entre chicas no tiene el mismo impacto que antes —bromeó Bryn.

—¡Te robaron! —intervino Brooke—. A los dos. Es una verdadera lástima. Pero voy a dejarlos para que se recuperen después de la derrota o simplemente se conozcan. Tengo que volver y presentarme. Adam, nos vemos, espero. Deberías venir a Los Ángeles con más frecuencia. Podrías utilizar un poco de color—. Ella se paseó hacia afuera, guiñando un ojo hacia Bryn.

Nos quedamos en silencio por un segundo. Le ofrecí un cigarrillo a Bryn. Ella negó con la cabeza, entonces me miró con esos ojos suyos, tan desconcertantemente verdes.

—Eso fue una trampa, en caso de que te lo preguntes.

—Sí, lo hacía, más o menos.

Ella se encogió de hombros, sin el más mínimo rubor.

—Le dije a Brooke que pensaba que eras interesante, así que tomó el asunto en sus propias manos. Ella y yo, nos parecemos en eso.

—Ya veo.

—¿Eso te molesta?

—¿Por qué lo haría?

—Le molestaría a un montón de chicos de aquí. Los actores tienden a ser muy inseguros. U homosexuales.

—Yo no soy de aquí.

Ella sonrió ante eso. Luego miró hacia mi chaqueta.

—¿Te vas sin permiso o algo así?

—¿Crees que enviarán los perros por mí?

—Tal vez, pero esto es Los Ángeles, por lo que serán diminutos chihuahuas bien asegurados en bolsas de diseñador, así que cuánto daño pueden hacer. ¿Quieres compañía?

—¿En serio? ¿No tienes que quedarte y lamentarte por la pérdida de tu mejor beso?

Me miró directamente a los ojos, como si entendiera la broma que estaba haciendo y estuviera al tanto de ello, también. Lo cual me gustó.

—Prefiero celebrar o compadecerme de mi beso en privado.

El único plan que tenía era volver a mi hotel en la limusina que teníamos esperándonos. Así que en lugar de eso me fui con Bryn. Le dio la noche libre a su conductor y agarró las llaves de su descomunal SUV y nos llevó bajando por la colina desde Universal City hacia la costa.

Nos desplazamos a lo largo de la Autopista Costa del Pacífico hacia una playa al norte de la ciudad llamada Point Dume. Nos detuvimos en el camino por una botella de vino y un poco de sushi para llevar. Para cuando llegamos a la playa, la niebla había descendido sobre el agua oscura.

—Penumbra de junio —dijo Bryn, temblando en su vestido un poco corto de color verde y negro con los hombros descubiertos—. Nunca falla en congelarme.

—¿No tienes un jersey o algo así? —pregunté.

—No complementaba mi apariencia.

—Aquí. —Le di mi chaqueta.

Ella levantó las cejas con sorpresa.

—Un caballero.

Nos sentamos en la playa, compartiendo el vino directamente de la botella. Me contó acerca de la película que recientemente había terminado y la que iba a empezar a rodar el próximo mes. Y estaba tratando de decidir entre uno de dos guiones para producir en la empresa que estaba comenzando.

—¿Así que eres una persona fundamentalmente perezosa? —le pregunté.

Ella se rió.

—Crecí en esa ciudad fea y desagradable en Arizona, donde toda mi vida, mi mamá me dijo lo bonita que era, que debería ser una modelo, una actriz. Ella ni siquiera me dejaba jugar afuera en el sol, ¡en Arizona!, porque no quería que estropeará mi piel. Era como si todo lo que tuviera a mi favor fuera una cara bonita.

Giró para mirarme, y pude ver la inteligencia en sus ojos, que estaban situados, sin duda, en una cara muy bonita.

—Pero bueno, como sea, mi cara fue mi boleto para salir de allí. Sin embargo, ahora Hollywood es de la misma manera. Todo el mundo me ha catalogado como otra ingenua, cara bonita. Pero yo lo sé mejor. Así que si quiero demostrar que tengo un cerebro, si quiero jugar en el sol, por así decirlo, depende de mí encontrar el proyecto que me revele. Siento que voy a estar en mejor posición para hacer eso si también soy una productora. Todo es cuestión de control, en realidad. Quiero controlar todo, supongo.

—Sí, pero no puedes controlar algunas cosas, sin importar cuánto te esfuerces.

Bryn miró hacia el horizonte oscuro, movió sus pies descalzos en la arena fría.

—Lo sé —dijo en voz baja. Giró hacia mí—. Siento mucho lo de tu novia. Mia, ¿cierto?

Tosí el vino. Ese no era un nombre que estuviera esperando escuchar ahora mismo.

—Lo siento. Es sólo que cuando le pregunté a Brooke acerca de ti, me dijo cómo se conocieron. No estaba chismeando o algo así. Pero ella estaba allí, en el hospital, así que lo sabía.

Mi corazón retumbó en mi pecho. Me limité a asentir.

—Mi padre nos dejó cuando yo tenía siete años. Eso fue lo peor que alguna vez me ha pasado —continuó Bryn—. Así que no puedo imaginarme perder a alguien así.

Asentí con la cabeza otra vez, mientras bebía del vino.

—Lo siento —logré decir.

Ella asintió un poco con la cabeza en reconocimiento.

—Pero al menos todos ellos murieron juntos. Quiero decir que tiene que ser una bendición de alguna manera. Sé que no hubiera querido despertar si el resto de mi familia hubiera muerto.

El vino llegó salpicado fuera de mi boca, a través de mi nariz. Me tome unos minutos para recuperar mi aliento y mi capacidad para hablar. Cuando lo hice, le dije a Bryn que Mia no estaba muerta. Había sobrevivido al accidente, había hecho una recuperación completa.

Bryn parecía genuinamente horrorizada, tanto así que me sentí apenado por ella en lugar de por mí.

—Dios, Adam. Estoy tan mortificada. Es sólo que en cierto modo lo asumí. Brooke dijo que nunca había oído nada sobre Mia de nuevo y yo habría llegado a la misma conclusión. *Shooting Star* en cierta medida desapareció y además *Daño Colateral*, quiero decir, las letras están simplemente tan llenas de dolor e ira y traición por haber sido dejado atrás...

—Sí —dije.

Entonces Bryn me miró, el verde de sus ojos reflejando la luz de la luna. Y me di cuenta de que lo entendía todo, sin que tuviera que decir ni una palabra. El no tener que explicar, se sintió como el mayor alivio.

—Oh, Adam. Eso es aún peor en cierto modo, ¿no es cierto?

Cuando Bryn dijo eso, pronunció en voz alta lo que para mi interminable vergüenza yo sentía a veces, me había enamorado de ella un poco. Y pensaría que era suficiente. Que este entendimiento implícito y estos primeros movimientos florecerían hasta que mis sentimientos por Bryn fueran tan intensos, como mi amor por Mia había sido alguna vez.

Volví a la casa de Bryn esa noche. Y toda esa primavera la visite en el set en Vancouver, luego en Chicago y luego en Budapest. Cualquier cosa para salir de Oregon, lejos de la incomodidad que se había formado como una gruesa lámina de vidrio de acuario entre el resto de la banda y yo. Cuando regresó a Los Ángeles ese verano, ella sugirió que me mudara a su casa en Hollywood Hills.

—Hay una casa de huéspedes en la parte de atrás que nunca uso que podríamos convertir en tu estudio.

La idea de salir de Oregon, lejos del resto de la banda, de toda esa historia, un nuevo comienzo, una casa llena de ventanas y luz, un futuro con Bryn, se había sentido muy bien en ese momento.

Así fue como me convertí en una de las mitades de una pareja de famosos. Ahora puedo conseguir que me tomen fotos con Bryn mientras hacemos cosas tan mundanas como tomar un café de Starbucks o dar un paseo a través de Runyon Canyon.

Debería estar feliz. Debería estar agradecido. Pero el problema es que nunca puedo apartar la sensación de que mi fama no es acerca mí, es acerca de ellos. *Daño Colateral* fue escrito con la sangre de Mia en mis manos, y ese fue el disco que me introdujo al mercado. Y cuando me volví realmente famoso, fue al estar con Bryn, así que tenía menos que ver con la música que estaba haciendo que con la chica con la que estaba.

Y la chica. Es estupenda. Cualquier hombre mataría por estar con ella, estaría orgulloso de dejarla embarazada.

Pero incluso desde el principio, cuando estábamos en esa fase de “no puedo tener suficiente de ti”, había algo así como una pared invisible entre nosotros. Al principio traté de hacerla caer, pero llevó mucho esfuerzo incluso hacer que se agrietara. Y luego me cansé de tratar. Luego lo justificaba. *Así era simplemente como eran las relaciones entre adultos, cómo se sentía el amor una vez que tenías algunas cicatrices de guerra.*

Tal vez por eso no puedo permitirme disfrutar de lo que tenemos. El por qué, en medio de la noche cuando no puedo dormir, voy afuera para escuchar el chapoteo del filtro de la piscina y me obsesiono con las cosas acerca de Bryn que me vuelven loco. Aún cuando estoy haciendo eso, estoy consciente de que no es tan importante, la forma en que duerme con una BlackBerry junto a su almohada, la forma en que hace ejercicio varias horas por día y cataloga cada pequeña cosa que come, la forma en que se niega a desviarse de un plan o un programa. Y sé que hay un montón de cosas estupendas para equilibrar las malas. Ella es generosa como un barón del petróleo y fiel como un perro pit bull.

Sé que no soy alguien con quien sea fácil vivir. Bryn me dice que estoy retraído, evasivo, frío. Me acusa, dependiendo de su estado de ánimo, de estar celoso de su carrera, de estar con ella por accidente, de serle infiel. No es cierto. No he tocado una fanática desde que hemos estado juntos, no he querido.

Siempre le digo que parte del problema es que casi nunca estamos en el mismo lugar. Si no estoy grabando o de gira, entonces Bryn está en el lugar de filmación o fuera en una de sus interminables giras de prensa. Lo que no le digo es que no puedo imaginarnos estando juntos la mayoría del

tiempo. Porque no es como que cuando estamos en la misma habitación todo es tan maravillo.

A veces, después de que Bryn se ha tomado un par de copas de vino, dirá que Mia es lo que está entre nosotros.

“¿Por qué no simplemente vuelves con tu fantasma?” diría ella. *“Estoy cansada de competir contra ella.”*

“Nadie puede competir contigo” le digo, besándola en la frente. Y no estoy mintiendo. Nadie puede competir con Bryn. Y entonces le digo que no es Mia, que no es ninguna chica. Bryn y yo vivimos en una burbuja, un centro de atención, una olla a presión. Eso sería difícil para cualquier pareja.

Pero creo que ambos sabemos que estoy mintiendo. Y la verdad es que no hay ninguna forma de evitar el fantasma de Mia. Bryn y yo ni siquiera estaríamos juntos si no fuera por ella. De esa manera retorcida, incestuosa del destino, Mia es una parte de nuestra historia, y estamos entre los fragmentos de su legado.

Capítulo 8

Traducido por: AleGrigori y Xhessii

Corregido por _Nathy_

La ropa esta empacada en buena voluntad

Dije mi adiós arriba sobre esa colina

La casa está vacía, los muebles vendidos

Pronto, su olor se descompondrá en moño

No sé porque me molesto en llamar, si nadie está respondiendo

No sé porque me molesto en cantar, si nadie está escuchando

Disconnect —Daño Colateral, Pista 10

¿Has escuchado hablar de un perro que gastó su vida persiguiendo carros y cuando finalmente atrapó a uno... no tenía idea que hacer con él?

Soy ese perro.

Porque estoy aquí, a solas con Mia Hall, algo con lo que he soñado desde hace mas de tres años, y es como, ¿y ahora qué?

Estamos en el restaurante que aparentemente era su destino, algún lugar al azar al oeste de la ciudad.

—Tienen un estacionamiento —dice Mia cuando llegamos.

—Huh. —Es todo lo que puedo pensar para responder.

—Nunca antes había visto un restaurante de Manhattan con estacionamiento, que fue por lo que me detuve la primera vez. Entonces me di cuenta que todos los taxistas comen aquí y ellos usualmente son unos excelentes jueces de la buena comida, pero no estaba segura de porque hay un parqueadero, y un estacionamiento gratis es una comodidad más caliente que una buena y barata comida.

Mia esta balbuceando ahora. Y estoy pensando: *¿Realmente estamos hablando del estacionamiento?* Cuando ninguno de los dos, en la medida que puedo decir, es propietario de un coche aquí. Estoy golpeado otra vez porque ya no sé nada de ella, ni el más mínimo detalle.

El anfitrión nos llevo a una cabina y de repente Mia hizo una mueca.

—No debería haberte traído aquí. Tú probablemente nunca comes en lugares como éste.

Ella estaba en lo cierto, no porque yo prefiera la oscuridad, lugares caros o exclusivos, sino porque esos son a los que me llevan y en los que generalmente me dejan solo. Pero este lugar está lleno de viejos canosos neoyorquinos y taxistas, nadie que me reconozca.

—No, este lugar está bien —digo.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, al lado del famoso estacionamiento, dos segundos después, un tipo bajito, gordo y peludo está sobre nosotros.

—Maestra. —Él se dirige a Mia—. Tanto tiempo sin verte.

—Hola, Stavros.

Stavros dejó caer nuestro menú y se volvió hacia mí. Él levantó una ceja poblada.

—Así que, ¡finalmente trajiste a tu novio para que nos conozcamos!

Mia se pone roja, y a pesar de que hay algo insultante en que ella esté tan avergonzada de ser etiquetada como mi novia, hay algo reconfortante en ver su sonrojo. Esta incómoda chica es más parecida a la persona que yo conocía, del tipo con quien nunca podría tener conversaciones en voz baja por celular.

—Él sólo es un viejo amigo —dice Mia.

¿Viejo amigo? ¿Eso es un ascenso o un descenso?

—Viejo amigo, ¿eh? Nunca vienes aquí con nadie. Una chica bonita y talentosa como tú. ¡Euphemia! —él grita— Ven aquí. ¡Maestra tiene un compañero!

La cara de Mía está prácticamente morada. Cuando ella me mira, ella articula: *La esposa.*

Fuera de la cocina avanza lentamente la versión femenina de Stavros, una baja, y cuadrada mujer con la cara llena de maquillaje, del cual, la mitad

parece haberse derretido en su papada. Ella limpia sus manos en el blanco y grasoso delantal y sonríe a Mia, mostrando un diente de oro.

—¡Lo sabía! —exclamó—. Sabía que tenías un novio escondido. Una chica tan bonita como tú. Ahora veo porqué no quisiste salir con mi Georgie.

Mia frunce los labios y levanta una ceja hacia mí; le da a Euphemia una falsa sonrisa de culpabilidad: me atrapó.

—Ahora, vamos a dejarlos —Stavros interviene, empujando a Euphemia en su cadera y poniéndose delante de ella—. Maestra, ¿lo de siempre?

Mia asiente.

—¿Y tu novio?

Mia en realidad se avergüenza, y el silencio en la mesa se alarga como el aire muerto que algunas veces escuchas en las estaciones de radio de las universidades.

—Quiero una hamburguesa, papas fritas y una cerveza —digo finalmente.

—Maravilloso —dice Stavros, aplaudiendo con ambas manos como si le acabara de dar la cura del cáncer—. Hamburguesa con queso, de lujo. Aros de cebolla a los lados. Tu joven está demasiado flaco. Al igual que tú.

—Nunca tendrás niños sanos si no colocas algo de carne en tus huesos —agregó Euphemia.

Mia acuna la cabeza entre sus manos, como si estuviera literalmente tratando de desaparecer en su propio cuerpo. Después de que se fueron, la levantó hacia arriba.

—Dios, eso fue, simplemente embarazoso. Evidentemente ellos no te reconocieron.

—Pero ellos sabían quién eras tú. No los habría catalogado como aficionados a la música clásica. —Entonces, miré a mis jeans, mi camiseta negra, mi marcada informalidad. Hubo un tiempo en que yo también había sido fan de la música clásica, así que no había mucho que decir.

Mia ríe.

—Oh, ellos no los son. Euphemia me conoce de tocar en el metro.

—¿Tú tocabas en el metro? ¿Tiempos duros? —Entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir y quiero retroceder. Tú no le preguntas a alguien como Mia si los tiempos eran difíciles, incluso si yo sabía, que económicamente, no lo eran. Denny había sacado una política de seguro

de vida adicional, además del que él tenía por el sindicato de profesores y que había dejado a Mia bastante cómoda, aunque nadie supo del segundo seguro, inmediatamente. Esa era una de las razones por las que, después del accidente, un grupo de músicos en la ciudad había tocado una serie de conciertos benéficos y se crearon cerca de cinco mil dólares para el fondo Juilliard de Mia. La gran oportunidad había emocionado a sus abuelos —y a mí, también— pero eso había enfurecido a Mia. Ella se había negado a tomar la donación, calificándolo como dinero manchado de sangre, y cuando su abuelo le había sugerido que aceptar la generosidad de otra gente, era en sí mismo un acto de generosidad, que podía ayudar a que la comunidad se sintiera mejor, ella se había burlado de que no era su trabajo hacer sentir mejor a la gente.

Pero Mia solo sonríe.

—Fue un arrebato. Y sorprendentemente lucrativo. Euphemia me vio cuando vine aquí a comer, ella me recordó de la estación de Columbus Circle²⁰. Y con orgullo me informó que había puesto un dólar entero en mi estuche.

El teléfono de Mia timbra. Los dos nos detenemos a escuchar la metálica melodía. Beethoven toca una y otra vez.

—¿Vas a coger eso? —pregunto.

Ella niega con su cabeza, mirándose vagamente culpable.

Tan pronto como el teléfono para de sonar entonces suena otra vez.

—Estás popular esta noche.

—No tanto popular como en problemas. Se suponía que estaría en la cena después del concierto. Un montón de peces gordos. Agentes. Donantes. Estoy bastante segura de que es cualquiera de los profesores de Juilliard, alguien de Young Concert Artists²¹, o mi manager gritándome.

—¿O Ernesto? —digo tan suavemente como me es humanamente posible. Porque Stavros y Euphemia habían estado sobre algo acerca de Mia teniendo un novio con pantalones de fantasía, alguien a quien ella no llevaría a restaurantes Griegos. Alguien que no soy yo.

Mia se ve incómoda de nuevo.

—Podría ser.

²⁰ **Columbus Circle Station:** Estación del metro de Nueva York.

²¹ **Young Concert Artists:** Organización de Nueva York, dedicada a descubrir y promover las carreras de talentosos jóvenes, que tocan música clásica.

—Si tienes gente con quien hablar, ya sabes, negocios que atender, no me dejes retrasarte en tu camino.

—No. Debería sólo apagarlo. —Busca dentro de su bolso y apaga el teléfono.

Stavros viene con un helado de café para Mia y una Budweiser para mí y deja otra pausa incómoda a su paso.

—Entonces —comienzo.

—Entonces —Mia repite.

—Entonces, sueles venir a este lugar. ¿Es como tu sitio regular?

—Vengo por la spanakopita²² y la crítica. Es cerca del campus, por eso solía venir mucho aquí.

¿Solía? Es como la vigésima vez esta noche, que hago los cálculos. Habían sido tres años desde que Mia fue a Juilliard. Eso la haría Senior este otoño. Pero ¿ella está tocando en Carnegie Hall? ¿Ella tiene un manager? De repente estoy deseando haber prestado más atención a ese artículo.

—¿Por qué ya no más? —Mi frustración hace eco a través del ruido.

La cara de Mia se levanta en atención, y una pequeña arruga de ansiedad se acumula encima del puente de su nariz.

—¿Qué? —dice ella rápidamente.

—¿No estás todavía en la escuela?

—Oh, eso —ella dice, despejando su frente con alivio—. Debería habértelo explicado antes. Me gradué en la primavera. Juilliard tiene una opción de grado de tres años para...

—Virtuosos —lo quiero decir como un cumplido, pero mi enojo de no tener las tarjetas de baseball sobre Mia Hall —las estadísticas, lo más destacado, la mejor carrera— lo vuelve amargo.

—Estudiantes dotados —corrige Mia, casi disculpándose—. Me gradué tan pronto que puedo empezar a viajar antes. De hecho, ahora. Todo inicia ahora.

—Oh.

Nos sentamos en un incómodo silencio hasta que Stavros llega con la comida. No creí que estuviera hambriento cuando ordené, pero tan pronto

²² **Spanakopita:** Pastel salado griego relleno de espinaca, queso feta o ricota, cebolla, huevo y varios condimentos.

olí la hamburguesa, mi estómago rugió. Y me di cuenta que todo lo que había comido en el día era un par de hot-dogs.

Stravros baja un montón de platos en frente de Mia: una ensalada, una tarta de espinaca, papas fritas, y pudín de arroz.

—¿Eso es tu cotidiano? —pregunto.

—Te lo dije. No he comido en dos días. Y tú sabes que tanto puedo meter. O me refiero a que, sabías...

—Si necesitas algo, Maestra, sólo grítalo.

—Gracias, Stavros.

Después de que se va, ambos matamos unos cuantos minutos metiendo nuestras papas en ketchup.

—Entonces...

—Entonces... —repite. Luego dice—: Cómo están todos. ¿El resto de la banda?

—Bien.

—¿Dónde estarán esta noche?

—En Londres. O en camino.

Mia inclina su cabeza a un lado.

—Pensé que dijiste que ibas mañana.

—Sí, bueno, tenía que amarrar unos cabos sueltos. Logística y todo eso. Así que estaré aquí un día más.

—Bueno, eso es suerte.

—¿Qué?

—Me refiero a... afortunado, porque de otra manera no nos hubiéramos encontrado.

La miro. ¿Habla en serio? Diez minutos atrás ella parecía que iba a tener un infarto con la mera posibilidad de ser mi novia, y ahora está diciendo que es suerte que me la haya encontrado. ¿O está siendo educada en la conversación?

—¿Y cómo está Liz? ¿Todavía está con Sarah?

Oh, es sólo una pequeña conversación.

—Oh, sí, van más fuerte. Ellas quieren casarse y tener este gran debate de que si lo harán en un estado en que sea legal como Iowa o si van a esperar que se legalice en Oregon. Todo un problema para amarrar un moño.

—Sacudí mi cabeza con incredulidad.

—¿Qué, no quieres casarte? —pregunta, con desafío en su voz.

De hecho es difícil devolverle la mirada, pero meforcé.

—Nunca —digo.

—Oh —dice, casi sonando aliviada.

No entres en pánico, Mia. No te lo iba a proponer.

—¿Y tú? ¿Todavía sigues en Oregon? —pregunta.

—Nop. Ahora estoy en Los Ángeles.

—Otro refugio para mojados en el sur.

—Sí, algo como eso —no necesito decirle que la novedad de poder cenar afuera en Febrero desapareció rápidamente, y cómo la falta de estaciones se siente mal. Soy opuesto a la gente que necesita sentarse debajo de reflectores en el invierno. En medio de L.A. el invierno es soleado, y necesito sentarme en un clóset oscuro para sentirme bien—. También mudé a mis padres. El calor es mejor para la artritis de mi papá.

—Sí, la artritis de abue también está mal. Es en su cadera.

¿Artritis? Esto podía ser más como una tarjeta de navidad actualizada: y Billy terminó sus lecciones de natación, y Todd terminó con su novia, y la Tía Louise eliminó sus juanetes...

—Oh, eso apesta —digo.

—Ya sabes como es. Es estoico al respecto. De hecho, él y abue se están preparando para viajar bastante y visitarme de camino, están consiguiendo nuevos pasaportes. Abue buscó un estudiante de horticultura para que vea sus orquídeas cuando se vayan.

—¿Y cómo están las orquídeas de tu Abue? —pregunté. *Excelente. Ahora hablamos de flores.*

—Todavía ganan premios, así que supongo que están bien —Mia mira hacia abajo—. No he visto su invernadero en un tiempo. No he regresado desde que estoy aquí.

Estoy sorprendido y a la vez no, por esto. Es como si ya lo supiera, incluso aunque pensé que si yo saltaba a la ciudad, Mia regresaría. Una vez más, sobreestimé mi importancia.

—Deberías verlos alguna vez —dice—. Ellos estarían tan felices de saber de ti, de saber que tan bien te está yendo.

—¿Qué tan bien me está yendo?

Cuando la miro, ella me observa debajo de una cascada de cabello, sacudiendo su cabeza con asombro.

—Sí, Adam, que grandioso te está yendo. Me refiero a que, lo lograste. ¡Eres una estrella de rock!

Estrella de Rock. Las palabras estaban llenas de humo y de espejos que era imposible encontrar una persona verdadera detrás de ellas. Pero soy una estrella de rock. Tengo la cuenta bancaria de una estrella de rock y discos de platino de una estrella de rock y una novia digna de una estrella rock. Pero maldita sea, odio ese término, y escucharlo de Mia me levanta la aversión hasta el nivel de la estratósfera.

—¿Tienes fotos del resto de la banda? —pregunta—. ¿En tu teléfono o algo?

—Sí, fotos. Tengo una tonelada en mi teléfono, pero está en el hotel. —Es una mierda total, que ella nunca sabrá. Y si fotos es lo que quiere, puedo comprarle una copia de *Spin* en el puesto de periódicos de la esquina.

—Tengo unas fotos. Las mías de hecho son fotos de papel porque mi teléfono es demasiado viejo. Creo que tengo mis Abues, y oh, una genial de Henry y de Willow. Ellos trajeron a sus hijos para visitarme en el Festival Malboro el verano pasado —me dice—. Beatrix (o Trixie como le dicen), ¿recuerdas la niña pequeña? Ahora tiene cinco años. Y ellos tienen otro bebé, un niño pequeño, Theo, nombrado así por Teddy.

Con la mención del nombre de Teddy, mi instinto se despierta. En un cálculo de los sentimientos, nunca realmente sabes como la ausencia de una persona te afecta más que otra. Quería a los padres de Mia, pero de alguna manera podía aceptar sus muertes. Ellos se habían ido demasiado pronto, pero en el orden correcto, el padre antes del hijo, aunque, no, supongo, para la perspectiva de los abuelos de Mia. Pero de alguna manera todavía no podía quitarme de la cabeza que Teddy se quedaría con ocho años para siempre. Cada año que me hago más viejo, pienso también, si Teddy sería más viejo. Él tendría casi doce para ahora, y lo veo en la

cara de cada adolescente que viene a nuestros conciertos y pide un autógrafo.

Nunca le dije a Mia cuánto extrañaba a Teddy, y regresaba a cuando estábamos juntos, así que no hay manera de que le diga ahora. He perdido mi derecho a decirle esas cosas. He renunciado —o sido relevado— a mi silla en la mesa de la familia Hall.

—Tomé la foto el verano pasado, así que está un poco vieja, pero tendrás una idea de cómo se ven todos.

—Oh, eso está bien.

Pero Mia ya revisaba su bolso.

—Henry se mira igual, como un chico en crecimiento. ¿Dónde está mi cartera? —Ella sube el bolso a la mesa.

—¡No quiero ver tus fotos! —mi voz es aguda como grietas en el hielo, y fuerte como un regaño de tus padres.

Mia deja de buscar.

—Oh, está bien. —Ella se mira castigada, frustrada. Cierra su bolso y lo deja en el cubículo, y en el proceso, tira mi botella de cerveza. Ella empieza a agarrar frenéticamente servilletas del dispensador para secar el derrame, como si fuera ácido de batería el que está en la mesa—. ¡Maldición! —dice.

—No hay problema.

—Lo es. He hecho un gran desastre —dice Mia sin aliento.

—Tú tienes la mayoría de ella. Sólo llama a un mesero y él secará el resto.

Ella continúa limpiando maniáticamente hasta que ha vaciado el dispensador de las servilletas y ha usado cada producto de papel que hay en los alrededores. Ella vacía las servilletas mojadas y creo que va a quedarse sobre la mesa con su brazo desnudo, y estoy mirando todo, perplejo. Hasta que Mia se queda sin energía. Ella se detiene y agacha la cabeza. Luego me mira con esos ojos suyos.

—Lo siento.

Sé que lo mejor que puedo decir es que está bien, que no hay problema y que no me mojé con la cerveza. Pero de repente no sé si hemos estado hablando de cerveza, y si no estamos hablando de cerveza, Mia ha dado a conocer su disculpa...

¿Qué es lo que lamentas, Mia?

Incluso si me las arreglara para preguntarle eso —lo que no puedo— ella está saliendo del cubículo y corre hacia al baño para limpiarse la cerveza como si fuera Lady Macbeth²³.

Se ha ido por un momento, y mientras espero, la ambigüedad que ha dejado en el cubículo llega a lo más profundo de mí. Porque me he imaginado un montón de escenarios durante estos últimos tres años. La mayoría de las versiones muestran que esto es una clase de *Gran Error*, un gigante mal entendido. Y un montón de fantasías terminan en que Mia ruega por mi perdón. Disculpas por responder mi amor con la crueldad de su silencio. Por actuar como si esos dos años de vida —esos dos años de nuestras vidas— no significaran nada.

Pero siempre tuve que cortar la fantasía en que ella se disculpaba por irse. Porque incluso aunque ella no lo sepa, ella hizo justo lo que le dije que debería hacer.

²³ **Lady Macbeth:** es un personaje de ficción de Shakespeare.

Capítulo 9

Traducido por: Susanauribe

Corregido por _Nathy_

Había signos. Probablemente más de que los que yo alguna vez había captado, incluso después del hecho. Pero yo los había perdido todos. Tal vez porque no estaba buscándolos. Estaba muy ocupado revisando sobre mi hombro al fuego que acababa de pasar para prestar mucha atención al acantilado de cien pies de altura inminente frente a mí.

Cuando Mia había decidido ir a Juilliard ese otoño, y cuando más tarde esa primavera se hizo obvio que ella podría, dije que yo iría con ella a Nueva York. Ella solamente me había dado esta mirada como “de ninguna manera”.

—Eso nunca estaba en la mesa antes —dijo ella—, ¿entonces por qué debería estarlo ahora?

Porque antes eras una persona completa pero ahora no tienes bazo. Ni padres. Porque Nueva York te tragaría viva, pensé. Pero no dije nada.

—Es tiempo para ambos de volver a nuestras vidas —ella continuó. Yo sólo había estado en la universidad medio tiempo antes pero había parado de ir después del accidente y ahora tenía períodos de inasistencia. Mia no había vuelto a la escuela, tampoco. Ella se había perdido demasiado de ella, y ahora trabajaba con un tutor para terminar las clases de último año así ella se podría graduar e ir a Juilliard a tiempo. Era más bien por las formalidades. Sus profesores la aprobarían incluso si ella fallaba en otra tarea.

—¿Y qué hay con la banda? —preguntó—. Sé que ellos en verdad te están esperando. —También era cierto. Justo antes del accidente, habíamos grabado un demo titulado *Smiling Simon*²⁴ en una disquera independiente de Seattle. El álbum había salido al inicio del verano, y el CD se había vendido como pan caliente, obteniendo un montón de pasadas por radios de las universidades. Como resultado, *Shooting Star* ahora tenía disqueras mayores rondándolos, todas interesadas en firmar con una banda que

²⁴ **Smiling Simon:** Simón sonriente

existía solamente en teoría—. Tu pobre guitarra está prácticamente muriendo de negligencia —ella dijo con una sonrisa. No había salido de su funda desde nuestra abortada apertura para *Bikini*.

Entonces, estuve de acuerdo en lo de la larga distancia. En parte porque no había discusión con Mia. En parte porque yo en verdad no quería renunciar a *Shooting Star*. Pero también, estaba un poco engreído por la distancia. Quiero decir, antes yo había estado preocupado acerca de lo que la división continental podría hacer sobre nosotros. ¿Pero ahora? ¿Qué demonios podía hacernos veinticinco millas a nosotros ahora? y además, Kim había aceptado un lugar en NYU, a unas millas de distancia de Julliard. Ella mantendría un ojo en Mia.

Excepto, que entonces Kim hizo un cambio de último minuto y se cambió para Brandeis en Boston. Estaba furioso por eso. Después del accidente, nosotros frecuentemente teníamos pequeñas charlas sobre el progreso de Mia y pasábamos información a sus abuelos. Manteníamos nuestras charlas en privado, sabiendo que Mia nos mataría si ella pensaba que estábamos conspirando. Pero Kim y yo, éramos como los co-capitanes del equipo Mia. Si yo no me podía mudar a Nueva York con Mia, sentía que Kim tenía la responsabilidad de estar cerca a ella.

Digerí esto por un rato antes de que tuviera que partir. Kim había venido a la casa de los abuelos de Mia para ver DVDs con nosotros. Mia se había ido a cama temprano entonces éramos solamente nosotros dos terminando alguna pretenciosa película extranjera. Kim trató de hablarme sobre Mia, cuán bien ella estaba haciéndolo, y parlotear por encima de la película como una molesta cotorra. Finalmente le dije que se callara. Sus ojos se entrecerraron y comenzó a recoger sus cosas.

—Sé que estás enojado y no es esta tonta película, entonces porqué no me gritas ya y lo superas —dijo ella. Luego se echó a llorar. Nunca había visto a Kim llorar, completamente así, ni siquiera en el servicio del memorial, así que inmediatamente me sentí como mierda y me disculpé y le di cierta clase de abrazo incómodo.

Luego de que ella terminó de gimotear, secó sus ojos y explicó como Mia la había hecho escoger Brandeis.

—Es decir, es a donde yo en verdad quiero ir. Después de tanto tiempo en Goyoregon, en verdad quería ir a una escuela Judía, pero NYU estaba bien, y Nueva York está lleno de judíos. Pero, ella estaba encarnizada en esto. Ella dijo que no quería más “niñeras”. Esas fueron sus palabras exactas. Ella juró que si iba a NYU, sabría que era porque nosotros habíamos

tramado un plan para mantener un ojo en ella. Dijo que cortaría lazos conmigo. Le dije que no le creía, pero tenía una mirada en sus ojos que yo nunca había visto. Ella hablaba en serio. Y yo también. ¿Sabes cuántas cuerdas tuve que halar para tener un puesto tan tarde en el juego? Además, perdí mi depósito de la matrícula en NYU. Pero lo que sea, eso hacía feliz a Mia y eso no lo hace muchas cosas estos días. —Kim sonrió con arrepentimiento—. Así que no entiendo porqué esto me está haciendo sentir tan miserable. Culpabilidad, supongo. Riesgo religioso. —Luego comenzó a llorar de nuevo.

Bastante estruendosa demostración. Supongo que tenía mis dedos en mis orejas.



Pero al final, cuando finalmente llegó, estaba callado.

Mia fue a Nueva York. Me moví de nuevo a la Casa del Rock. Volví a la escuela. El mundo no terminó.

Por el primer par de semanas, Mia y yo nos enviamos esos épicos e-mails. Los suyos eran todos sobre Nueva York, sus clases, música y escuela. Los míos eran sobre las reuniones de las disqueras. Liz había organizado un montón de presentaciones alrededor de Acción de Gracias —y teníamos algunos ensayos que hacer entonces, dado que yo no había tocado una guitarra en meses— pero, por la insistencia de Mike, estuvimos viendo los negocios primero. Estábamos viajando a Seattle y Los Ángeles para conocer a los ejecutivos de las disqueras. Algunos chicos A&R²⁵ de Nueva York estaban viniendo a Oregon para vernos. Le dije a Mia sobre las promesas que habían hecho, como cada uno de ellos dijo que afinarían el sonido y nos lanzarían al estrellato. Cada uno de la banda trató de mantenerse, pero era difícil no tratar de inhalar sus polvos de estrellas.

Mia y yo también teníamos una llamada de chequeo cada noche antes de que ella se fuera a la cama. Ella usualmente estaba bastante cansada así que las conversaciones eran cortas; una oportunidad de oír la voz del otro, de decir ‘te amo’ en tiempo real.

Una noche en la tercera semana del semestre, llamé un poco tarde porque íbamos a reunirnos con unos de los representantes de A&R para cenar en

²⁵ **A&R**: reconocida disquera de Los Ángeles.

Le Pigeon en Portland y todo estaba retrasado. Cuando mi llamada fue al buzón de voz, supuse que ella ya se había ido a dormir.

Pero al día siguiente, no hubo e-mail de ella.

—*Perdón que me retrasé. ¿stás molesta cnmigo?*²⁶—le envié.

—*No* —ella respondió de inmediato. Y yo estaba aliviado.

Pero esa noche, llamé a tiempo, y la llamada fue al buzón de voz. Y al día siguiente, el e-mail de Mia eran dos lacónicas palabras, algo sobre la orquesta poniéndose muy intensa. Así que la justifiqué. Las cosas estaban empezándose a calentar. Ella estaba en Juilliard, después de todo. Su cello no tenía WiFi. Y ésta era Mia, la chica conocida por practicar ocho horas diarias.

Pero luego yo comencé a llamar a horas diferentes, despertando temprano así podría agarrarla antes de clase, llamándola durante el tiempo de la cena. Y mis llamadas seguían yendo a correo de voz, nunca siendo devueltas. Ella no devolvía mis mensajes tampoco. Seguía obteniendo e-mails, pero no cada día, e incluso aunque mis e-mails eran cada vez más llenos de preguntas desesperadas “*¿Por qué no contestas tu móvil? ¿Lo perdiste? ¿Estás bien?*” sus respuestas minimizaban todo. Ella solamente reclamaba que estaba ocupada.

Decidí ir a visitar a sus abuelos. Yo casi había vivido con ellos por cinco meses mientras Mia se recuperaba y había prometido visitarlos frecuentemente pero había incumplido eso. Encontré difícil estar en esa vieja casa con corrientes de aire con sus galerías de fotos de fantasmas — un retrato de la boca de Denny y Kat, una desgarrada toma de Mia de doce años leyéndole a Teddy en su regazo— sin Mia junto a mí. Pero con el contacto de Mia más escaso cada vez, necesitaba respuestas.

La primera vez que fui ese otoño, la abuela de Mia habló a mi oído sobre el estado de su jardín y luego fue a su invernadero, dejándome sentado en la cocina con su abuelo. Él nos había preparado una taza de café. No dijimos mucho, así que todo lo que podías escuchar era el crujir del horno de leña. Él solamente me miró en la callada manera triste que inexplicablemente me hacía querer arrodillarme al pie de su silla y poner mi cabeza en su regazo.

²⁶ **Stás molesta cnmigo** (original: ¿are u mad @ me): el @ significa una persona o lugar en escritura informal. Y al traducir pierde el sentido.

Fui un par de veces más, incluso después de que Mia había cortado contacto conmigo completamente, y siempre era así. Me sentía mal pretendiendo que yo estaba en llamados sociales allí cuando en realidad estaba esperando por algunas noticias, por algunas explicaciones. No, lo que yo en verdad estaba esperando era no ser el hombre extrañado. Quería que dijeran: “Mia ha dejado de llamarnos. ¿Ella ha estado en contacto contigo?” Pero por supuesto, eso nunca sucedió porque eso nunca pasaría.

El asunto era, no necesitaba ninguna confirmación de los abuelos de Mia. Sabía desde la segunda noche cuando mi llamada fue a buzón de voz, que era el final de la línea para mí. ¿Por qué yo no le había dicho? ¿No me había parado yo sobre su cuerpo y prometido que haría todo si ella vivía, incluso si eso significaba dejarla ir? El hecho de que ella había estado en coma cuando dije esto, no había despertado en tres días, y que ninguno de nosotros nunca había mencionado lo que yo había dicho, parecía casi irrelevante.

Había traído esto a mí mismo.

La cosa era que no podía envolver mi cabeza alrededor cómo ella lo hizo. Yo nunca había dejado a una chica con tanta brutalidad. Incluso cuando hice el asunto de *groupie*²⁷, siempre había escoltado a la chica del día fuera del hotel o a la limosina o a lo que fuera, le daba un casto beso en la mejilla y decía “gracias, eso fue muy divertido” o una nota con similar finalidad en ella. Y eso era a una *groupie*. Mia y yo habíamos estado juntos por más de dos años, y sí, fue un romance de secundaria, pero seguía siendo la clase de romance donde yo pensaba que estábamos buscando una manera de hacerlo para siempre, esa clase, de que nos encontraríamos cinco años después y ella no fuera una clase de prodigio del cello y yo no sería parte de una banda en ascenso —o nuestras vidas no se hubieran alejado así— estaba seguro de que lo hubiera sido.

Me he dado cuenta que hay un mundo de diferencias entre saber que algo sucedió, incluso sabiendo porque sucedió, y creerlo. Porque cuando ella cortó el contacto, sí, yo sabía lo que había sucedido. Pero me tomó un largo, largo tiempo creerlo.

Algunas veces, yo todavía no lo creía.

²⁷ **Groupie**: admiradora de bandas; fans

Capítulo 10

*Traducido por Dham-Love y DaRk Bass
Corregido por luchita_c*

*El cañón de la pistola, gira uno dos tres
Ella dice que tengo que escoger: escogerte a tí, o a mí.
El metal en la frente, la explosión es ensordecedora
Lamo la sangre que me cubre
Ella es la última en pie.*

Roulette —Daño Colateral, Pista 11

Después que dejamos la cena, empecé a sentirme nervioso. Debido a que chocábamos uno con otro. Hicimos la cosa decente y nos mantuvimos cerca para ponernos al día, ¿entonces que falta excepto nuestra despedida? Pero no estoy listo para eso. Estoy bastante seguro que no va a haber otro comentario con Mia, y me voy a tener que ir en los vapores de esta noche por el resto de mi vida, entonces me gustaría un poco más que mostrarle estacionamientos, artritis y disculpas abortadas.

Lo cual es el porqué en cada cuadra que caminamos que Mia no llama a gritos un taxi o pide disculpas y dice buenas noches se siente como un estado de ejecución. En el sonido de mis pisadas golpeando contra el pavimento, casi puedo escuchar que la palabra, “indulto” hace eco por las calles de la ciudad.

Caminamos en silencio por una sección de la Novena Avenida más silenciosa, y más llena de escoria. Por debajo de un puente húmedo, un grupo de sujetos sin hogar estaba acampando. Uno preguntó por algo de cambio. Le lance una moneda de diez. Un bus pasó, dejando una nube de diesel por el tubo de escape.

Mia señaló al otro lado de la calle.

—Ese es el Terminal de Buses Port Authority —ella dijo.

Sólo asentí, sin estar seguro si íbamos a discutir de las estaciones de bus con la misma cantidad de detalle que hicimos con los estacionamientos, o si ella estaba planeando enviarme lejos.

—Hay una bolera adentro —me dijo.

—¿En la estación de bus?

—Loco, ¿Verdad? —exclamó Mia, de repente toda animada—. No lo podía creer tampoco cuando lo encontré. Venía a casa de visitar a Kim en Boston una noche y me perdí buscando la salida y allí estaba. Me recordó a la caza de huevos en la Pascua. ¿Recuerdas como Teddy y yo solíamos ponernos sobre esos?

Recordé como Mia solía ponerse. Ella había tenido una debilidad por cualquier fiesta que estuviera asociada a dulces, especialmente haciéndolo divertido para Teddy. Una Pascua ella laboriosamente había coloreado a mano huevos cocidos y los había escondido por todo el patio para la caza de Teddy la siguiente mañana. Pero luego había llovido toda la noche y sus coloridos huevos se habían vuelto de un gris motoso. Mia había llorado de decepción, pero Teddy prácticamente se había meado de la emoción los huevos, el dijo, no eran huevos de Pascua; eran huevos de dinosaurio.

—Sí, lo recuerdo —dije.

—Todo el mundo ama la ciudad de Nueva York por diferentes razones. La cultura. La mezcla de personas. El ritmo. La comida. Pero para mí, es como una épica caza de huevos de Pascua. Siempre estás encontrando estas pequeñas sorpresas en cada esquina. Como ese jardín. Como una bolera en un gigante paradero de buses. Ya sabes... —ella se detuvo.

—¿Qué?

Ella sacudió su cabeza.

—Probablemente tienes algo que hacer esta noche. Un club. Un séquito con el que encontrarte.

Hice girar mis ojos.

—No tengo un séquito, Mia. —Salió más fuerte de lo que quería.

—No lo quise decir como un insulto. Sólo asumí que todas esas estrellas de rock, famosos, viajaban con grupos.

—Deja de asumir. Sigo siendo yo. —*Más o menos.*

Ella parecía sorprendida.

—De acuerdo. ¿Entonces no tienes ningún lugar al que necesites ir?

Sacudí mi cabeza.

—Es tarde. ¿Necesitas ir a dormir?

—No hago mucho de eso estos días. Puedo dormir en el avión.

—Entonces... —Mia pateó un pedazo de basura con su pie y me doy cuenta que todavía *estaba nerviosa*—. Vamos a una caza urbana de huevos de Pascua. —Se detiene, busca mi rostro para ver si yo sabía de lo que estaba hablando—. Te mostraré todas las esquinas secretas de la ciudad que yo tanto amo.

—¿Por qué? —le pregunto. Y tan pronto como hago la pregunta, me quiero patear a mí mismo. *Ya tienes tú indulto, ahora ¡cállate!* Pero parte de mí en realidad quería saber. Si tengo claro de él porque fui a su concierto esta noche, estoy aún más confundido de porque me llamo ella, y porque sigo aquí.

—Porque me gustaría mostrarte —dijo simplemente. La miro, esperando que termine de elaborar la respuesta. Sus cejas se unen mientras trata de explicar. Luego parece rendirse. Simplemente se encoge de hombros. Después de un minuto trata de nuevo—: También, porque no me voy exactamente de Nueva York, pero algo así. Voy a Japón mañana para hacer dos conciertos allí y luego uno en Corea. Después de eso regreso a Nueva York por una semana y luego comienzo con el tour. Estaré en la carretera por tal vez cuarenta semanas del año, entonces...

—¿No hay mucho tiempo para cazar huevos?

—Algo así.

—¿Así que esta sería tú recorrido de despedida? —¿De Nueva York? ¿De mí?

—Esa es una manera de verlo, supongo —replicó Mia.

Me detengo, como si en realidad lo estuviera considerando, como si estuviera midiendo mis opciones, como si el RSVP de su invitación estuviera en pregunta. Luego me encogí de hombros, y puse en marcha un buen show.

—Seguro, ¿Por qué no?

Pero todavía dudo un poco sobre la estación de bus, así que me puse entre las sombras y me puse la capa antes de entrar. Mia me condujo por un corredor de baldosas color naranja, el aroma a desinfectante de pino no

enmascaraba muy bien el de orina, luego por una serie de escaleras, pasando estantes de periódicos y restaurantes de comida rápida, luego más escalones hasta una señal de neón. *Bolera Tiempo Libre*.

—Aquí estamos —ella dijo tímidamente, orgullosamente—. Después que lo encontré por accidente, tomé un hábito de venir cada vez que pasara por la estación. Y luego empecé a venir para pasar el rato. Algunas veces me siento en la barra y ordeno nachos, y veo a las personas jugar.

—¿Por qué no juegas?

Mia inclinó su cabeza a un lado, luego se tocó el codo.

Ahh, su codo. Su talón de Aquiles. Una de las pocas partes de su cuerpo que, parecía, no se había lastimado en el accidente, no había estado envuelto en yeso o había sido juntado con clavos, o puntos o tocado por injertos de piel. Pero cuando empezó a tocar el chelo otra vez en el mal intento de ponerse al día consigo misma, su codo había empezado a dolerle. Le tomaron rayos X. le hicieron MRI. Los doctores no podían encontrar nada malo, le dijeron que podría ser un moretón o un nervio contraído, y le sugirieron que descansara de las prácticas, lo cual había enojado a Mia. Ella dijo que si no podía tocar, no le quedaba nada. *¿Qué hay sobre mí?* Recordé que había pensado, pero nunca lo había dicho. De cualquier manera, ella había ignorado a las doctores y había tocado aún con el dolor o se había mejorado o ya se había acostumbrado a eso.

—Traté de traer a algunas personas de Juilliard unas cuantas veces, pero no les gustó. Pero no importa —me dijo—. Es el lugar que amo. Es totalmente secreto aquí arriba. No necesito jugar para apreciarlo.

¿Así que tu novio del Jardín del Edén es demasiado intelectual para comidas grasientas y bolos, uh?

Mia y yo solíamos jugar bolos, algunas veces los dos, otras con toda la familia. Kat y Denny habían sido grandes jugadores, parte de toda la cosa retro de Denny. Incluso Teddy podía darle. *Te guste o no, Mia Hall, tienes algo retorcido en tú ADN, gracias a tú familia. Y, tal vez, gracias a mí.*

—Podríamos jugar ahora —sugerí.

Mia sonrió ante la oferta. Luego se tocó el codo de nuevo. Sacudió la cabeza.

—No tienes que jugar —explico— Yo jugaré. Puedes mirar. Sólo para que consigas todo el efecto. O puedo jugar por los dos. Parece como si debieras jugar aquí. Que esto sea el recorrido de despedida.

—¿Harías eso por mí? —Y fue la sorpresa en su voz lo que me atrapó.

—Claro, ¿Por qué no? No he jugado en años —Esto no era totalmente cierto. Bryn y yo fuimos a jugar hace unos cuantos meses en una cosa de caridad. Pagamos veinte mil por rentar una línea durante una hora por una buena causa y luego ni siquiera jugamos; sólo bebimos champaña mientras Bryn chismoseaba. Quiero decir, ¿Quién toma champaña en una línea de bolos?

Dentro del *Tiempo Libre*, olía como a cerveza. Y cera y hot-dogs y desinfectante de zapatos. Es a lo que una bolera debería oler. Las líneas estaban llenas de inusuales y poco atractivos grupos de trabajadores de Nueva York que en realidad parecían jugar por el bien de los bolos. No nos miraron dos veces; ni siquiera nos miraron una vez. Nos compre una línea y rente un par de zapatos para cada uno. Tratamiento completo aquí.

Mia estaba prácticamente mareada mientras se probaba los de ella, y seleccionó una bola de 8 libras rosada para que jugara en su nombre.

—¿Qué hay acerca de los nombres? —preguntó Mia.

De nuevo al pasado, solíamos ir por nombres de músicos; ella escogería una cantante de punk de la vieja escuela y yo escogería un músico clásico. Joan o Frederick. O Debbie y Ludwig.

—Tú escoges —dije, porque no estaba muy seguro cuanto del pasado se supone que debiéramos revivir. Hasta que vi los nombres que puso. Y luego casi me caigo. *Kat y Denny*.

Cuando nota mi expresión se ve avergonzada.

—También les gustaba jugar a los bolos —se apresuró a explicar y cambio rápidamente los nombres a *Pat y Lenny*—. ¿Cómo es eso? —pregunta demasiado alegre.

Dos mensajes mórbidos después de lo mórbido. Pienso yo. Mi mano esta temblando de nuevo mientras me dirijo a la línea con la bola color rosa de “Pat” lo que podría explicar porque solo derribo ocho pinos. A Mia no le importa, ella grita con alegría.

—El que queda es mío —grita ella, luego se contiene un poco y mira hacia abajo—. Gracias por rentarme zapatos. Bonito detalle.

—No hay problema.

—¿Cómo es que nadie te reconoce aquí? —pregunta ella.

—Es una cosa de contexto.

—Tal vez podrías quitarte los lentes de sol. Es difícil hablarte con ellos puestos.

Olvidé que aún los tenía puestos y me sentí estúpido por ello, y me sentí estúpido por tener que usarlos en primer lugar. Me los quité.

—Mejor —Mia dice—. No sé porque los músicos clásicos piensan que los bolos son basura blanca. Es tan divertido.

No sé porque esto de los Nerdos-de-Julliard-versus-el-resto-de nosotros me hacía sentir una gran emoción, pero lo hacía, derribe los dos pinos restantes de Mia. Ella festeja ruidosamente.

—¿Te gustó? ¿Julliard? —pregunto—. ¿Fue todo lo que esperabas que fuera?

—No —dice ella, y de nuevo, siento este extraño sentimiento de victoria. Hasta que dice—. Fue mejor.

—Oh.

—Aunque no empezó de esa manera, fue bastante difícil al comienzo.

—Eso no es sorprendente, sabes, considerando todas las cosas.

—Ese fue el problema “considerando todas las cosas” eran demasiadas cosas para considerar. Cuando llegue, era como todo el mundo; la gente era muy considerada. Mi compañera era tan considerada que no podía mirarme sin llorar

Recuerdo el exceso de simpatía por ella conseguí apartarlo un par de semanas de ella.

—Todas mis compañeras eran las reinas del drama. Me cambie tantas veces el primer año antes de dejar los dormitorios ¿Sabías que he vivido en once lugares diferentes aquí? Creo que eso debe ser alguna clase de record.

—Considéralo una práctica para estar en la carretera.

—¿Te gusta estar en el camino?

—No.

—¿De verdad? Ver todos esos diferentes lugares. Pensé que amarías eso.

—Todo lo que veo es el hotel, el lugar y el campo borroso desde la ventana del bus de turismo.

—¿Nunca paseas?

La banda lo hace. Ellos salen en estos tours VIP, visitan el coliseo romano antes que este abierto para el público y cosas como esas. Podría acompañarlos pero significaría salir con la banda, así que sólo terminaba encerrado en mi hotel.

—Por lo general no hay tiempo —mentí—. Así que estabas diciendo que tenías problemas con tus compañeras.

—Sí —Mia continua—: Demasiada simpatía. Era así con todo el mundo, incluida la facultad, quienes estaban un poco nerviosos a mí alrededor. Cuando debería haber sido lo contrario, es casi como un rito de paso cuando tomas la orquesta por primera vez para tener tú obra dividida en partes —básicamente para resaltarla— en frente de todos. Y les paso a todos. Excepto a mí. Era como si fuera invisible. Nadie se atrevía a criticarme. Y créeme, no era porque tocara maravillosamente.

—Tal vez si era así —digo. Me acerco un poco y seco mis manos sobre el ventilador.

—No. No lo era. Uno de los cursos que debes tomar cuando comienzas es *Análisis de Cuarteto de Cuerdas*. Y uno de los profesores es este tipo Lemsky. Es un pez gordo en el departamento. Además ruso. Imagina toda clase de estereotipos crueles que puedas y ese es él. Es decir. Un arrugado hombrecito recién salido de Dostoievski. Mi papa lo habría amado. Después de un par de semanas me llamó a su oficina. Por lo general esta no es una buena señal.

—Está sentado detrás de este sucio escritorio, con papeles y partituras apiladas. Y comienza a hablarme sobre su familia. Judíos en Ucrania. Vivían en pogroms²⁸. Luego a través de la segunda guerra mundial. Luego dice, todas las personas tienen dificultades en su vida. Todos sienten dolor. Aquí la facultad te mimas por lo que pasaste. Yo, sin embargo soy de la opinión que sí hacemos eso, es preferible que ese accidente de auto te hubiera matado porque asfixiaremos tú talento ¿Quieres que hagamos eso?

—Y no sabía cómo responder, así que sólo me quedé ahí. Y luego el me gritó: *¿lo quieres? ¿Quieres que te asfixiemos?* Y me las arreglé para emitir un “no” y luego dice: *Bien*. Luego toma su bastón y prácticamente me echa con él.

²⁸ **Pogroms:** Es una forma de violentos disturbios, un ataque de la turba dirigida contra un grupo particular, ya sea étnica, religiosa o de otra, y se caracteriza por los asesinatos y la destrucción de sus hogares y propiedades, negocios y centros religiosos.

Puedo pensar en algunos lugares donde me gustaría golpear a ese tipo con el bastón.

Tomo mí bola y la arrojo por la línea. Golpea la formación de pinos con un ruidoso *Thwack*; los pinos salen volando en todas las direcciones, como pequeños humanos huyendo de Godzilla.

Cuando regreso a donde Mia estoy más calmado.

—Buena esa —ella dice al mismo tiempo que yo digo—: ¡Tú profesor suena como un imbécil!

—Cierto, no es la persona más sociablemente agraciada. Y estuve asustada esa vez, pero mirando atrás creo que fue uno de los días más importantes de mi vida. Porque él fue la primera persona que no me dio un pase.

Me di la vuelta agradecido de tener una razón para alejarme y que no pueda ver la mirada en mí rostro. Tiro su bola rosa por la línea, pero se desvía a la derecha. Tumbo siete pero quedan tres. Sólo tomaré uno la próxima vez para quedar igualados. A propósito fallo en mi siguiente lanzamiento derribando seis pinos.

—Así que unos días después, en Orquesta —Mia continúa—. Mi Glissando²⁹ se desmonta y no muy amablemente.

Ella sonrío, inundada de recuerdos felices de su humillación.

—No hay nada como una flagelación pública.

—¿Cierto? Fue genial, fue como la mejor terapia en el mundo.

La miro “terapia” alguna vez fue una palabra prohibida.

Mia había sido asignada a un consejero de duelo en el hospital y rehabilitación pero se había rehusado a ver a nadie una vez que volvió a casa, algo que Kim y yo habíamos argumentado en contra. Pero Mia había clamado que hablar sobre su familia muerta por una hora una vez a la semana no era terapéutico.

—Una vez que pasó. Era como si todos en la facultad se relajaran a mi alrededor —me dice ella—, Lemsky me hizo trabajar extra duro. No tenía tiempo libre. No había otra vida que el Cello. En los veranos tocaba en festivales. Aspen. Marlboro. Luego Lemsk y Ernesto me presionaron para audicionar en el programa de Concierto de Jóvenes Artistas, lo que fue una locura. Eso hace que entrar en Julliard fuera un juego de niños. Pero

²⁹ **Glissando:** es un efecto sonoro consistente en pasar rápidamente de un sonido a otro haciendo oír todos los sonidos intermedios posibles según la característica del instrumento.

lo hice. Y entré. Por eso estaba esta noche en Carnegie. Los chicos de veinte años no suelen tocar recitales en Zankel Hall. Y eso sólo abrió más puertas. Tengo un manager ahora. Agentes interesados en mí. Y es por eso que Lemsky presionó para la graduación temprana. Dijo que estaba lista para viajar, aunque no sé si tenga razón.

—Por lo que oí hoy tiene razón.

Su rostro luce repentinamente tan ansioso, tan joven, que casi duele.

—¿Realmente lo crees? He estado tocando en recitales y festivales, pero esto sería diferente. Esa seré yo por mi cuenta, o haciendo solos por unas pocas noches con una orquesta o un cuarteto o un conjunto de música de cámara —Ella sacude la cabeza—, Algunos días creo que debería encontrar un puesto permanente en una orquesta, tener cierta continuidad. Como la que tú tienes con la banda. Tiene que ser muy cómodo siempre estar con Liz, Mike y Fitzy.

El escenario cambia, pero los músicos no cambian. Pienso en la banda, en un avión mientras conversamos sobrevolando el Atlántico —un océano, la menor de las cosas que nos separa ahora— y luego pienso en Mia, en la manera que toco en el Dvořák en lo que todas las personas estaban diciendo después que dejó el escenario.

—No. No debes hacer eso. Eso sería un desperdicio de tú talento.

—Ahora suenas como Lemsky.

—*Genial.*

Mia ríe. —Oh, sé que parece como un tipo duro, pero sospecho que en el fondo está haciendo esto porque cree que al darme una oportunidad en la carrera, llenará algún vacío.

Mia se detiene y me mira, sus ojos fijos en mí, buscando y rebuscando.

—Pero no tiene que darme la carrera. Eso no es lo que llena el vacío, entiendes eso ¿verdad? Siempre entendiste eso.

De repente toda la mierda del día viene rebotando de vuelta, Vanessa y Bryn, el embarazo, *Shuffle* y los amenazantes sesenta y siete días de hoteles separados, incómodos silencios y tocar con una banda que ya no me apoyaba.

Y es como, *¿Mia no lo entiendes? La música es el vacío y tú eres la razón de eso.*

Capítulo 11

Traducido por luisa1229

Corregido por luchita_c

Shooting Star ha sido siempre una banda con un código — Sentimientos primero, los negocios de segundo— por lo que no le había dado a la banda mucha importancia, no había considerado sus sentimientos o sus resentimientos, acerca de mi larga partida. Imaginé que ellos entenderían mi ausencia sin tener que explicarlo.

Después de salir de mi nube, escribí las primeras 10 canciones, llamé a Liz, quien le organizó a la banda una cena-reunión. Durante la cena, nos sentamos alrededor de la Mesa del Club, llamado así porque Liz había tomado esta horrible mesa de comedor de madera de la década de 1970 que encontró en la acera y la cubrió con volantes de la banda y alrededor de mil capas de laca que se asemeja a los del interior de un club.

En primer lugar, me disculpé por ir con Mia. Entonces saqué mi computadora portátil y les puse las grabaciones de las cosas nuevas que había estado escribiendo. Los ojos de Liz y Fitzzy se agrandaron. Les colgaba lasaña de verduras delante de la boca al escuchar tema tras tema: *Bridge, Dust, Stitch, Roulette, Animate*.

—Amigo, pensábamos que estabas encerrado, trabajando en alguna basura y suspirando, pero has sido *productivo* —exclamó Fitzzy—. Esta mierda rockea.

Liz asintió con la cabeza. —Así es. Y es hermoso, también. Debe haber sido catártico —dijo ella acercándose más para apretar mi mano—. Me encantaría leer las letras. ¿Las tienes en tu computador?

—Escritas en papel en la casa. Voy a transcribirlas y enviártelas por correo electrónico.

—¿Casa? ¿No es esta tú casa? —preguntó Liz—. Tú habitación es un museo sin tocar. ¿Por qué no vuelves?

—No hay mucho que mover. A menos que vendas mis cosas.

—Lo hemos intentado. Demasiado polvo. Ningún comprador —dijo Fitzzy—. Sin embargo, hemos estado usando tú cama como un perchero. —Fitzzy me

lanzó una sonrisa de listillo. Había cometido el error de decirle lo que pensaba, me estaba convirtiendo en mi abuelo muerto, con todas sus supersticiones extrañas, como su vehemente creencia que los sombreros en las camas son de mala suerte.

—No te preocupes, vamos a quemar salvia —dijo Liz. Es evidente que Fitzzy había alertado a los medios de comunicación.

—Entonces ¿qué es todo esto? —dijo Mike, golpeando sus uñas contra mi portátil.

—Amigo, estas son diez canciones —dijo Fitzzy, un trozo de espinaca en su sonrisa gigante—. Diez canciones increíblemente buenas. Esto es prácticamente un álbum. Ya tenemos suficiente para entrar en el estudio.

—Estas son solamente las que ya tengo —interrumpí—. Tengo por lo menos diez más por venir. No sé lo que está pasando, pero son apenas un poco que salen de mí en este momento, al igual que las que ya están escritas y grabadas, como alguien que acaba de presionar *play*³⁰. Lo estoy poniendo todo tan rápido como pueda.

—Obedece a la musa —dijo Liz—. Ella es un amante inconstante.

—Yo no estoy hablando de las canciones —dijo Mike—. No sé si habrá un álbum. Si alguna de las Disqueras todavía nos quiere. Teníamos todo este impulso y el básicamente lo mató.

—Él no mató nada —dijo Liz—. Uno, solo han pasado unos cuantos meses, segundo, nuestro álbum *Smiling Simon* ha estado desgarrando las listas de éxitos indie, recibiendo toneladas de pedidos en las radios de la Universidad. Y he estado trabajando en el lado de la universidad bastante bien —continuó Liz—. Con entrevistas y todo, para mantener encendida la brasa.

—Y amigo, *Perfect World* incluso ha cruzado, está sonando en las estaciones de radio por satélite —dijo Fitzzy—. Estoy seguro que todos los chicos de A&R estarán encantados de vernos. Cagando ladrillos para oír esto.

—No lo sabes —dijo Mike—. Ellos tienen sus tendencias. Cuotas. Los equipos que quieren Y mi punto es, él. —Me señalo con el dedo—. Deja la banda sin decir ni una palabra y regresa tan fresco como si no hubiera sido la gran cosa.

Mike tenía razón, pero no fue así, no contuve a nadie.

³⁰ **Play:** el autor se refiere a un dispositivo en los que se da play para comenzar o reproducir.

—Mira, lo siento. Todos pasamos por el acantilado algunas veces. Pero podías haberme reemplazado si tú querías. Conseguir un nuevo guitarrista y firmar con el sello discográfico.

Por el rápido vistazo que paso entre los tres, pude ver que esta opción había sido discutida y probablemente vetada por Liz. *Shooting Star* era un equipo democrático, siempre tomábamos las decisiones juntos. Pero cuando llegaba el momento, la banda era de Liz. Ella empezó y me reclutó a tocar la guitarra después de verme en la ciudad. Entonces había contactado con Fitzzy y Mike, por lo que un cambio de personal hubiera sido su llamado. Tal vez esa es la razón por la que Mike había empezado a tocar con otro baterista, bajo el nombre de Ranch Hand.

—Mike, no entiendo que es lo que quieres de todo esto —dijo Fitzzy—. ¿Quieres una caja de bombones? ¿Quieres que Adam te de un bonito ramo para decirte que lo siento?

—Vete a la mierda, Fitzzy —dijo Mike.

—Te voy a comprar flores —le ofrecí—. Rosas amarillas. Creo que esas simbolizan la amistad. Lo que sea necesario. Voy a hacer lo que dije.

—¿Eso está bien? —continuó Fitzzy—. Porque ¿qué carajo, hombre? Tenemos estas increíbles canciones. Ojalá yo las hubiera escrito. Pero lo hizo Adam. Él vino directo. Y lo tenemos de vuelta. Así tal vez ahora podamos volver a hacer buenísima música y a ver a donde nos lleva. Y tal vez, ya sabes, dejar que nuestros niños tengan un poco de alegría en su vida. Así que, amigo. Es pasado.



Las preocupaciones de Mike resultaron ser sin fundamento. Algunas de las grandes discográficas que nos habían estado cortejando durante el otoño se habían enfriado con nosotros, pero un puñado todavía estaban interesados y cuando nosotros les enviamos los demos de las canciones que se convertirían en *Daño Colateral*, ellos enloquecieron, y firmamos y estuvimos en el estudio con Gus antes de que nos diéramos cuenta.

Y por un tiempo, las cosas eran buenas. Fitzzy y Liz, ambos, tenían razón. La grabación de *Daño Colateral* fue catártica. Y había alegría. Trabajar con Gus fue intenso, trajo el ruido en nosotros, nos dijo que no tuviéramos

miedo de nuestra fuerza bruta y todos corrimos con él. Y fue genial estar en la grabación en Seattle y alojarse en un apartamento corporativo y sentirse como La Mierda. Todo parecía bien.

No mucho tiempo después de que el disco salió, empezó la gira. A cinco meses de sudar tinta a través de América del Norte, Europa y Asia, que, al principio pareció ser la cosa más emocionante en el mundo. Y en el principio lo fue, pero también era agotador. Y pronto estaba cansado todo el tiempo. Y solitario. Había un montón de tiempo vacío, en el cual la echaba de menos. Era el tipo que se encerraba en mi habitación del hotel, en la parte trasera de los autobuses turísticos. Empujé a todo el mundo. Incluso Liz. Especialmente a Liz. Ella no era tonta., sabía lo que estaba pasando. Y por qué. Y ella no era una frágil flor, tampoco. Ella se mantuvo después de mí. Así que me enterró, hasta que, supongo, se cansó de intentar cavar.

A medida que la gira continuaba, el álbum empezaba a ponerse fuera de control. Platino. A continuación, doble disco de platino. Los conciertos se agotaron, por lo que nuestros promotores añadieron otros nuevos para satisfacer la demanda. Los acuerdos de comercialización estaban en todas partes. Camisetas, gorras, carteles, pegatinas, incluso una edición especial del telescopio *Shooting Star*. De repente la prensa estaba encima de nosotros. Entrevistas todo el tiempo, fue halagador al principio. Las personas se preocupaban tanto por nosotros para leer lo que teníamos que decir.

Pero una cosa extraña empezó a suceder en las entrevistas. El reportero sentaba a la banda abajo en conjunto, algunas preguntas eran superficiales para todos nosotros, y luego al activar el micrófono o la cámara, se enfocaban en mí. Y traté de abrirlo al resto de la banda. Fue entonces cuando la prensa comenzó a solicitar entrevistas sólo conmigo, una petición que rechacé de manera uniforme, hasta que de repente se convirtió en imposible para nosotros hacer entrevistas de otra manera.

Unos cuatro meses en la gira, estábamos en Roma. La revista *Rolling Stone* había enviado a un reportero a pasar unos días con nosotros. Una noche, después de un show, estábamos cerrando el bar del hotel. Era una escena bastante apacible, y nos sentamos alrededor, descomprimiéndonos, tomando grappa³¹. Pero entonces el reportero comenzó a disparar fuera,

³¹ **Grappa** es el nombre con el que se conoce en Italia y en la Suiza italiana al aguardiente de orujo, licor con graduación alcohólica que varía entre 38 y 50 grados, obtenido por destilación de orujos de uva, es decir las partes sólidas de la vendimia que no tienen aprovechamiento en la previa elaboración del vino.

todas esas pesadas preguntas. Todo para mí. Quiero decir, había alrededor una docena de nosotros allí, —Liz, Fitzzy, Mike, Aldous, los que llevan el equipo, algunas fans y yo— pero este tipo estaba actuando como si fuera la única persona en la habitación.

—“Adam, ¿ves a *Daño Colateral* teniendo una sola narrativa? Si es así, ¿Nos puedes contar sobre él? ¿Crees que este disco representa tú crecimiento como compositor? Adam, has mencionado en otras entrevistas que no quieres caer en el ‘camino oscuro de estrella de rock’, pero ¿Cómo evitar ahogarse en tu propio humo?”

Mike perdió el control.

—¡Tú secuestraste la banda! —él me gritó, como si hubiéramos estado sólo nosotros dos en la habitación, como si no hubiera un reportero allí—. No se trata sólo del show de Adam Wilde, ya sabes. Somos una banda. Una unidad. Hay cuatro de nosotros. ¿O vas a olvidar eso, en tú camino al “lado oscuro de estrella de rock”?

—Mike, vamos —interrumpió bruscamente Liz—. Todos los artistas tienen sus rituales.

El reportero, por su parte, estaba garabateando y comiendo hasta que Aldous diplomáticamente dijo que todo el mundo estaba cansado y ahuyentó a todos, pero la banda salió del bar y trató de que Mike y yo hiciéramos las paces. Pero entonces Mike simplemente lo dejó suelto para la segunda ronda de insultos, diciendo que me había convertido en el centro de atención. Mire a Liz para que viniera en mi defensa, pero ella miraba fijamente su bebida. Así que me volví a Fitzzy, pero el negó con la cabeza.

—Nunca pensé que sería el que diría esto, pero crezcan, ustedes dos. — Luego se fue. Mire suplicante a Liz. Parecía simpática, pero cansada.

—Mike, estás fuera de sí —dijo ella. Pero luego se volvió hacia mí y sacudió la cabeza—. Sin embargo, Adam, vamos. Tienes que tratar de verlo desde su perspectiva. Para todos nosotros. Es difícil ser grande, especialmente cuando te has retirado de nosotros. Entiendo por qué lo tienes, pero eso no significa que sea fácil.

Todos ellos estaban en mi contra. Agité las manos en señal de rendición. Salí corriendo del bar, extrañamente con lágrimas. En el hall de entrada, esta modelo italiana llamada Rafaella, que había estado colgada con nosotros, estaba esperando un taxi. Ella sonrió cuando me vio. Cuando el

taxi llegó, ella hizo un gesto con la cabeza, me invitaba a su interior. Y me fui. Al día siguiente, me registré en un hotel diferente al de la banda.

La historia del éxito en *RollingStone.com* fue casi de inmediato y en los tabloides a los pocos días. Nuestra discográfica estaba asustada, cuando lo hicieron nuestros promotores, todos estaban como las distintas formas del infierno, no pagarían si no cumplíamos con nuestros compromisos de conciertos. Aldous voló como profesional mediador para hablar conmigo y con Mike. Fue inútil. Su genial idea, un legado que continua hasta nuestros días, es lo que Fitzzy lo conoce como “El divorcio”. Quería continuar el resto de la gira en un hotel y la banda en otro. Y nuestros publicistas decidieron que era más seguro mantener a Mike y a mí por separado en las entrevistas, por lo que ahora los reporteros a menudo hablan conmigo a solas. ¡Sí los cambios han ayudado mucho!

Cuando regresé de la gira *Daño Colateral*, casi abandono la banda. Me fui de la casa que había sido compartida con Fitzzy en Portland y de mi propia casa. Evité a los chicos. Estaba enojado pero también avergonzado. Yo no sabía cómo, pero claramente lo había arruinado todo. Podría haberlo dejado todo allí, pero Liz paso por mi nuevo lugar una tarde y me pidió que sólo me diera espacio unos meses para respirar y ver cómo me sentía.

—Cualquier persona se pone un poco loca después del par de años que hemos tenido, sobre todo el par de años que tú has tenido. —Había dicho ella, que estaba al tanto de cómo hemos reconocido a Mia—. No te estoy pidiendo que hagas “algo” sólo te estoy pidiendo que *no* hagas algo y a ver cómo te sientes en unos pocos meses.

Luego, el álbum comenzó a ganar todos esos premios y después me encontré con Bryn y me mudé a Los Ángeles y no tuve que lidiar con ellos mucho, así que sólo terminé siendo absorbido por otra ronda.

Bryn es la única persona que sabe cuán cerca del borde me hizo sentir la gira y lo mal que he estado, temiéndole a la próxima. “Déjalos sueltos” es su solución. Ella cree que tengo algún complejo de culpa, que vengo de origen humilde y todo, y por eso yo no voy en solitario.

—Mira, yo lo entiendo. Es difícil aceptar que mereces los elogios, pero tú sí. Tú escribes todas las canciones y la mayoría de la música y es por eso que recibes toda la atención —me dice—. ¡Tú eres el talentoso! No sólo alguna cara bonita. Si esto fuera una película, serías la estrella de veinte millones de dólares y ellos serían los actores de reparto, pero en lugar de eso obtienes de todo una división equitativa —dice—. Tú no los necesitas. Especialmente con todo el dolor que te dan.

Pero no se trata de dinero. Nunca lo ha sido. Y en solitario, no me parece mucho una solución. Sólo estaría fuera de la sartén y dentro del fuego. Y todavía estaría de gira para enfrentarme con el pensamiento de que he estado enfermo físicamente.

—¿Por qué no llamas al Dr. Weisbluth? —sugirió Bryn por teléfono desde Toronto, donde estaba terminando su última película. Weisbluth, el psicofarmacólogo con el que la discográfica me había conectado hace unos meses—. A ver si él te puede dar algo más fuerte. Y cuando vuelvas, tenemos que sentarnos con Brooke y en serio hablar acerca de ti en solitario. Pero lo tienes que conseguir a través de este tour. Vas a tener que llevar tú reputación de otra manera.

Hay cosas peores para hacer estallar tu reputación, ¿no? Eso es lo que yo pensaba. Pero no lo dije. Sólo llamé a Weisbluth, consiguió algunos guiones más y me armó de valor para la gira. Supongo que Bryn entendía, al igual que yo entendía, como todos los que conocía me han entendido, que a pesar de parecer un chico malo, Adam Wilde hace lo que dice.

Capítulo 12

Traducido por Makilith Vivaldi

Corregido por luchita_c

Hay un trozo de plomo donde mi corazón debería latir

El doctor dice que es demasiado peligroso sacarlo

Será mejor dejarlo ahí

Mi cuerpo creció alrededor de él, un milagro, ¡alabado sea!

Ahora, si tan sólo pudiera pasar a través de la seguridad del aeropuerto.

Bullet —Daño Colateral, Pista 12

Mia no me dice cuál es el próximo destino. Dice que es porque es su paseo secreto por Nueva York, debe ser un secreto y luego procede a llevarme hacia la Autoridad Portuaria, abajo, muy abajo por un laberinto de túneles subterráneos.

Y yo la sigo. A pesar de que no me gustan los secretos, a pesar de que creo que Mia y yo tenemos suficientes secretos entre nosotros dos hasta este momento, y a pesar de que el metro es como la culminación de todos mis temores. Espacios cerrados. Montones de personas. Sin escape. Casi le menciono esto, pero me devuelve lo que le dije antes en los bolos sobre el tema.

—¿Quién estará esperando ver a Adam Wilde en el tren a las tres de la mañana? ¿Y sin un séquito? —Me da una sonrisa burlona—. Además, debe estar muerto a esta hora. Y en mi Nueva York, siempre tomo el tren.

Cuando llegamos a la estación del metro Times Square, el lugar está tan lleno que bien podría ser un jueves a las cinco de la tarde. Mi campana de alerta comienza a repiquetear. Más aún, una vez que llegamos a la atestada plataforma. Me tensó y me acerco a uno de los pilares. Mia me mira.

—Esto es una mala idea —murmuro, pero mis preocupaciones son ahogadas por el tren.

—Los trenes no funcionan a menudo por las noches, así que debe ser por eso que todos han estado esperando por un tiempo —grita Mia sobre el estruendo—. Pero aquí ya viene uno, así que mira, todo está bien.

Cuando llegamos a la entrada, ambos vemos que Mia está equivocada. El vagón está lleno de gente. Personas borrachas. Siento una comezón de miradas sobre mí. Sé que no tengo pastillas, pero necesito un cigarrillo. Ahora. Busco mi mochila.

—*No puedes fumar en el tren* —susurra Mia.

—Lo necesito.

—Es ilegal.

—No me importa. —Si me arrestan, al menos estaría en la seguridad de la custodia policial.

De repente, ella se vuelve toda Vulcana³² —Si el propósito es no llamar la atención sobre ti mismo, ¿no crees que tal vez iluminarte es contra productivo? —Me tira hacia un rincón—. Está bien —canturrea, y casi espero que acaricie mi cuello como solía hacer cuando me ponía tenso—. Sólo pasaremos el tiempo aquí. Si no se vacía en la calle treinta y cuatro, nos bajaremos.

En la calle treinta y cuatro, un grupo de personas se bajan, y me siento un poco mejor. En la calle Cuarenta más gente se baja. Pero de repente en el Canal, nuestro vagón se llena con un grupo de hipsters³³. Me giro hacia el otro extremo del tren, cerca de la cabina del conductor, de modo que doy la espalda a los pasajeros.

Es difícil para la mayoría de la gente entender cuan asustado llego ahora a estar por grandes multitudes en espacios cerrados. Creo que sería difícil para el yo de hace tres años llegar a entenderlo. Pero ese yo, nunca tuvo la experiencia de ocuparse de sus propios asuntos en una pequeña tienda de discos en Minneapolis, cuando un hombre me reconoció y gritó mi nombre, fue como ver palomitas de maíz en aceite caliente: Primero fue uno, luego otro, entonces todos explotaron, hasta que todos esos flojos sentados en la tienda de discos, de repente se convirtieron en una turba, rodeándome y luego empujándome. No podía respirar. No me podía mover.

³² No sé si refiere a los Vulcanianos de Star Trek, que eran de personalidad apasionada y violenta, o sobre si se refiere a que explota de repente. xD

³³ **Hipster:** En la cultura juvenil, el termino hipster usualmente se refiere a personas jóvenes con cierto gusto por el rock independiente, el skateboarding y otros deportes urbanos, un sentido irónico de la moda o una u otra manera de estilo "bohemio".

Eso apesta, porque me gustan los fans cuando me encuentro con ellos individualmente, de verdad. Pero conseguir a un grupo de ellos juntos en este instinto enjambre, se apodera de mi y parecen olvidar que eres un simple mortal, carne y hueso, magullable e intimidable.

Pero parece que estamos bien en la esquina. Hasta que cometo el fatal error de echar sólo un pequeño vistazo por encima de mi hombro para asegurarme de que nadie me está mirando. Y en ese pequeño cuarto de segundo, sucede. Atrapo la atención de alguien. Siento el reconocimiento encenderse como una mecha. Casi puedo oler el fósforo en el aire. Entonces todo sucede en cámara lenta. Primero, lo escucho. Se vuelve anormalmente silencioso. Y luego hay un bajo zumbido mientras viajan las noticias. Escucho mi nombre, en una etapa de susurros que se mueve a través del ruidoso tren. Veo codos empujándose. Buscando por celulares, tomando bolsos, con fuerzas reunidas, y pies arrastrándose. Nada de esto toma más de unos cuantos segundos, pero siempre es agonizante, al igual como cuando el primer golpe es lanzado, pero aún no ha conectado. Un hombre con una barba se está preparando para salir de su asiento, abriendo su boca para llamar mi nombre. Sé que no quiere perjudicarme, pero una vez que lo haga, el tren entero estará sobre mí. Treinta segundos hasta que todo el infierno se desate.

Agarro el brazo de Mia y tiro de él.

—¡Oww!

Tengo la puerta abierta entre los vagones del metro y nos empujamos hasta el siguiente vagón.

—¿Qué estás haciendo? —dice, agitándose detrás de mí.

No escucho. Estoy tirando de ella hacia el otro vagón, y luego a otro hasta que el tren se detiene en una estación, y luego tiro de ella hacia fuera, por la plataforma, hacia las escaleras, caminando de dos escalones en dos, una parte de mi cerebro vagamente me advierte que estoy siendo demasiado tosco, pero la otra parte no me sirve ni una mierda.

Una vez en la calle, tiro de ella a lo largo de unas cuantas cuadras hasta que estoy seguro de que nadie nos está siguiendo. Entonces me detengo.

—¿Estás *tratando* de que nos maten? —grita ella.

Siento un cerrojo de culpa disparándose a través de mí. Pero arrojo ese cerrojo de regreso hacia ella.

—Bueno ¿qué hay de ti? ¿Estás tratando de que me ataque una turba?

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que sigo sosteniendo su mano. Mia lo ve, también. La dejo ir.

—¿Cuál turba, Adam? —pregunta en voz baja.

Ella está hablándome como si ahora fuera una persona loca. Al igual como Aldous me habla cuando tengo uno de mis ataques de pánico. Pero al menos Aldous nunca me acusaría de fantasear con un ataque de fans. Lo ha visto pasar muchas veces.

—Me reconocieron ahí abajo —murmuro, alejándome de ella.

Mia duda por un segundo, entonces corretea para alcanzarme.

—Nadie sabía que eras tú.

Su ignorancia, ¡el *lujo* de tal ignorancia!

—El tren entero sabía que era yo.

—¿De qué estás hablando, Adam?

¿*Que de qué estoy hablando?* Estoy hablando de tener fotografías acampados frente a mi casa. Estoy hablando de no haber ido de compras en casi dos años. Estoy hablando de no ser capaz de dar un paseo sin sentirme como un ciervo en la inauguración de la temporada de caza. Estoy hablando de que cada vez que tengo un resfriado, es publicado en cada tabloide como si fuera una adicción.

La miro en las sombras de la ciudad apagada, su cabello cayendo sobre su rostro y puedo ver que trata de averiguar si me he perdido. Y tengo que luchar contra el impulso de tomarla por los hombros y estrellarla contra un edificio cerrado hasta que sintamos las vibraciones resonando a través de ambos. Porque de pronto, quiero escuchar sus huesos crujir. Quiero sentir la suavidad que ofrece su carne, escuchar su grito de asombro mientras el hueso de mi cadera se estrella contra el de ella. Quiero tirar su cabeza hacia atrás hasta que su cuello esté expuesto. Quiero rasgar mis manos por su cabello hasta que su respiración sea entrecortada. Quiero hacerla llorar y lamer sus lágrimas. Y luego quiero llevar mi boca a la de ella, devorarla en vida, transmitirle las cosas que no puede entender.

—¡Esto es una mierda! ¿A dónde diablos me estás llevando de todos modos? —La adrenalina zumba a través de mí que convierte mi voz en un gruñido.

Mia se ve sorprendida.

—Te lo dije. Te llevo a mis guaridas secretas de Nueva York.

—Sí, bueno, estoy un poco harto de secretos. ¿Te importaría decirme a dónde vamos? ¿Es esa mucha mierda que pedir?

—Cristo, Adam, ¿Cuándo te convertiste en un...

¿Ególatra? ¿Idiota? ¿Narcisista? Podría llenar el espacio en blanco con un millón de palabras. Todas ellas me las han dicho antes.

—...tipo así? —Mia termina.

Por un segundo, casi me río. *¿tipo?* ¿Eso es lo mejor que tiene? Me recuerda a la historia que mis padres decían de mí, que cuando era un niño pequeño y me enojaba, me ponía todo exaltado y los maldecía “¡Tú, tú, tú... *pistón!*” como si fuera la peor cosa jamás.

Pero entonces recuerdo algo más, una vieja conversación que tuvimos Mia y yo una noche. Ella y Kim tenían esta costumbre de ordenar todo en simétricas categorías, y Mia siempre estaba anunciando una nueva. Un día ella me dijo que habían decidido que mi género se dividiría en dos ordenadas pilas; Hombres, y Tipos. Básicamente, todos los santos del mundo eran: Hombres. Los idiotas, los jugadores, los aficionados a los concursos de camisetas mojadas: Eran Tipos. En aquel entonces, yo era un *Hombre*.

Así que ¿Soy un tipo ahora? ¡Un *tipo!* Dejo que mi dolor se muestre por medio segundo. Mia me mira con confusión, pero no recuerda nada. Quien dijo que el pasado no está muerto, era un retrasado. Es el futuro el que ya está muerto. Ya está agotado. Toda la noche entera ha sido un error. No me va a dejar rebobinarla. O deshacer los errores que he cometido. O las promesas que he hecho. O tenerla de vuelta. O que ella me tenga de regreso.

Algo ha cambiado en el rostro de Mia. Algún tipo de reconocimiento se ha activado. Porque ella misma se explica, cómo me llamó un “tipo”, porque los tipos siempre necesitan conocer el plan, las direcciones, y en cómo me está llevando ahora hacia el ferry de Staten Island, lo que no es realmente un secreto, pero es algo que sólo unos cuantos ciudadanos de Manhattan hacen, lo que es una lástima, porque hay una increíble vista de la Estatua de la Libertad desde la parte superior, el ferry es gratis, y no hay nada en Nueva York que sea gratis, sí, estoy preocupado por las multitudes que no podemos olvidar, pero podemos también sólo echarle un vistazo, y si no está vacía, y ella está bastante segura que lo estará a esta hora de la noche, podemos regresar antes de que se vaya.

Y no tengo idea si recordó la conversación acerca de la distinción Hombres/Tipos o no, pero ya no importa en realidad. Porque tiene razón. Ahora soy un Tipo. Y puedo fijar la noche precisa en que me convertí en uno.

Capítulo 13

Traducido por andre27xl

Corregido por Paaau

Las fanáticas aparecieron de inmediato. O quizás siempre habían estado allí y yo no lo había notado. Pero tan pronto como empezamos la gira, empezaron a zumbiar como colibríes intentado mojar sus picos en las flores de primavera.

Una de las primeras cosas que hicimos después de que firmamos con el sello, fue contratar a Aldous para que hiciera el papel de nuestro mánager. *Daño Colateral* saldría en septiembre, y la disquera planeaba hacer un tour modesto en el otoño tardío, pero Aldous tenía ideas diferentes.

—Ustedes chicos necesitan de vuelta sus piernas en el mar —dijo Aldous cuando terminamos de mezclar el álbum—. Necesitan regresar a la carretera.

Así que tan pronto como el álbum salió, Aldous nos organizó una serie de fechas de gira arriba y abajo por la Costa Oeste, en clubs donde ya habíamos tocado, para reconectarnos con nuestra base de fans, o para recordarles que todavía existimos, y para sentirnos cómodos frente a una audiencia de nuevo.

La disquera nos alquiló una camioneta Ecoloni bastante buena, con camas en la parte trasera, y un tráiler para arrastrar nuestro equipo, pero aparte de eso, cuando salimos, no me sentí tan diferente de las presentaciones que siempre habíamos hecho.

Pero era completamente distinto.

De una vez, de inmediato y por alguna razón, *Animate* estaba haciéndose escuchar como un single de éxito. Incluso durante la gira de dos semanas, su momento se estaba construyendo, y mientras eso ocurría, lo podíamos sentir en cada presentación que teníamos. Fueron de suficientemente llenas, a llenas, a todas las entradas agotadas, a filas alrededor de la esquina, hasta llegar al punto de tener guardias en los conciertos. Todo eso en cosa de dos semanas.

Y la energía. Era como un cable vivo, como si todos en el show supieran que estábamos allí mismo en el borde y querían ser parte de ello, una parte de nuestra historia. Era como si todos estuviéramos dentro de este gran secreto juntos. Quizás por esta razón eran los mejores conciertos roqueros y frenéticos que alguna vez habíamos dado, toneladas de escenarios hundiéndose y gente gritando junto con las canciones, aunque nadie antes había escuchado nuestros temas nuevos. Y me sentí bastante bien, bastante reivindicado, porque aunque era sólo un asunto de pura suerte que las cosas hayan ido de esta manera, yo no lo había arruinado para la banda, después de todo.

Las fanáticas sólo parecían una parte de esta ola de energía, de esta creciente marea de fanatismo. Al principio, ni siquiera pensé en ellas como fanáticas, ya que a muchas de las chicas ya las conocía vagamente de la escena. Excepto que antes eran amigables, ahora eran abrasadoras en su coqueteo. Después de una de nuestras primeras presentaciones en San Francisco, esta inconforme chica llamada Viv a quien había conocido durante un par de años, apareció tras el escenario. Tenía un cabello negro brillante, y brazos delgados cubiertos con una cadena maya de tatuajes. Me dio un inmenso abrazo y luego un beso en la boca. Se colgó a mi lado toda la noche, su mano colocada siempre en la parte baja de la espalda.

A esa altura, había estado fuera de servicio durante más de un año. Mia y yo, bueno, ella había estado en el hospital, después en rehabilitación, e incluso si no hubiera estado cubierta de puntos, yesos y vendas a presión, no había manera. Todas esas fantasías acerca de baños sexys con esponjas en el hospital son una broma; no existe un lugar tan “no excitante” como el hospital. El olor es de putrefacción, lo opuesto al deseo.

Cuando ella regresó a casa, había ido a una habitación del piso inferior que había sido el cuarto de coser de su abuela, el cual nosotros habíamos vuelto el cuarto de Mia. Había habitaciones vacías en el segundo piso, pero Mia, que todavía estaba caminando con una muleta, no pudo manejar las escaleras al principio, y yo no había querido estar tan lejos.

Incluso aunque estaba pasando todas las noches en casa de Mia, nunca me mudé oficialmente de la Casa de Rock, y una noche, un par de meses después de que Mia regresara a la casa de sus abuelos, ella había sugerido que fuéramos allá.

Luego de cenar con Liz y Sarah, Mia me había tironeado a mi habitación. En el minuto en el que la puerta se cerró, se lanzó sobre mí, besándome con su boca completamente abierta, como si estuviera intentado tragarme

entero. Me tomó por sorpresa al principio, asustado por este ardor repentino, preocupado de que pudiera herirla, y también, sin realmente querer ver la cicatriz áspera y rojiza en su muslo, donde la piel había sido tomada como un injerto para la cicatriz de piel de serpiente en su otra pierna, incluso aunque ella mantuvo esa cubierta con una venda de presión.

Pero mientras me besaba, mi cuerpo había empezado a despertarse con ella, y con eso, mi mente se fue también. Nos recostamos en mi colchón. Pero entonces, justo cuando las cosas se habían encaminado, ella había empezado a llorar. No lo pude notar al principio porque los pequeños lloriqueos eran iguales a los pequeños gemidos que había estado dando minutos antes. Pero pronto, crecieron en intensidad, algo horrible y animal viniendo de las profundidades de ella. Pregunté si la había herido, pero dijo que no era eso y me pidió que dejara la habitación. Cuando salió completamente vestida, ella había pedido que fuéramos a casa.

Ella había intentado empezar las cosas conmigo de nuevo otra vez. Una noche de verano un par de semanas antes de que saliera para Julliard. Sus abuelos habían salido a visitar a su tía Diane, así que teníamos la casa para nosotros en la noche, y Mia había sugerido que durmiéramos en una de las habitaciones de arriba ya que para entonces las escaleras no eran un problema para ella. Había sido excitante. Habíamos abierto las ventanas y habíamos pateado lejos un antiguo edredón, y simplemente nos metimos bajo las sábanas. Recuerdo haberme sentido muy consciente de mí mismo, compartiendo una cama con ella después de todo este tiempo. Así que había agarrado un libro, y acomodé una pila de almohadas para que Mia colocara su pierna, como le gustaba hacerlo de noche.

—No estoy lista para dormir —había dicho ella, corriendo un dedo a lo largo de mi brazo desnudo.

Se había inclinado para besarme. No el usual beso casto en los labios, sino un beso profundo, rico y exploratorio. Había empezado a besarla de regreso. Pero entonces, recordé esa noche en la Casa de Rock, el sonido de ese gemido animal, la mirada de miedo en sus ojos cuando había salido de la habitación. De ninguna *manera* la enviaría de vuelta a ese hoyo de gusano. De ninguna manera *yo* iba a hundirme nuevo en ese hoyo de gusano.



Sin embargo, esa noche en San Francisco con la mano de Viv jugando en la parte inferior de mi espalda, estaba dispuesto a seguir. Pasé la noche en su apartamento, y ella vino conmigo a la mañana siguiente para tomar el desayuno con la banda antes de que nos fuéramos hasta nuestra siguiente parada.

—Llámame la próxima vez que estés en la ciudad —susurró en mi oído mientras partíamos.

—De vuelta al ruedo, mi hermano —dijo Fitzzy, chocando los cinco conmigo mientras conducíamos la camioneta hacia el sur.

—Sí, felicitaciones —dijo Liz, un poco triste—. Sólo no lo restriegues. — Sarah recientemente había terminado la escuela de leyes y estaba trabajando para una organización de derechos humanos. No más “dejarle todo a Liz en las giras”.

—Sólo porque tú y Mikey estén enrollados, no vengas a quejarte con nosotros —dijo Fitzzy—. Tiempo de gira es tiempo de juego, ¿cierto, Hombre Salvaje?

—¿Hombre Salvaje? —preguntó Liz—. ¿Así es como va a ser?

—No —dije.

—Hey, si el nombre encaja... —dijo Fitzzy—. Buena cosa que llegué a Fred Meyer por la bolsa barata de condones antes de irnos.

En L.A, había otra chica esperando. Y en San Diego, otra. Pero ninguna de ellas se sentía sucia. Ellie, la chica en L.A, era una vieja amiga, y Laina, la de San Diego, era una excelente estudiante, inteligente, sexy y mayor. Nadie tenía ilusiones de que estas aventuras fueran a llevar a un gran romance.

No fue sino hasta nuestro segundo gran concierto, que conocí una chica de la que nunca supe el nombre. Me di cuenta de ella desde el escenario. Ella mantuvo sus ojos en mí durante toda la presentación y no paró de mirarme. Me estaba asustando, pero también excitándome. Quiero decir, prácticamente me estaba desvistiendo con los ojos. No podías evitar sentirte poderoso y excitado, y se sentía bien sentirse tan obviamente querido de nuevo.

Nuestra disquera estaba dándonos una fiesta de lanzamiento de Cd luego del concierto, sólo se podía entrar con invitación. No esperaba verla allí. Pero luego de un par de horas, allí estaba ella, caminando hacia mí en un

traje que era medio de prostituta y medio de supermodelo: falda recortada, botas que podían doblar las armas de grado militar.

Caminó directo hacia mí, y anunció en un tono para nada bajo: —He venido todo el camino desde Inglaterra para tener sexo contigo.

Y con eso, me tomó la mano, y me guió fuera a través de la puerta y hasta su habitación de hotel.

La siguiente mañana fue rara como ninguna de las otras mañanas había sido. Caminé con vergüenza hacia el baño, me vestí rápidamente, y traté de escabullirme, pero ella estaba justo allí, empacada y lista para irse.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—¿Yéndome contigo? —dijo ella, como si fuera obvio.

—¿Yendo conmigo a dónde?

—A Portland, amor.

En Portland era nuestro último concierto y una especie de bienvenida a casa, ya que todos vivíamos allí ahora. Ya no más en una casa Comunal del Rock. Liz y Sarah estaban consiguiendo su propio lugar. Mike se estaba mudando con su novia. Y Fitz y yo estábamos alquilando una casa juntos.

Pero todavía todos seguíamos en la misma área, con una distancia caminable entre nosotros, y con el lugar de ensayos que ahora alquilamos.

—Vamos en una camioneta. No en un autobús de gira —le dije, mirando mis Converse—. Y Portland es el último concierto, una clase de cosa de familiares y amigos. No deberías venir.

Y no eres mi amor.

Ella frunció el ceño y cerré la puerta, pensando que era lo último de ella. Pero cuando aparecí para la prueba de sonido en Portland, ella estaba allí, esperando por mí en la Satyrcon. Le dije que se fuera, no muy amablemente. Estaba entre las líneas de: *Hay un nombre para esto y se llama acoso*. Fui un imbécil, lo sé, pero estaba cansado. Le había pedido que no viniera. Y me estaba asustando bastante. No solamente ella. Cuatro chicas en dos semanas estaban revolviendo mi cabeza. Necesitaba estar solo.

—Piérdete, Adam. No eres ni siquiera una maldita estrella de rock aún, así que deja de actuar como un gilipollas dándoselas de importante. Y ni siquiera estuviste tan bien. —Esto ella lo gritó frente a todos.

Así que hice que los guardias la sacaran. Ella se fue gritando insultos acerca de mí, mi incapacidad sexual, mi ego.

—Hombre Salvaje, ciertamente —dijo Liz, levantando una ceja.

—Sí —dije, sintiéndome lo opuesto a un hombre salvaje, realmente quería escabullirme a una habitación y esconderme. No lo sabía todavía, pero una vez que la gira real comenzó—a la que la disquera nos envió luego de que el álbum saliera a la venta, unos afanosos cinco meses de entradas agotadas y fanáticas en abundancia—todo lo que quería hacer era esconderme. Dadas mis tendencias solitarias, pensarías que había aprendido a mantenerme alejado de las muestras gratis de cariño ofrecidas tan constantemente. Pero luego de los conciertos, anhelaba la conexión. Anhelaba piel, el sabor del sudor de otra mujer. Si no podía ser el de ella, bueno, entonces el de cualquiera serviría... por un par de horas. Pero había aprendido una lección, ya no más invitadas por la noche.

Así que, esa noche en Seattle, pudo haber sido la primera vez que me volvía hombre. Pero no sería la última.

Capítulo 14

Traducido por Liseth_Johanna

Corregido por Paaau

El coco³⁴ duerme en tu lado de la cama

Susurra en mi oído: “Estás mejor muerto”.

Llena mis sueños con sirenas y luces de arrepentimiento

Me besa gentilmente cuando me despierto con un dulce

¡Boo! —Daño Colateral, Pista 3

Voy con Mia al ferry de todas maneras. Porque, ¿qué más voy a hacer? Lanzar una rabieta porque ella no ha mantenido un catálogo actualizado de cada conversación que hayamos tenido alguna vez. *Se llama seguir adelante.*

Y ella tiene razón con eso de que el ferry está muerto. A las cuatro y treinta de la mañana, no hay mucha demanda para Staten Island. Había, quizás, una docena de personas sentadas en el piso de las escaleras. Un trío de regazados está acostado en un banco, repitiendo la noche, pero mientras pasamos a su lado, una de las chicas levanta la cabeza y me mira fijamente.

Luego, le pregunta a su amigo: —Amigo, ¿ese es Adam Wilde?

Al amigo ríe.

—Sí. Y a su lado está Britney Spears. ¿Por qué infiernos estaría Adam Wilde en el ferry de Staten Island?

Me estoy haciendo la misma pregunta.

Pero, aparentemente, esta es una de las cosas de Mia, y este es su paseo de “despedida de Nueva York aun cuando en realidad no me estoy yendo”. Así que la sigo escaleras arriba hacia la proa del bote cerca del enrejado.

Mientras nos alejamos de Nueva York, el horizonte desaparece tras nosotros, el Río Hudson se ve a un lado, y el muelle se ve al otro. Es

³⁴ **Coco:** Se refiere al “hombre del saco”. La criatura con la que se asusta a los niños para que obedezcan.

tranquilo aquí en el agua, calmo excepto por un par de esperanzadas gaviotas que siguen nuestra estela, en busca de comida supongo, o tal vez, simplemente acompañando la noche. Empiezo a relajarme a pesar de mí mismo.

Y después de unos cuantos minutos, estamos cerca de la Estatua de la Libertad. Está toda iluminada en la noche, y su antorcha también lo está, como si hubiera una verdadera llama allí, dando la bienvenida a las amontonadas masas. *Hola, Señora, aquí estoy.*

Nunca había visto la Estatua de la Libertad. Hay mucha gente. Aldous me invitó una vez a un tour en un helicóptero privado, pero yo no me monto en esos. Pero ahora que ella está justo aquí, puedo ver por qué está en la lista de Mia. En las fotografías, la estatua siempre luce un poco sombría, determinada, pero de cerca, es más suave. Pero tiene una mirada, como si supera algo que tú no.

—Estás sonriendo —me dice Mia.

Y me doy cuenta que lo estoy haciendo. Tal vez es por ser premiado con un pase especial para hacer algo que pensé que estaba fuera de límites. O tal vez la apariencia de la estatua es contagiosa.

—Es agradable —dice Mia—. No la he visto en un tiempo.

—Es gracioso —respondo—, porque justo estaba pensando en ella. — Señalo hacia la estatua—. Es como si tuviera algún tipo de secreto. El secreto para la vida.

Mia mira hacia arriba.

—Sí. Entiendo lo que dices.

Dejo salir aire por mis labios.

—Yo podría necesitar ese secreto.

Mia inclina la cabeza sobre el enrejado.

—¿Sí? Pues pídeselo.

—¿Qué se lo pida?

—Está justo aquí. No hay nadie aquí. No hay turistas rodeándole los pies como hormigas. Pídele que te diga el secreto.

—No voy a pedirselo.

—¿Quieres que lo haga yo? Lo haré, pero es tu pregunta, así que pienso que deberías hacer los honores.

—¿Tienes el hábito de hablar con las estatuas?

—Sí. Y con las palomas. Ahora, ¿vas a preguntarle?

Miro a Mia. Tiene los brazos cruzados sobre su pecho, un poco impacientemente. Me giro hacia el enrejado.

—Um, ¿Estatua? Oh, Estatua de la Libertad —llamo calmadamente. Nadie está por ahí, pero esto es realmente embarazoso.

—Más fuerte —dice Mia, dándome un codazo.

Qué diablos.

—Oye, disculpa —llamo—, ¿cuál es tu secreto?

Ambos nos ahuecamos los oídos sobre el agua, como si esperáramos una respuesta que llegara rápidamente de vuelta.

—¿Qué dijo? —pregunta Mia.

—Libertad.

—Libertad —repite Mia, asintiendo en acuerdo—. No, espera, creo que hay más. Espera. —Se inclina sobre el enrejado, ampliando los ojos—. *Hmm... Hmm...* Ajá. —Se gira hacia mí—. Aparentemente, no está usando bragas bajo esas faldas, y con la brisa de la bahía, aquello le provee un cierto escalofrío.

—La Señora Libertad va lista para la acción³⁵ —digo—. ¡Eso es tan Francés!

Mia se parte de risa con eso.

—¿Crees que alguna vez le dé un vistazo a los turistas?

—¡Imposible! ¿Por qué crees que tiene esa mirada privada en su cara? Todos esos puritanos de red-state³⁶ que vienen en el barco, ni siquiera sospechan que la Vieja Lib³⁷ no tiene ropa interior puesta. Probablemente luce un brasileño³⁸.

—De acuerdo, tengo que olvidar esa imagen —gruñe Mia—. Y debo recordarte que venimos de un red-state; o algo así.

—Oregon es un estado dividido —respondo—. Campesinos blancos al este, los hippies al oeste.

³⁵ **Lista para la Acción:** El origen del término "Going Commando", se debe a la tradición en las unidades militares escocesas de no usar ropa interior debajo de sus faldas.

³⁶ **Red-state** Estado en el que la mayoría de sus votantes apoyan a un candidato Republicano.

³⁷ **Vieja Lib:** Forma de referirse a la Estatua de la Libertad.

³⁸ Depilación brasileña de la zona del bikini.

—Hablando de hippies, y de ir sin ropa interior...

—Oh, no. ahora, esa es una imagen que no necesito.

—¡Día de la Liberación Mamaria! —alardea Mia, refiriéndose a unas sesentonas de nuestra ciudad. Una vez al año, un puñado de mujeres pasan el día sin nada que cubra su parte superior, para protestar por la inequidad de que sea legal que los hombres vayan sin camiseta pero las mujeres no.

Lo hacen en el verano, pero con Oregon siendo Oregon, la mitad del tiempo aún hace frío, así que hubo un montón de piel arrugada. La mamá de Mia siempre había amenazado con marchar; su papá siempre la sobornó con una cena en un restaurant elegante para que no lo hiciera.

—*Mantén tus delitos de clase B lejos de mi copa B* —dice Mia, citando entre jadeos y risas, uno de los lemas más ridículos del movimiento—. Eso no tiene sentido. Si estás desnudando tus senos, ¿para qué un sostén?

—¿Sentido? Fue alguna idea hippie. ¿Y tú buscas lógica en esto?

—Día de Liberación Mamaria —dice Mia, limpiándose las lágrimas—. ¡Buen Oregon! Eso fue hace toda una vida.

Y así era. Así que el comentario no debería sentirse como una bofetada. Pero así se siente.

—¿Por qué nunca regresaste? —pregunto.

No es realmente el abandono a Oregon lo que quiero que me explique, pero parece más seguro esconderlo bajo la gran manta verde de nuestro estado.

—¿Por qué debería? —pregunta Mia, manteniendo su mirada fija en el agua.

—No lo sé. Por la gente de allí.

—Las personas de allí pueden venir aquí.

—Para visitarlos. A tu familia. Y a... —*Oh, mierda, ¿qué estoy diciendo?*

—¿Hablas de las tumbas?

Sólo asiento.

—De hecho, son la razón por la que no regreso.

Asiento con la cabeza.

—Demasiado doloroso.

Mia ríe. Es una risa verdadera y genuina, un sonido tan inesperado como la alarma de un auto en un bosque lluvioso.

—No, no es así, en absoluto. —Sacude la cabeza—. ¿Honestamente crees que el lugar dónde eres enterrado tiene alguna relación con el lugar dónde vive tu espíritu?

¿Dónde vive tu espíritu?

—¿Quieres saber en dónde viven los espíritus de tu familia?

Repentinamente, siento como si estuviera hablando con un espíritu. El fantasma de la Mia racional.

—Están aquí —dice ella, dándose un golpecito en el pecho—. Y aquí —dice, tocándose la frente—. Los escucho todo el tiempo.

No tengo idea de qué decir. ¿No estábamos simplemente burlándonos de todas las clases de hippies de la Nueva Era en nuestra ciudad hace sólo dos minutos?

Pero Mia ya no está bromeando. Frunce el ceño profundamente, gira la mirada hacia otra parte.

—Olvidalo.

—No. Lo lamento.

—No, entiéndelo. Sueno como una Guerrera Arcoíris³⁹. Como un fenómeno. Como un Looney Tune.

—De hecho, sueñas como tu abuela.

Ella me mira fijamente.

—Si te lo digo, llamarás a los chicos con las camisas de fuerza.

—Dejé mi teléfono en el hotel.

—Cierto.

—Y además, estamos en un bote.

—Buen punto.

—Y si acaso aparecen, simplemente me ofreceré yo. Entonces, ¿qué? ¿Ellos te... persiguen?

³⁹ **Guerrera Arcoíris:** Creencia ambientalista sobre una profecía Nativa que debe ser cumplida.

Ella toma un profundo respiro, y sus hombros caen como si estuviera meditándolo mucho. Me hace señas hacia uno de los bancos. Me siento a su lado.

—Perseguir no es la palabra correcta para ello. Perseguir hace que suene malo, como que no es bienvenido. Pero sí los escucho. Todo el tiempo.

—Oh.

—No sólo escucho sus voces, el recuerdo de ellos —continúa ella—. Puedo escucharlos hablándome. Como ahora. En tiempo real. Sobre mi vida.

Debo de darle una mirada extraña, porque se sonroja.

—Lo sé. Escucho gente muerta. Pero no es *así*. Es como, ¿recuerdas esa graciosa mujer sin hogar que solía vagar por el campus universitario, clamando que oía voces que salían de su carrito de compras? —Asiento con la cabeza. Mia se detiene por un minuto.

—Al menos, no *creo* que sea así —dice—. Tal vez lo es. Tal vez estoy loca y simplemente no creo que lo esté, porque las personas locas nunca piensan que lo están, ¿verdad? Pero en serio, sí los escucho. Tanto si es algún tipo de fuerza angelical como en las que cree la Abuela, y ellos están en algún cielo en línea directa hacia mí, o si simplemente son el recuerdo que he guardado dentro de mí, no lo sé. Y no sé si incluso importa. Lo que importa es que están conmigo. Todo el tiempo. Y sé que sueño como una loca, murmurándome a mí misma algunas veces, pero simplemente estoy hablando con mamá sobre qué falda comprar, con papá, sobre el recital por el que estoy nerviosa, o con Teddy, sobre la película que he visto.

—Y puedo escucharlos responderme. Como si estuvieran justo allí, en la habitación, conmigo. Como si nunca se hubiesen ido. Y aquí está lo verdaderamente raro: no podía oírlos cuando estaba en Oregon. Después del accidente, era como si sus voces estuvieran desapareciendo. Pensé que iba a perder por completo la habilidad de recordar la forma en que sonaban. Pero una vez que me fui, pude escucharlos todo el tiempo. Es por eso que no quiero regresar. Bueno, es una de las razones. Tengo miedo de perder la conexión, por así decirlo.

—¿Puedes oírlos ahora?

Hace una pausa, escucha, y asiente.

—¿Qué están diciendo?

—Están diciendo es que es un placer verte, Adam.

Sé que está haciendo algún tipo de broma, pero el pensamiento de que ellos me puedan ver, que puedan vigilarme, saber lo que he hecho estos últimos tres años, me hace estremecer en la cálida noche.

Mia me ve temblar y mira hacia abajo.

—Lo sé, es una cosa loca. Es por lo que nunca le he dicho esto a nadie. Ni a Ernesto. Ni siquiera a Kim.

No, quiero decirle. *Lo entendiste mal. No es algo loco, en absoluto.* Pienso en todas las voces que hacen ruido en mi cabeza, voces que, estoy bastante segura, son versiones más viejas, más jóvenes o sólo *mejores* versiones de mí. Ha habido momentos —cuando las cosas han sido realmente inhóspitas— en que he intentado *llamarla*, obtener *su* respuesta, pero nunca funciona. Simplemente no. Si quiero su voz, tengo que apoyarme en recuerdos. Al menos tengo muchos de esos.

No puedo imaginar lo que se sentiría tener su compañía en mi cabeza, la comodidad que traería. El saber que ella los ha tenido a ellos consigo, todo este tiempo, me encanta. También me hace entender por qué, de los dos, ella parece ser la más cuerda.

Capítulo 15

Traducido por Sophie12 y Beellie

Corregido por Paaau

Estoy bastante seguro de que cuando los bebés nacen en Oregon, salen del hospital con certificados de nacimiento, y diminutos sacos de dormir. Todo el mundo en el estado sale a acampar.

Los hippies y los campesinos sureños. Los cazadores y los abraza árboles. La gente rica. La gente pobre. Incluso los músicos de rock. Especialmente los músicos de rock. Nuestro grupo había perfeccionado el arte del acampar punk-rock, tirando un montón de basura en la camioneta con, como una hora de aviso, y sólo conduciendo hacia las montañas, donde tomábamos cerveza, quemábamos los alimentos, y tocábamos nuestros instrumentos alrededor de la fogata con un saco de dormir fuera, bajo el cielo abierto. A veces, en la gira, de vuelta a los primeros días de la miseria, acampábamos como una alternativa a dormir en las infestadas casas de rock and roll.

No sé si es porque no importa donde vivas, la naturaleza nunca está tan lejos, pero simplemente parecía como si todo el mundo en Oregon acampara.

Todo el mundo, eso era, a excepción de Mia Hall.

—Yo duermo en camas. —Fue lo que Mia me dijo la primera vez que la invité a ir a acampar un fin de semana. A lo que me ofrecí a llevar uno de esos colchones inflables, pero aun así lo había rechazado. Kat me había oído tratando de persuadir a Mia, y se había reído.

—Buena suerte con eso, Adam. —Había dicho ella—. Denny y yo llevamos a acampar a Mia cuando era una bebé. Planeamos pasar una semana en la costa, pero ella gritó por dos días seguidos y tuvimos que volver a casa. Es alérgica a acampar.

—Es cierto —dijo Mia.

—Yo voy. —Teddy se había ofrecido—. Sólo he ido a acampar en el patio trasero.

—El abuelo te saca todos los meses —respondió Denny—. Y yo te he llevado. Simplemente no has acampado con todos nosotros como una familia. —Le había dado un vistazo a Mia. Ella simplemente rodó sus ojos hacia él.

Así que me sorprendió cuando Mia estuvo de acuerdo en ir a acampar. Fue en el verano antes de su último año de escuela secundaria y mi primer año de universidad, y apenas nos habíamos visto el uno al otro. Las cosas con la banda habían comenzado realmente a calentarse, por lo que había estado de gira por gran parte de ese verano, y Mia se había alejado en su campamento de banda, y luego visitando a parientes. Debe haber estado extrañándose mucho. Era la única explicación que me podía imaginar para que cediera.

Sabía que no debía confiarme en la forma punk rock de acampar. Así que pedí prestada una tienda. Y una de esas cosas de espuma para dormir. Y empaqué una hielera llena de comida. Quería hacer todo bien, aunque para ser honesto, no tenía muy claro por qué Mia estaba tan en contra de acampar en primer lugar —no era una chica remilgada, ni de cerca; esta era una chica a la que le gustaba jugar baloncesto a medianoche— así que no tenía idea de si las comodidades serían de ayuda.

Cuando fui a recogerla, toda su familia salió para despedirnos, como si nos fuéramos en un viaje a través del país en lugar de una excursión de veinticuatro horas.

Kat me saludó.

—¿Qué has empaquetado, para la comida? —preguntó.

—Sándwiches. Fruta. Para esta noche, hamburguesas, frijoles horneados, s'mores. Estoy probando con la auténtica experiencia de acampada.

Kat asintió con la cabeza, toda seria.

—Bien, aunque es posible que quieras darle de comer los s'mores en primer lugar si ella se pone irritable. Además, te guardé algunas provisiones. —Me dio una bolsa Ziploc de dos litros—. En caso de emergencia, rompe el cristal.

—¿Qué es todo esto?

—*Now and Laters. Starburst. Pixie Stix*⁴⁰. Si se pone demasiado perra, sólo dale de comer esta basura. Siempre y cuando el azúcar esté alto, tú y la vida silvestre deberían estar seguros.

⁴⁰ **Now and Laters. Starburst. Pixie Stix:** Marcas de dulces y caramelos.

—Bueno, gracias.

Kat negó con la cabeza.

—Eres un hombre más valiente que yo. Buena suerte.

—Sí, la vas a necesitar —dijo Denny. Entonces, él y Kat se miraron a los ojos por un segundo, y comenzaron a reírse.



Había un montón de lugares para acampar a una distancia de una hora en coche, pero yo quería llevarnos a un sitio un poco más especial, así que conduje profundamente en las montañas, a este lugar en un antiguo camino forestal, en el que había estado muchas veces cuando era niño.

Cuando salimos del camino a un camino de tierra, Mia preguntó:

—¿Dónde está el campamento?

—Los campamentos son para los turistas. Acamparemos solos.

—¿Acampar solos? —Su voz se elevó en alarma.

—Relájate, Mia. Mi padre solía entrar por aquí. Conozco estos caminos. Y si estás preocupada acerca de las duchas y esas cosas...

—No me importan las duchas.

—Bien, porque tenemos nuestra propia piscina privada. —Apagué el coche, y le mostré a Mia el lugar. Estaba justo junto al río, donde había una pequeña entrada de agua estancada tranquila y cristalina. La vista estaba libre en todas las direcciones, nada más que pinos y montañas, como una gigante postal publicitaria diciendo ¡OREGÓN!

—Es bonito —reconoció Mia, de mala gana.

—Espera a ver la vista desde la cima de la cresta. ¿Estás preparada para dar un paseo?

—Mia asintió con la cabeza. Cogí unos bocadillos, agua, y dos paquetes de *Now and Laters* de sandía, y subimos por el sendero, perdiendo el tiempo, leímos nuestros libros bajo un árbol. Para el momento en que volvimos, anocheceía.

—Será mejor que arme la tienda —le dije.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Tú eres la invitada. Relájate. Lee un libro o algo.

—Si tú lo dices.

Puse las piezas de la tienda prestada en el suelo, y comencé a conectar los palos. Pero la tienda era uno de esos modelos novedosos, donde todos los palos están en un rompecabezas gigante, no como las simples tiendas antiguas que había crecido montando. Después de media hora, todavía estaba luchando con ella. El sol se hundía detrás de las montañas, y Mia dejó el libro. Estaba mirándome, una sonrisa un poco perpleja en su cara.

—¿Estás disfrutando de esto? —le pregunté, sudando en la noche fría.

—Por supuesto. Si yo hubiera sabido que sería así, hubiera aceptado venir tiempo atrás.

—Me alegro de que lo encuentres tan divertido.

—Oh, sí. Pero ¿estás seguro de que no te gustaría algo de ayuda? Vas a necesitar que sostenga una linterna si se toma mucho más tiempo.

Suspiré. Levanté las manos en señal de rendición.

—Estoy siendo superado por una pieza de artículos deportivos.

—¿Tu oponente tiene instrucciones?

—Probablemente las tenía en algún momento.

Ella sacudió la cabeza, se levantó, y cogió la parte superior de la tienda de campaña.

—Está bien, tú tomas esta punta. Yo voy a hacer esta punta. Creo que esta parte de abajo se enrolla en esta parte superior.

Diez minutos más tarde tuvimos la carpa montada y estacada hacia abajo. Recogí algunas piedras y algunas astillas para agregarle al hueco del fuego, junto con la leña que encendí para la fogata. Nos preparé hamburguesas en una sartén sobre el fuego y frijoles cocidos directamente en la lata.

—Estoy impresionada —dijo Mia.

—¿Así que ahora te gusta acampar?

—Yo no dije eso —dijo ella, pero estaba sonriendo.

Fue sólo hasta más tarde, después de que tuvimos la cena, s'mores, lavamos nuestra vajilla en el río iluminado por la luna, y que toque un

poco de guitarra alrededor de la fogata, mientras Mía tomaba sorbos de té y masticaba un paquete de *Starburst*, que finalmente entendí el problema de Mía con acampar.

Eran quizás las diez de la noche, pero en horario de campamento, eran como las dos de la madrugada. Nos metimos en nuestra tienda, acurrucados en un saco de dormir doble. Jale a Mía hacía mí.

—¿Quieres saber la mejor parte de acampar?

Sentí todo su cuerpo tensarse, no en una buena manera.

—¿Qué fue eso? —murmuró.

—¿Qué fue qué?

—Oí algo —dijo ella.

—Probablemente sólo es un animal —dije.

Ella encendió la linterna.

—¿Cómo sabes eso?

Tomé una linterna y la alumbré con ella. Sus ojos eran enormes.

—¿Estas asustada?

Bajó su mirada y apenas asintió con su cabeza.

—Por lo único que necesitas preocuparte son los osos, y ellos sólo están interesados en la comida, que es la razón de que la guardáramos toda en el coche —le aseguré

—No estoy asustada de los osos —dijo Mia desdeñosamente.

—Entonces, ¿Qué es?

—Yo, yo me siento como un objetivo perfecto aquí afuera.

—¿Objetivo perfecto para quién?

—No lo sé, personas con armas. Todos esos cazadores.

—Eso es ridículo. La mitad de Oregon caza. Toda mi familia caza, y ellos cazan animales no campistas.

—Lo sé — dijo con una vocecita—. No es eso realmente... simplemente me siento indefensa. Es sólo, no lo sé, el mundo parece tan grande cuando estas al aire libre. Es como si no tuvieras un lugar, como cuándo no tienes un hogar.

—Tu lugar está justo aquí —le susurré, recostándola y abrazándola más cerca.

Se acurrucó cerca de mí.

—Lo sé —suspiró—. ¡Qué fenómeno! La nieta de un retirado biólogo del Servicio Forestal a la que le asusta acampar.

—Eso es sólo la mitad. Tú eres una cellista clásica con padres que son viejos rockeros y punks. Eres un completo fenómeno. Pero eres *mí* fenómeno.

Nos recostamos en silencio por un tiempo. Mia apago la linterna y se movió más cerca.

—¿Cazaste de niño? —murmuró—. Nunca te oí mencionarlo.

—Solía salir con mi papá —le murmuré de vuelta.

Aun cuando éramos las únicas personas en kilómetros, algo acerca de esa noche demandaba que habláramos en tonos silenciosos.

—Él siempre decía que cuando tuviera doce, me daría un rifle por mi cumpleaños y me enseñaría a disparar. Pero cuando tenía nueve, me fui con algunos primos mayores y uno de ellos me prestó su rifle. Y seguramente fue suerte de principiantes porque le dispare a un conejo. Mis primos se volvieron locos. Los conejos son animales pequeños, y rápidos, e incluso es difícil para cazadores expertos poder matarlos, y yo le di a uno en mi primer intento. Querían llevárselo de vuelta para enseñárselo a todo el mundo y tal vez convertirlo en un trofeo. Pero cuando lo vi todo ensangrentado, empecé a llorar. Luego empecé a gritar que teníamos que llevarlo a un veterinario. Les hice enterrarlo allí en el bosque. Cuando mi papá se enteró, me dijo que el punto de cazar era tomar algún sustento del animal, no importa si lo comemos, o utilizamos la piel o algo, de otra forma, sería un desperdicio de vida. Pero creo que él sabía que yo no estaba hecho para eso, porque cuando cumplí doce, no me dieron un rifle; me dieron una guitarra.

—Nunca me dijiste eso —dijo Mia.

—Supongo que no quería arruinar mi credibilidad de punk-rock.

—Creo que eso la mataría.

—Nah. Soy emocore hasta el fondo, así que funciona.

Un silencio agradable se coló en la tienda. Afuera, podía oír el suave ulular de un búho en el eco de la noche. Mia me dio un codazo en las costillas.

—¡Eres un blando!

—¡Lo dice la chica que está asustada de acampar!

Ella se rió entre dientes. La halé más cerca, queriendo erradicar cualquier espacio entre nuestros cuerpos. Quité el pelo de su cuello, y acerqué mi rostro a él.

—Ahora me debes una embarazosa historia de tu niñez —le murmuré al oído.

—Todas mis historias embarazosas aún están pasando.

—Tiene que haber una que no sepa.

Se quedó en silencio por un tiempo y luego dijo: —Mariposas.

—¿Mariposas?

—Me aterraban las mariposas.

—¿Qué pasa contigo y la naturaleza?

Tembló en una silenciosa risa.

—Lo sé —dijo.

—¿Y acaso puede haber una criatura menos amenazadora? Ellas sólo viven, como, dos semanas. Pero solía volverme loca cada vez que miraba una. Mis padres hicieron todo lo que pudieron para ayudarme: me compraron libros de mariposas, ropa con mariposas, pusieron posters de mariposas en mi habitación. Pero nada funcionó.

—¿Acaso fuiste atacada por una bandada de monarcas? —pregunté.

—No —dijo—. Abue tenía una teoría detrás de mi fobia. Ella dijo que un día yo iba a tener que pasar por una metamorfosis como un gusanito volviéndose mariposa y que eso me asustaba, entonces, las mariposas me asustaban.

—Eso suena a tu abuela. ¿Cómo te recuperaste de tu miedo?

—No lo sé. Simplemente decidí no tener miedo de ellas y un día ya no lo tenía.

—Fíngelo hasta que lo logres.

—Algo como eso.

—Podrías intentarlo con acampar.

—¿Tengo que hacerlo?

—Nah. Pero me alegra que hayas venido.

Ella se volteó para encararme. Estaba casi completamente oscuro en la tienda, pero podía ver sus ojos negros brillando.

—A mí también. Pero, ¿tenemos que dormir? ¿Podemos quedarnos así por un tiempo?

—Toda la noche si quieres. Le contaremos nuestros secretos a la oscuridad.

—De acuerdo.

—Entonces, escuchamos otro de tus miedos irracionales.

Mia me tomó del brazo, y se acercó a mi pecho, como si estuviera enterrando su cuerpo con el mío.

—Tengo miedo de perderte —dijo en una voz muy suave.

La empujé lejos para poder ver su rostro y la besé en la cabeza.

—Dije miedos “irracionales”. Porque eso nunca va a pasar.

—Igual me asusta —murmuró. Pero luego ella contó su lista de cosas extrañas a las que le tenía miedo y yo hice lo mismo, y seguimos murmurándonos entre nosotros, contando historias sobre nuestra niñez, muy, muy entrada la noche, hasta que Mia olvidó tener miedo y se quedó dormida.



El clima se volvió frío unas semanas después, y ese invierno fue en el que Mia tuvo su accidente. Entonces esa fue la última vez que fui a acampar y aún si no lo fuera, aún seguiría pensando que fue el mejor viaje de mi vida. Cada vez que lo recuerdo, sólo imagino nuestra tienda, un pequeño bote navegando en la oscuridad, y el sonido de los murmullos de Mia y los míos sonando como notas musicales, flotando en un mar a la luz de la luna.

Capítulo 16

Traducido por Babo; LizC

Corregido por Lorena

*Cruzaste el agua, me dejaste en tierra
Me mató lo suficiente, pero querías más
Volaste el puente, un terrorista loco
Saludaste desde tu lado, me lanzaste un beso
Comencé a seguirte pero fue demasiado tarde
No había nada más que aire debajo de mis pies*

Puente —Daño colateral Pista 4

D

edos de luz están empezando a abrir el cielo nocturno. Pronto saldrá el sol e indiscutiblemente un nuevo día comenzará. Un día en el que yo me voy a Londres y Mia a Tokio. Siento la cuenta atrás del reloj marcando como una bomba de tiempo.

Ahora estamos en el puente de Brooklyn, y aunque Mia no lo ha dicho de manera específica, siento que esta debe ser la última parada. Es decir, nos vamos de Manhattan, y no es como el viaje de ida y vuelta que da el ferry a Staten y luego vuelve. Además, Mia ha decidido, creo, que desde que ella sacó algunas confesiones, ahora es mi turno. A mitad de camino a través del puente, se detiene de repente y se vuelve hacia mí.

—Entonces, ¿qué pasa contigo y la banda? —pregunta.

Hay un viento cálido que sopla, pero de repente me siento frío. —¿Qué quiere decir con “qué pasa”?

Mia se encoge de hombros. —Algo pasa. Es lo que puedo decir. Apenas hablaste de ellos durante toda la noche. Ustedes solían ser inseparables, y

ahora ni siquiera viven en el mismo estado. ¿Y por qué no se han ido a Londres juntos?

—Te lo dije, transporte.

—¿Qué era tan importante que no podrían haber esperado una noche por ti?

—Tuve que... tuve que hacer algunas cosas. Ir al estudio y extender algunas pistas de guitarra.

Mia me mira con escepticismo. —Pero estás de gira para un nuevo álbum. ¿Por qué estás aún grabando?

—Una versión de promoción de uno de nuestros singles. Más de esto —le digo, frunciendo el ceño mientras froto dos dedos juntos en un movimiento que señala dinero.

—¿Pero ustedes no solían grabar juntos?

Sacudo la cabeza. —No funciona así en realidad, ya no más. Y, además, tenía que hacer una entrevista con *Shuffle*.

—¿Una entrevista? ¿Sin la banda? ¿Sólo contigo? Eso es lo que no entiendo.

Vuelvo a pensar en el día anterior. En Vanessa LeGrande. Y de la nada, estoy recordando la letra de *Puente* y me pregunto si tal vez hablar de esto con Mia Hall por encima de las oscuras aguas del Río East, es una buena idea. Por lo menos ya no es viernes trece.

—Sí. Eso es un poco cómo funciona en estos días también —le digo.

—¿Por qué sólo te quieren a ti? ¿Sobre qué quieren saber?

Realmente no quiero hablar sobre esto. Sin embargo, Mia es como un sabueso, rastreando un olor, y la conozco suficientemente bien como para saber que puedo tirarle un pedazo de carne sangrienta, o dejar que huela a su manera la verdadera pila de pestilentes cadáveres. Voy por la diversión.

—En realidad, esa parte es un poco interesante. La periodista, ella preguntó sobre ti.

—¿Qué? —Mia se gira para quedar frente a mí.

—Ella me estaba entrevistando y preguntó acerca de ti. Acerca de nosotros. Acerca de la escuela secundaria.

Saboreé la mirada de asombro en la cara de Mia. Pienso en lo que dijo antes, sobre su vida en Oregon estando a una vida de distancia. Bueno, tal

vez no está a toda una vida de distancia. —Es la primera vez que pasa. Una coincidencia extraña, considerando todas las cosas.

—Ya no creo en las coincidencias.

—No te dije nada, pero había conseguido el viejo anuario de Puma. La imagen nuestra de “El Genial y la Friki”.

Mia sacude la cabeza. —Sí, también amo ese apodo.

—No te preocupes. Yo no he dicho nada. Y para asegurarme, rompí su grabadora. Destruí todas las pruebas.

—No todas las pruebas. —Ella me mira fijamente—. El Puma vive. Estoy segura de que Kim estará encantada al saber que tal vez sus primeros trabajos puedan aparecer en una revista nacional. —Ella sacude la cabeza y se ríe—. Una vez que Kim te tiene en la mira, estás atrapado por siempre. Por lo tanto, fue inútil destruir la grabadora de esa periodista.

—Lo sé. Yo solo me perdí. Ella era una persona muy provocativa, y estaba tratando de conseguir que yo me sublevara con todos estos insultos-disfrazado-de-cumplidos.

Mia asiente con la cabeza entendiendo. —Me ha pasado también. ¡Es lo peor! “Me fascino el Shostakovich que tocó esta noche. Mucho más tenue que la de Bach” —dice en una voz altanera—. Traducción: El Shostakovich apestó.

No me puedo imaginar a Shostakovich apestando. Nunca. Pero no la voy a contradecir en este terreno que tenemos en común.

—Así que ¿Qué quería saber acerca de mí?

—Ella tenía planes de hacer esta gran exposición, supongo, de lo que hace que *Shooting Star* esté en su momento. Y fue excavando alrededor de nuestra ciudad y habló con quienes fuimos a la secundaria. Y ellos le contaron acerca de nosotros... acerca de... sobre lo que fuimos. Y sobre ti y lo que pasó... —Me desvanecí poco a poco. Miré hacia el río, a una barcaza que pasaba, que a juzgar por su olor llevaba basura.

—¿Y qué pasó en realidad? —preguntó Mia.

No estoy seguro si esto es una pregunta retórica, por lo que fuerzo mi voz en un acento de broma. —Sí, eso es lo que aun estoy tratando de averiguar.

Se me ocurre que esto es tal vez lo más honesto que he dicho durante toda la noche, pero la forma en que lo he dicho lo transforma en una mentira.

—Sabes, mi manager me advirtió que el accidente podría obtener una gran cantidad de atención y elevar mi perfil, pero no pensé que la conexión contigo sería un problema. Quiero decir, lo hice al principio. En cierto modo me esperaba que alguien buscara fantasmas de novias pasadas. Pero creo que no era lo suficientemente interesante en comparación con tus otras, bueno, tus otros archivos adjuntos.

Ella piensa que es por eso que ninguno de los periodistas la ha molestado, porque ella no es tan interesante como Bryn, de la que supongo sabe. Si solo supiera cómo el círculo interno de la banda se ha echado hacia atrás para mantener su nombre fuera de los asuntos, de no tocar la herida que florece en la mera mención de ella. Que justo en este momento hay puntos en los contratos de las entrevistas que dictan toda una franja de temas de conversaciones prohibidas, que aunque no esté su nombre en concreto, se trata sobre omitirla del registro. De la protección de ella. Y mía.

—Creo que la secundaria es en realidad historia pasada —concluye.

¿Historia pasada? ¿De verdad nos relegó al basurero “un montón de tontos romances de secundaria”? Y si ese es el caso, ¿por qué demonios no puedo hacer lo mismo?

—Sí, bueno, tu más yo, somos como MTV más Lifetime —digo, con tanta desenvoltura de la que soy capaz—. Dicho de otro modo, Carnada de tiburón.

Ella suspira. —Oh, bueno. Supongo que incluso los tiburones tienen que comer.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Es sólo que, yo particularmente no quiero que mi historia familiar sea arrastrada al ojo público, pero si ese es el precio a pagar por hacer lo que amas, creo que lo voy a pagar.

Y estamos de vuelta a esto. La idea de que la música puede hacer que todo valga la pena; me gustaría creerlo. Pero no puedo. Ni siquiera estoy seguro de lo que he hecho. No es la música la que me da ganas de levantarme cada día y tomar otra respiración. Me aparto de ella hacia las oscuras aguas de abajo.

—¿Qué pasa si no es lo que amas? —digo entre dientes, pero mi voz se pierde en el viento y el tráfico. Pero por lo menos lo he dicho en voz alta. He hecho un avance

Necesito un cigarrillo. Me apoyo en la barandilla y miro alto, a la ciudad hacia un trío de puentes. Mia se para detrás de mí, mientras torpemente trato de conseguir que mi encendedor funcione.

—Deberías dejarlo —dice, tocándome suavemente el hombro.

Por un segundo, creo que significa la banda. Que ella ha oído lo que he dicho antes y me dice que renuncie a *Shooting Star*, salir de la industria de la música. Sigo esperando que alguien me aconseje salir del negocio de la música, pero nadie lo hace. Entonces recuerdo que hace un rato, ella me dijo lo mismo, justo antes de fumarse un cigarrillo.

—No es tan fácil —le digo.

—Y una mierda —Mia dice con una honradez que al instante me recuerda a su madre, Kat, quien usaba su certeza como una chaqueta de cuero destartalada y que tenía una boca que podría hacer sonrojar a un camionero—. Dejarlo no es duro. La decisión de dejarlo es difícil. Una vez que te haces la idea, el resto es fácil.

—¿En serio? ¿Esa es la forma en que me dejaste?

Y así, sin pensar, sin decirlo en mi cabeza, sin discutirlo conmigo mismo por días, sale.

—Entonces —dice ella, como si le estuviera hablando a una audiencia debajo del puente—. Por fin lo dijo.

—¿Se supone que no lo hiciera? ¿Pretendías que debería haber dejado pasar esta noche sin hablar sobre lo que hiciste?

—No —dice en voz baja.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué te fuiste? ¿Fue a causa de las voces?

Niega con la cabeza. —No fueron las voces.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué fue? —Oigo la desesperación de mi propia voz ahora.

—Fue un montón de cosas. Así cómo no podías ser tú mismo a mí alrededor.

—¿De qué estás hablando?

—Me dejaste de hablar.

—Eso es absurdo, Mia. ¡Hablabas contigo todo el tiempo!

—Hablabas conmigo, pero no lo hacías. Podía verte tener estas dobles conversaciones. Las cosas que querías decirme. Y las palabras que finalmente salían.

Pienso en todas las dobles conversaciones que tengo. Con todo el mundo. *¿Es ahí cuando empezó?*

—Bueno, tú no eras precisamente fácil para hablar —le disparo de vuelta—. Todo lo que decía era un error.

Ella me mira con una sonrisa triste. —Lo sé. No fuiste solamente tú. Era yo contigo. Éramos nosotros.

Yo solo sacudo mi cabeza —Eso no es verdad.

—Sí, lo es. Pero no te sientas mal. Todo el mundo caminaba como en cáscaras de huevo cuando estaban alrededor mío. Pero contigo, me dolía que no pudieras ser real conmigo. Quiero decir, apenas me tocabas.

Como para reforzar el punto, coloca dos dedos en el interior de mi muñeca. Donde el humo se eleva y las huellas de sus dos dedos dejan una marca en mí, no me sorprende en lo más mínimo. Tengo que apartarme sólo para estabilizarme.

—Estabas sanando —es mi respuesta patética—. Y si mal no recuerdo, cuando lo intentamos, enloqueciste.

—Una vez —dice—. Una vez.

—Lo único que quería era que estuvieras bien. Todo lo que quería era ayudarte. Habría hecho cualquier cosa.

Ella deja caer la barbilla contra el pecho. —Sí, lo sé. Querías rescatarme.

—Maldita sea, Mia. Lo dices que como si fuera algo malo.

Ella me mira. La simpatía se encuentra todavía en sus ojos, pero hay algo más ahora, también: una fiereza; esta rebana mi ira y la reconstituye como temor.

—Estabas tan ocupado tratando de ser mi salvador que me dejaste sola —dice—. Sé que estabas tratando de ayudar, pero me sentía, a la vez, como si estuvieras apartándome, ocultándome cosas por mi propio bien y convirtiéndome en más que una víctima. Ernesto dice que las buenas intenciones de las personas pueden terminar poniéndonos en cajas como limitándonos en ataúdes.

—¿Ernesto? ¿Qué diablos es lo que sabe al respecto?

Mia traza la brecha entre los tablones de madera del paseo marítimo con la punta de su pie. —Mucho, en realidad. Sus padres murieron cuando tenía ocho años. Fue criado por sus abuelos.

Yo sé que lo que debo sentir es simpatía. Pero la rabia sólo se apodera de mí. —¿Qué? ¿Hay algún club? —pregunto, mi voz empieza a agrietarse—. ¿Un club de duelo al que no puedo entrar?

Espero que ella me diga que no. O que soy un miembro.

Después de todo, los he perdido, también. Excepto que incluso en aquel entonces, había sido diferente, como si hubiera habido una barrera. Esa es la cosa que nunca esperas sobre el duelo, cuán competitiva es. Porque no importa cuán importante habían sido para mí, sin importar cuán apenados dicen las personas que estaban, Denny y Kat y Teddy no eran mi familia, y de repente esa distinción importaba.

Al parecer, todavía lo hace. Porque Mia se detiene y considera mi pregunta. —Tal vez no un club de duelo. Sino un club de culpa. De ser dejado atrás.

¡Oh, no me hables de culpa! Mi sangre corre espesa con ello. En el puente, ahora siento las lágrimas venir. La única manera de mantenerlas a raya es encontrar la rabia que me ha sostenido y empujar de regreso con ella.

—Pero podrías habérmelo dicho, al menos —digo, mi voz se elevaba a un grito—. En lugar de dejarme como una aventura de una noche, podrías haber tenido la decencia de romper conmigo en lugar de dejarme preguntándome por tres años...

—Yo no lo planeé —dice ella, su propio tono elevándose—. Yo no subí a ese avión pensando que habíamos terminado. Eras todo para mí. A pesar de lo que estaba ocurriendo, yo no creía lo que estaba ocurriendo. Pero si sucedía. Sólo el estar aquí, estar lejos, fue todo mucho más fácil de una manera que no había previsto. De una manera que no pensé que mi vida podría ser más. Fue un gran alivio.

Pienso en todas esas chicas cuyas espaldas no podía esperar para ver en retirada. Cómo una vez que su sonido y su olor y sus voces se habían ido, sentí que todo mi cuerpo se relajaba. Una gran parte del tiempo Bryn entró en esta categoría. ¿Así es como mi ausencia se sintió para Mia?

—Yo pensaba decirte —continúa, las palabras saliendo ahora en un revoltijo sin aliento—, pero al principio estaba muy confundida. Yo ni siquiera sabía lo que estaba sucediendo, sólo que me sentía mejor sin ti y, ¿cómo podía explicarte eso? Y luego pasó el tiempo, no me llamaste,

cuando no insististe, me imaginé que tú, de todas las personas, entenderías. Sabía que estaba siendo una cobarde. Pero pensé... —Mia tropieza por un segundo y entonces recobra la compostura—. Pensé que se me estaba permitido. Y que tú lo entendías. Quiero decir, parece que lo hacías. Escribiste: *Ella dice que tengo que elegir: elegirte, o elegirme. Ella es la última en pie*. No sé. Cuando escuché *Rullet* simplemente creí que entendías. Que estabas enojado, pero sabías. Yo me tenía que elegir.

—¿Esa es tu excusa para dejarme sin decir una palabra? Eso es cobarde, Mia. ¡Y además es cruel! ¿Es eso en lo que te has convertido?

—Tal vez así era quien tenía que ser por un tiempo —solloza—. Y lo siento. Sé que debería haberte contactado. Debería haberte explicado. Pero no eras del todo accesible.

—Oh, tonterías, Mia. Soy inaccesible para la mayoría de las personas. ¿Pero para ti? Dos llamadas telefónicas y podrías haberme localizado.

—No lo sentí de esa manera —dijo—. Eras este... —se desvanece, imitando una explosión, al igual que Vanessa LeGrande había hecho antes en el día—. Fenómeno. No una persona más.

—Eso es un montón de basura y deberías saberlo. Y, además, eso fue a más de un año después de que te fuiste. *Un año*. Un año en el que estuve acurrucado en una bola de miseria en la casa de mis padres, Mia. ¿O te olvidaste de ese número de teléfono, también?

—No. —La voz de Mia es plana—. Pero no podía llamarte en un principio.

—¡¿Por qué?! —le grito—. ¿Por qué no?

Mia me enfrenta ahora. El viento está azotando su cabello de esta manera en la que se ve como una especie de bruja mística, bella, poderosa, y escalofriante al mismo tiempo. Ella niega con la cabeza y comienza a alejarse.

¡Oh, no! Hemos llegado hasta aquí por el puente. Ella puede volar la maldita cosa si quiere. Pero no sin decirme todo. Yo la agarro, le doy la vuelta para que me enfrente.

—¿Por qué no? Dime. ¡Me debes esto!

Ella me mira, directamente a los ojos. Tomando un objetivo. Y luego aprieta el gatillo.

—Porque yo te odiaba.

El viento, el ruido, todo, sólo se queda en silencio por un segundo, y yo me quedo con un sordo zumbido en el oído, como después de un disparo, como después de que un monitor de corazón cae en una línea plana.

—¿Me odiabas? ¿Por qué?

—Hiciste que me quedara. —Ella lo dice en voz baja, y casi se pierde en el viento y en el tráfico y no estoy seguro de que la he escuchado. Pero luego lo repite esta vez más fuerte—. ¡Hiciste que me quedara!

Y ahí está. Un profundo abismo a través de mi corazón, lo que confirma que una parte de mí siempre lo ha sabido.

Ella lo sabe.

La electricidad en el aire ha cambiado; es como se pudieras sentir los iones bailando.

—Aún me despierto cada mañana y por un segundo se me olvida que no tengo más a mi familia —me dice—. Y entonces recuerdo. ¿Sabes lo que es eso? Una y otra vez. Hubiera sido mucho más fácil... —Y de repente, su fachada de calma se rompe y comienza a llorar.

—Por favor —levanto mis manos—. Por favor, no...

—No, tienes razón. ¡Tienes que dejarme decir esto, Adam! Tienes que escucharlo. Hubiera sido más fácil morir. No es que quiera estar muerta ahora. No lo hago. Tengo mucho en mi vida por lo que siento satisfacción, que me encanta. Pero algunos días, sobre todo al principio, era tan difícil. Y no podía dejar de pensar que hubiera sido mucho más sencillo ir con el resto de ellos. Pero tú... me pediste que me quedara. Me rogaste que me quedara. Te impusiste sobre mí y me hiciste una promesa, tan sagrada como cualquier voto. Y puedo entender por qué estás enojado, pero no me puedes culpar. No me puedes odiar por tomarte la palabra.

Mia está llorando ahora. Estoy atormentado por la pena, porque yo la reduje a esto.

Y de repente, lo entiendo. Entiendo por qué me llamó a ella en el teatro, por qué vino a mí una vez que me fui de su camerino. De esto es lo que la gira de despedida realmente se trata... Mia completando la ruptura que comenzó hace tres años.

Dejándolo ir. Todos hablan de ello como si fuera la cosa más fácil. Desplegar tus dedos uno por uno hasta que tu mano está abierta. Pero mi mano se ha cerrado en un puño desde hace tres años; está firmemente

cerrada. Todo en mí está firmemente cerrado. Y a punto de apagarse por completo.

Miro hacia el agua. Hace un minuto estaba en calma y cristalina pero ahora es como si el río se hubiera abierto, agitándose, un torbellino de violencia. Es ese vórtice, que amenaza con tragarme entero. Me voy a ahogar en él, sin alguien, nadie en la oscuridad conmigo.

La he culpado de todo esto, por irse, por arruinarme. Y tal vez eso fue la semilla de esto, pero de esa pequeña semilla creció esta especie de tumor de planta con flores.

Y yo soy el que la nutre. La riego. Me preocupo por ella.

Mordisqueo las bayas de su veneno. La dejé envolverse alrededor de mi cuello, asfixiándome. Yo he hecho eso. Por mí mismo. Todo por mí cuenta.

Miro al río. Es como si las olas son de cincuenta pies de altura, ahora rompiéndose en mí, tratando de tirarme del puente hacia las aguas.

—¡No puedo seguir con esto! —grito mientras las olas carnívoras vienen por mí.

Una vez más, grito. —¡No puedo seguir con esto! —Estoy gritándole a las olas y a Liz y a Fitzzy y a Mike y a Aldous, a los ejecutivos de la discográfica y a Bryn y a Vanessa y a los paparazzi y a las chicas en las camisetas de la Universidad de Michigan y a los exhibicionistas en el metro y a todos los que quieren un pedazo de mí cuando no hay piezas suficientes para todos. Pero sobre todo lo estoy gritando para mí mismo.

—¡NO PUEDO SEGUIR CON ESTO! —grito lo más fuerte que he gritado en mi vida, tan fuerte que mi aliento esté derribando árboles en Manhattan, estoy seguro de ello. Y mientras batallo con las olas invisibles y los vórtices imaginarios y los demonios que son muy reales y de mi propia creación, en realidad siento que algo en mi pecho se abre, un sentimiento tan intenso que es como si mi corazón está a punto de estallar. Y solo lo dejo salir. Sólo lo dejó escapar.

Cuando miro hacia arriba, el río es un río de nuevo. Y mis manos, las cuales habían estado agarrando la baranda del puente tan fuerte que mis nudillos estaban blancos, se han aflojado.

Mia está a poca distancia, caminando hacia el otro extremo del puente. Sin mí.

Ahora lo entiendo.

Tengo que cumplir mi promesa. La promesa de dejarla ir.
De realmente dejarla ir. Para que podamos seguir los dos.

Capítulo 17

Traducido por Sheilita Belikov

Corregido por Lorena

Empecé a tocar en mi primera banda, *Infinity 89*, cuando tenía catorce años. Nuestra primera presentación fue en una fiesta en una casa cerca del campus de la universidad. Los tres en la banda —yo en la guitarra, mi amigo Nate en el bajo, y su hermano mayor, Jonah en la batería— apestamos. Ninguno de nosotros había estado tocando durante mucho tiempo, y después del concierto descubrimos que Jonah había sobornado al anfitrión de la fiesta para que nos dejara tocar. Es un hecho poco conocido que la primera incursión de Adam Wilde tocando música rock frente a una audiencia podría nunca haber sucedido si Jonah Hamilton no hubiera conseguido un barril de cerveza.

El barril resultó ser lo mejor de esa presentación. Estábamos tan nerviosos que pusimos los amplificadores demasiado alto, creando un frenesí de reverberación que hizo que los vecinos se quejaran, y luego lo contrabalanceamos en exceso tocando tan bajo que no podíamos oír nuestros instrumentos entre sí.

Lo que podía escuchar en las pausas entre canción y canción era el sonido de la fiesta: el ruido de botellas de cerveza tintineando, de la charla sin sentido, de gente riendo, y, lo juro, en el cuarto trasero de la casa, gente viendo *American Idol*. El punto es, que podía oír todo eso, porque nuestra banda era tan mala que nadie se molestó en reconocer que estábamos tocando. No éramos dignos de aplausos. Éramos tan malos que incluso nos abuchearon. Simplemente lo ignoramos. Cuando terminamos de tocar, la fiesta continuó como si nunca nos hubiéramos ido.

Mejoramos. Nunca a grandiosos, pero mejores. Y nunca lo suficientemente buenos para tocar en nada más que fiestas en casas. Entonces Jonah se fue a la universidad, y Nate y yo nos quedamos sin batería, y ese fue el final de *Infinity 89*.

Así comenzó mi breve experiencia como cantautor solitario por la ciudad, tocando mayormente en cafés. Hacer gira en cafés fue ligeramente mejor que las fiestas en casas. Con sólo yo y una guitarra, no tenía necesidad de

subir mucho el volumen, y la gente en la audiencia fue en su mayoría respetuosa. Pero mientras tocaba, me seguía distraendo con los sonidos de otras cosas aparte de la música: el pitido de la máquina de capuchino, las conversaciones en voz baja sobre Cosas Importantes de los estudiantes universitarios intelectuales, las risas de las chicas. Después de la presentación, las risas se hicieron más fuertes cuando las chicas se acercaron a mí para hablar, para preguntarme por mi inspiración, para ofrecerme mezclar CD's que habían hecho, y en ocasiones para ofrecer otras cosas.

Una chica fue diferente. Ella tenía brazos fibrosos y musculosos y una mirada feroz en sus ojos. La primera vez que me habló sólo dijo. —Estás desaprovechado.

—No. Sobrio como una piedra⁴¹ —contesté.

—No me refiero a eso —dijo, arqueando su ceja perforada—. Estás desaprovechado en lo acústico. Te he visto tocar antes en esa terrible banda tuya, pero eras muy bueno, incluso para un niño como tú.

—Gracias. Creo.

—No hay de qué. No estoy aquí para adular. Estoy aquí para reclutar.

—Lo siento. Soy pacifista.

—¡Gracioso! Soy lesbiana, una a la que le gusta preguntar e informar, por lo que también soy inadecuada para lo militar. No, yo estoy formando una banda. Creo que eres un guitarrista tremendamente talentoso, así que estoy aquí para asaltar tu cuna, artísticamente hablando.

Yo apenas tenía dieciséis años de edad y estaba un poco intimidado por esta chica agalluda, pero me dije por qué no. —¿Quién más está en la banda?

—Yo en la batería. Tú en la guitarra.

—¿Y?

—Esas son las partes más importantes, ¿no te parece? Bateristas y guitarristas que toquen fantástico no crecen en árboles, ni siquiera en Oregon. No te preocupes, voy a llenar los espacios en blanco. Soy Liz por cierto. —Asomó su mano. Estaba cubierta de callos, siempre una buena señal en un baterista.

⁴¹ **Sobrio como una piedra:** En el libro en inglés ella usa la palabra *wasted* que puede ser desaprovechado o colgado (bajo los efectos de alcohol o drogas) según el contexto. Al decirle ella: "You're wasted.", él piensa que le dice que está colgado.

En el plazo de un mes, Liz había reclutado a Fitzzy y Mike, y nos habíamos bautizado como *Shooting Star* y comenzado a escribir canciones juntos. Un mes después de eso, tuvimos nuestro primer concierto. Fue otra fiesta en casa, pero en nada como en la que había tocado con *Infinity 89*. Desde el primer momento, algo fue diferente. Cuando rasgué mi primer acorde, fue como apagar una luz. Todo simplemente se quedó en silencio. Tuvimos la atención del público y la mantuvimos. En el espacio vacío entre canciones, la gente aplaudió y luego se tranquilizó, anticipando nuestra siguiente canción. Con el tiempo, empezaron a gritar peticiones. Después, llegaron a saberse nuestras letras tan bien que las cantaban, lo que era muy útil cuando cantaba espaciada una letra.

Muy pronto, pasamos a tocar en grandes clubes. A veces podía distinguir los sonidos del bar en el fondo: el tintineo de los vasos, los gritos de órdenes al barman. También comencé a escuchar a personas gritar mi nombre por primera vez. “¡Adam!” “¡Por aquí!” Muchas de esas voces pertenecían a chicas.

Las chicas a las que en su mayoría ignoraba. En este punto, yo había empezado a obsesionarme con una chica que nunca venía a nuestras presentaciones, pero que yo había visto tocar el violonchelo en la escuela. Y cuando Mia se había convertido en mi novia, y luego empezó a venir a mis presentaciones —y para mi sorpresa, parecía realmente disfrutar, si no los conciertos, por lo menos nuestra música— a veces la trataba de escuchar a ella. Quería oír su voz gritando mi nombre, a pesar de que sabía que era algo que ella nunca haría. Era una asistente poco dispuesta. Que tendía a estar entre bastidores y mirarme con intensidad solemne. Incluso cuando se relajaba lo suficiente algunas veces al ver la presentación como una persona normal, desde la audiencia, se mantenía muy reservada. Pero aún así, estaba atento al sonido de su voz. Nunca pareció importar que no la escuchara. Tratar de escucharla era parte de la diversión.

Cuando la banda se hizo más grande y las presentaciones se hicieron más grandes, los aplausos se volvieron más fuertes. Y luego de un tiempo, todo quedó en silencio. No había música. No banda. No fans. No Mia.

Cuando regresaron —la música, los conciertos, las multitudes— todo parecía diferente. Incluso durante esa gira de dos semanas justo antes del estreno de *Daño Colateral*, me di cuenta de cuánto habían cambiado por la forma en que todo parecía diferente. El muro de sonido que tocábamos envolvía a la banda, casi como si estuviéramos tocando dentro de una

burbuja hecha de nada más que nuestro propio ruido. Y entre las canciones, había gritos y chillidos. Pronto, mucho antes de lo que jamás podría haberme imaginado, estábamos tocando en lugares enormes: arenas y estadios, ante más de quince mil fans.

En estos lugares, hay tanta gente, y tanto sonido, que es casi imposible distinguir una voz específica. Todo lo que oigo, más allá de nuestros propios instrumentos ahora sonando a todo volumen de los más potentes altavoces disponibles, es ese grito salvaje de la multitud cuando estamos detrás del escenario y las luces se apagan justo antes de que salgamos. Y una vez que estamos en el escenario, los gritos constantes de la multitud se mezclan de modo que suenan como el aullido furioso de un huracán; algunas noches juro que puedo sentir el aliento de esos quince mil gritos.

No me gusta este sonido. Me parece la naturaleza monolítica de la desorientación. Para algunos conciertos, intercambiamos nuestros monitores de cuña por piezas para el oído. Era un sonido perfecto, como si estuviéramos en el estudio, con el rugido de la multitud bloqueado. Pero eso era aún peor en cierto modo. Me siento tan desconectado de la multitud como están las cosas, por la distancia entre ellos y nosotros, una distancia separada por una vasta extensión de escenario y un ejército de seguridad que impiden que los fans suban para tocarnos o saltar del escenario de la manera en que solían hacerlo. Pero más que eso, no me gusta que sea tan difícil escuchar una sola voz penetrando a través del ruido. No lo sé. Quizás todavía estoy tratando de escuchar esa única voz.

Sin embargo, de vez en cuando durante una presentación, cuando yo o Mike hacemos una pausa para volver a afinar nuestras guitarras o alguien toma un trago de una botella de agua, haré una pausa y me esforzaré en distinguir una voz entre la multitud. Y de vez en cuando, puedo. Puedo oír a alguien pidiendo a gritos una canción específica o gritando *¡Te amo!* O coreando mi nombre.



Mientras estoy aquí en el Puente de Brooklyn estoy pensando en esas presentaciones en estadios, en sus huracanes de ruido blanco. Debido a que todo lo que puedo oír ahora es un rugido en mi cabeza, un grito mudo mientras Mia desaparece y trato de dejarla.

Pero hay algo más, también. Una pequeña voz tratando de abrirse paso, de penetrar a través del rugido de nada. Y la voz se hace más fuerte y más fuerte, y es *mi* voz esta vez y está haciendo una pregunta: *¿Cómo lo sabe ella?*

Capítulo 18

Traducido por Emii_Gregori; ximeyrami

Corregido por Lorena

¿Eres feliz en tu miseria?

¿Descansando tranquilo en la desolación?

Este es el lazo final que nos ata

La única fuente de mi consuelo

Blue —Daño Colateral, Pista 6

Mia se ha ido.

El puente parece un barco fantasma de otra época incluso mientras se llena con corredores del siglo XXI a estas horas de la mañana.

Y yo, estoy solo de nuevo.

Pero todavía sigo de pie. Todavía estoy respirando. Y de alguna manera, estoy bien.

Pero aún así la pregunta está ganando impulso y volumen: *¿Cómo lo sabe?* Porque nunca le dije a nadie lo que le pedí. Ni a las enfermeras. Ni a los abuelos. Ni a Kim. Y tampoco a Mia. Entonces, *¿cómo lo sabe?*

Si te quedas, haré lo que quieras. Dejaré la banda, me iré contigo a Nueva York. Pero si necesitas que me aleje de ti, lo haré, también. Quizás volver a tu antigua vida sea demasiado doloroso para ti, quizás te sería más fácil borrarlos a todos. Y eso sería una mierda, pero lo aceptaría. Me siento capacitado para perderte de esa manera, si no te pierdo hoy. Prometo que te dejaré marchar. Pero has de quedarte.

Esa fue mi promesa. Y ha sido mi secreto. Mi carga. Mi vergüenza. Pedirle a ella que se quedara. Que escuchara. Porque después de prometerle lo que le ofrecí, y reproducirle una pieza en cello de Yo-Yo Ma, parecía como si hubiera escuchado. Ella había apretado mi mano y pensé que todo iba a ser como en las películas, pero todo lo que había hecho era apretar. Y se

quedó inconsciente. Pero aquel apretón resultó ser su primer movimiento muscular voluntario; que fue seguido por más apretones, luego por sus ojos abriéndose durante una palpitación o dos, y entonces se abrieron por completo. Una de las enfermeras había explicado que el cerebro de Mia era como un pajarito, tratando de empujar su salida de una cáscara de huevo, y que el apretón fue el comienzo de una emergencia que se prolongó durante unos días hasta que despertó y pidió agua.

Cada vez que ella hablaba sobre el accidente, Mia decía que toda la semana era un borrón. Ella no recordaba nada. Y yo no iba a decirle sobre la promesa que había hecho. Una promesa que, al final, me vi obligado a mantener.

Pero *ella lo sabía*.

No me extraña que me odie.

De un modo extraño, es un alivio. Estoy tan cansado de llevar este secreto conmigo. Estoy tan cansado de sentirme mal por hacerle sentirse viva y sentirme enojado con ella por vivir sin mí y sentirme como un hipócrita por todo el lío.

Me quedo de pie en el puente por un rato, dejándole alejarse, y luego camino los pocos restantes cien pies rampa abajo. He visto docenas de taxis transcurrir por la carretera de abajo, así que aunque no tenga idea de donde estoy, estoy bastante seguro de que encontraré un taxi para llevarme de vuelta a mi hotel. Pero cuando bajo por la rampa, en vez de estar en la salida del tráfico, estoy en una plaza. Señalo a un corredor, un hombre de mediana edad resoplando en el puente, y le pregunto dónde puedo conseguir un taxi, y él me señala hacia un grupo de edificios.

—Usualmente hay una cola de lunes a viernes. No sé cómo estarán los fines de semana, pero estoy seguro de que encontrarás un taxi en alguna parte.

Él llevaba un iPod y sacó los auriculares para hablar conmigo, pero la música todavía estaba sonando. Y es *Fugazi*. El tipo está inclinándose hacia *Fugazi*, el mero final de la cola *Smallpox Champion*. Entonces la canción hace un clic y es reemplazada por *Wild Horses* de los *Rolling Stones*. Y la música, es como, no sé, pan fresco en un estómago vacío o un horno de leña en un día frío. Está llegando de los auriculares, llamándome.

El hombre sigue mirándome.

—¿Eres Adam Wilde? ¿De *Shooting Star*? —pregunta. No como un fan, simplemente por curiosidad.

Se necesita un gran esfuerzo dejar de escuchar la música y darle mi atención. —Sí. —Extiendo mi mano.

—No quiero ser grosero —dice después de estrechar nuestras manos—, ¿pero qué estás haciendo caminando alrededor de Brooklyn un sábado a las seis y media de la mañana? ¿Estás perdido o algo así?

—No, no estoy perdido. Ya no, de todos modos.

Mick Jagger está cantando y prácticamente tengo que morderme los labios para evitar cantar en conjunto. Antes no podía ir a ninguna parte sin mis canciones. Y entonces fue como todo lo demás, lo tomas o lo dejas. Pero ahora lo tomo. Ahora lo *necesito*. —¿Puedo pedirte un increíblemente enorme y simplemente loco favor? —pregunto.

—¿Está bien?

—¿Me prestas tu iPod? ¿Sólo por hoy? Si me das tu nombre y dirección, te lo enviaré. Te prometo que lo tendrás de vuelta para la carrera de mañana.

Él sacude su cabeza, riendo. —Una carrera a esta hora de la mañana en un fin de semana es suficiente para mí, pero sí, puedes tomarlo prestado. El timbre de mi edificio no funciona, así que sólo entrégalo a Nick en el Café Southside de la Sexta Avenida en Brooklyn. Estoy allí todas las mañanas.

—Nick. Café Southside. Sexta Avenida. Brooklyn. No lo olvidaré. Lo prometo.

—Te creo —dice, enrollando los cables—. Me temo que no encontrarás a ningún *Shooting Star* allí.

—Mejor aún. Se lo devolveré esta noche.

—No te preocupes por eso —dice—. La batería estaba completamente cargada cuando me fui así que deberías estar bien por lo menos... una hora. La cosa es un dinosaurio. —Sonríe suavemente. Luego sale corriendo, haciendo un gesto hacia mí sin mirar atrás.

Conecto el iPod; el cual realmente está maltratado. Hago una nota de conseguirle uno nuevo cuando le regrese éste. Me desplazo a través de su colección, todo desde Charlie Parker a *Minutemen* y hasta *Yo La Tengo*. Él consiguió todas esas listas de reproducción. Elijo el título de “Buenas Canciones”. Y cuando el riff de piano en el inicio de la canción *Challengers*

de *New Pornographers* entra en acción, sé que me he puesto en buenas manos. Las siguientes son algunas de Andrew Bird, seguidas por un estupendo Billy Bragg y la canción *Wilco* que no he escuchado en años, y luego *Chicago* de Sufjan Stevens, que es una canción que solía gustarme pero tuve que dejar de escucharla porque siempre me hizo sentir muy agitado. Pero ahora está bien. Es como un baño de agua fría después de sudar la fiebre, ayudando a calmar el picor de todas las preguntas sin respuesta con las que solamente no puedo atormentarme más.

Hago girar el volumen hasta el final, de modo que arruina aún más mis tímpanos cansados de luchar. Que, junto con el ruido de la ciudad de Brooklyn despertando —rejillas de metal rechinando y autobuses resoplando— es muy fuerte. Entonces cuando una voz perfora el ruido, casi no se oye. Pero allí está, la voz que he estado escuchando durante todos estos años.

—¡Adam! —grita.

No lo creí al principio. Apago Sufjan. Miro alrededor. Y entonces allí está, delante de mí ahora, con su rostro surcado de lágrimas. Diciendo mi nombre otra vez, como si fuera la primera palabra que alguna vez he escuchado.

La dejo ir. Realmente lo hice. Pero allí está. Justo frente a mí.

—Pensé que te había perdido. Volví y te busqué en el puente, pero no te vi y pensé que habías vuelto a la parte de Manhattan y tuve esta tonta idea de que podría alcanzarte en un taxi y acecharte del otro lado. Sé que es egoísta. Escuché lo que dijiste allí en el puente, pero no podemos dejarlo así. No puedo. No otra vez. Tenemos que decir adiós de una manera diferente. Apuesto que...

—¿Mia? —interrumpí. Mi voz es un signo de pregunta y una caricia. Esto detiene su balbuceo frío—. ¿Cómo lo sabías?

La pregunta ya está dicha. Ya parece saber exactamente qué es lo que estoy preguntando.

—Oh. Eso —dice—. Es complicado.

Comienzo a darle la espalda. No tengo derecho a preguntarle y ella no está bajo ninguna obligación de decirme. —Está bien. Estamos bien ahora. Estoy bien.

—No, Adam, espera —dice Mia.

Me detengo.

—Quiero decirte. Necesito decírtelo todo. Sólo pienso que necesito algo de café antes de que pueda juntar todo lo suficiente como para explicarlo.

Me lleva fuera del centro de un distrito histórico, a una panadería en una calle empedrada. Sus ventanas están oscurecidas, la puerta cerrada, por todos los signos el lugar está cerrado. Pero Mía golpea y en un minuto un hombre de cabello tupido y con harina aferrándose a su barba rebelde abre la puerta, le dice *bonjour* a Mia y besa ambas de sus mejillas. Me presenta a Hassan, que desaparece dentro de la panadería, dejando la puerta abierta así ese tibio aroma a mantequilla y vainilla llenara el aire de la mañana. Vuelve con dos largas copas de café y una bolsa de papel marrón, manchada de mantequilla. Ella me alcanza mi café, y abro la tapa para ver que es negro y humeante, como a mí me gusta.

Es de mañana ahora. Encontramos un banco en el paseo de Brooklyn Heights, otro de los puntos favoritos de Mia, me dice. Esta justo en el Río East, con Manhattan tan cerca que incluso puedes tocarlo. Nos sentamos en silencio, bebiendo nuestro café y comiendo los aún tibios croissants de Hassan. Y se siente tan bien, tan como en los viejos tiempos que parte de mí le gustaría solamente detener el cronómetro mágico y permanecer en este momento por siempre. Excepto que no hay cronómetros mágicos y hay preguntas que necesitan ser respondidas. Mia, de cualquier manera, parece no tener prisa. Bebe, mastica, ve fuera de la ciudad.

Finalmente, cuando hubo tomado su café, se da la vuelta hacia mí.

—No mentía antes cuando dije que no recordaba nada sobre el accidente o después —comenzó—. Pero luego comencé a recordar algunas cosas. No exactamente recordar, pero escuchar detalles de cosas y tenerlos se siente intensamente familiar. Me dije a mi misma que era porque había escuchado las historias una y otra vez, pero no era eso. Pasó hace un año y medio. Entre mi séptimo y octavo terapeuta.

—¿Así que estás en terapia?

Me da una mirada torcida. —Por supuesto que sí. Solía ir a través de los psiquiatras como zapatos. Todos me dijeron la misma cosa.

—¿Cuál?

—Que estaba enojada. Furiosa por el accidente. Enojada porque fui la única sobreviviente. Que estaba furiosa contigo. —Me enfrentó con una mirada de disculpa—. Las otras cosas tienen sentido, pero no lo entiendo. Quiero decir, ¿por qué tú? Pero lo estaba. Podía sentir cuando —se detuvo por un segundo—... furiosa estaba —termino suavemente—. Había todos

los obvios hijos rae207, como tú me abandonaste, cuanto nos cambió el accidente. Pero eso no se adhiere a la furia letal que sentí tan de repente una vez que me alejé. De verdad pienso, que en algún lugar dentro de mí. Debo haber sabido todo el tiempo que me pediste que me quedara, incluso antes de que lo recordara. ¿Tiene eso algún sentido?

No. Sí. No lo sé. —Nada de esto tiene sentido —digo.

—Lo sé. Así que, estaba enojada contigo. No sabía por qué. Estaba enojada con el mundo. Sabía por qué. Odiaba a todos mis terapeutas por ser inútiles. Era esta pequeña bola de furia de auto-destrucción, y ninguno de ellos pudo hacer nada más que decirme que era una pequeña bola de furia autodestructiva. Hasta que encontré a Nancy, ninguno de ellos me ayudó tanto como los profesores de Juilliard lo hicieron. Quiero decir, ¡hola! Sabía que estaba enojada. Díganme qué hacer con la furia, por favor. Así que, Ernesto sugirió hipnoterapia. Lo ayudó a dejar de fumar, supongo. —Me codeó en las costillas.

Por supuesto, el señor Perfecto no fumaría. Y por supuesto, sería el que la ayudó a descubrir la razón por la que me odia.

—Tenía un poco de riesgo —continúa Mia—. La hipnosis tiende a desbloquear recuerdos ocultos. Algún trauma que es demasiado grande para que la mente consiente la maneje y tienes que pasar a través de una puerta trasera para acceder a ella. Así que me presenté de mala gana a unas cuantas sesiones. No fue lo que había pensado que sería. Sin el amuleto giratorio, sin metrónomo. Era como los ejercicios de imaginación guiada que teníamos que hacer a veces en el campamento. Al principio no sucedió nada, y luego fui a Vermont por el verano y me abandoné. Pero unas semanas después, comencé a tener esos flashes. *Flashes Aleatorios*. Como si pudiera recordar una cirugía, pudiera realmente escuchar la música específica que los doctores pusieron en la sala de operaciones. Pensé en llamarlos para preguntarles si lo que recordaba era verdad, pero mucho tiempo había pasado y dudaba que lo recordaran. Además. No sentí realmente como si necesitara preguntárselos. Mi padre solía decir que cuando nací me veía totalmente familiar para él, se sintió abrumado con ese sentimiento de que me había conocido toda su vida, lo cual era gracioso, considerando lo poco que me parezco a él o mamá. Pero luego tuve mi primer recuerdo, sentí esa misma certeza, de que eran reales y míos. No puse las piezas completamente juntas hasta que estaba trabajando en una pieza para violonchelo, un montón de recuerdos

aparecen cuando estoy tocando, de cualquier forma, era *Gershwin*, andante con moto y poco rubato.

Abro mi boca para decir algo pero a lo primero nada sale. —Yo te toqué esa —digo finalmente.

—Lo sé. —No parece sorprendida por mi confirmación.

Me inclino hacia adelante y pongo la cabeza entre las rodillas, respiro profundamente. Siento la mano de Mia tocar gentilmente la parte de atrás de mi cuello.

—¿Adam? —Su voz es tentativa—. Hay más. Y aquí es cuando se torna un poco más atemorizante. Tiene un sentido certero para mí que mi mente de alguna manera grabó las cosas que estaban pasando alrededor de mi cuerpo mientras estaba inconsciente. Pero hubo otras cosas, otros recuerdos...

—¿Como qué? —Mi voz es un susurro.

—La mayor parte es confusa, pero tengo certeros y fuertes recuerdos de cosas que no podría haber sabido porque no estaba allí. Tengo este recuerdo. Es de ti. Está oscuro. Y este parado fuera de la entrada del hospital debajo de las luces, esperando a verme. Estás usando tu chaqueta de cuero. Como si estuvieras buscándome. ¿Hiciste eso?

Mia toma mi barbilla y levanta mi cara, al parecer en busca de alguna confirmación de que este momento era real. Quiero decirle que tiene razón, pero he perdido completamente la capacidad de hablar. Mi expresión, de cualquier forma, parece ofrecerle la confirmación que estaba buscando. Asiente con la cabeza suavemente.

—¿Cómo? ¿Cómo, Adam? ¿Cómo puedo saber eso?

No estoy seguro de si es una pregunta retórica o si piensa que puedo tener una pista de su misterio metafísico. Y no estoy en condiciones de responder tampoco porque estoy llorando. No me doy cuenta de ello hasta que siento el sabor de la sal contra mis labios. No puedo recordar la última vez que había llorado pero, una vez que acepté la mortificación de que estoy lloriqueando como un niño, las compuertas se abren y estoy sorbiendo ahora, en frente de Mia. En frente de todo el maldito mundo.

Capítulo 19

Traducido por r0r0_05♥

Corregido por Curitiba

La primera vez que vi a Mia Hall fue hace seis años.

Nuestra escuela secundaria tenía este programa de arte y si elegías música como tu elección, podías tomar clases de música u optar por el estudio independiente para practicar en los estudios.

Mia y yo, ambos fuimos por el estudio independiente.

La había visto tocando el cello un par de veces, no había registrado nada realmente. Quiero decir que ella era linda y todo, pero no exactamente mi tipo. Ella era una música clásica. Yo era el chico de rock. Agua y aceite y todo eso.

No tuve noticias de ella todo el día hasta que vi que no tocaba.

Ella estaba sentada en una de las de las cabinas de práctica a prueba de ruido, su cello descansaba agradablemente sobre sus rodillas, su arco a punto, unos centímetros por encima del puente. Sus ojos estaban cerrados y fruncía un poco el ceño. Ella estaba tan quieta, que parecía que se había tomado unas breves vacaciones de su cuerpo.

Y aunque ella no se movía, a pesar de que sus ojos estaban cerrados, de alguna manera sabía que estaba escuchando música, entonces, estaba agarrando las notas del silencio, como una ardilla reunía bellotas para el invierno, antes de que llegara a la tarea de tocar. Me quedé allí, de pronto fascinado por ella, hasta que pareció despertar y empezar a tocar con esta intensa concentración. Cuando por fin me miró, me empujó lejos.

Después de eso, tenía una especie de fascinación por ella y por lo que supuse era su capacidad para escuchar música en el silencio. En aquel entonces, yo quería ser capaz de hacer eso, también. Así que me llevó a verla tocar, y aunque me dije que el motivo de mi atención era porque estaba tan dedicada a la música como yo y que era linda, la verdad es que yo también quería entender lo que había oído en el silencio.

Durante todo el tiempo que estuvimos juntos, creo que nunca se enteró. Pero una vez que estaba con ella, no era necesario. Los dos estábamos obsesionados con la música, cada uno a su manera.

Si no podíamos del todo entender la obsesión de la otra persona, no importa, porque habíamos entendido las nuestras.

Sé el momento exacto del que Mia estaba hablando. Kim y yo habíamos llegado al hospital en el rosado Dart Dodge¹ de Sarah.

Yo no recuerdo haberle preguntado a la novia de Liz pedirle prestado el coche. No recuerdo conducirlo. No me acuerdo de pilotar el coche por las colinas, donde el hospital estaba o cómo incluso conocía el camino. Sólo que en un minuto yo estaba en un teatro en el centro de Portland, comprobando el sonido cuando la noche se mostró y Kim apareció para darme la horrible noticia. Y al minuto siguiente estaba de pie fuera del hospital.

Mia recuerda lo inexplicable, es una especie de señalar en primer lugar la claridad de que todo era una placa de petri borrosa entre escuchar las noticias y llegar al centro del trauma. Kim y yo habíamos aparcado el coche y simplemente salí del garaje antes que ella. Yo necesitaba un par de segundos para reunir mis fuerzas, para armarme de valor para lo que estaba a punto de enfrentar. Y me recordé que buscaba el hospital en un descomunal edificio y me preguntaba si Mia estaba en algún lugar allí, y una sensación de pánico desde el corazón a la garganta que había muerto en el momento en que había llegado Kim a buscarme. Pero entonces había sentido esta ola de algo, realmente no era esperanza, en realidad no ayudaba, pero era sólo un tipo de saber que Mia estaba todavía allí. Y había sido suficiente para tirar de mí a través de las puertas.

Dicen que las cosas suceden por una razón, pero no sé que puedo comprar con eso. No es que yo pueda llegar a ver una razón para lo que pasó con Kat, Denny, y Teddy ese día. Pero tuvieron que pasar una eternidad en llegar a ver a Mia. Fui apartado de la Unidad de Terapia Intensiva por sus enfermeras, a continuación, Kim y yo inventamos todo este plan de espionaje. No creo que me diera cuenta en ese momento, pero acredito que de una manera extraña, yo estaba probablemente estancado. Estaba recogiendo mis fuerzas. No quiero perder frente a ella. Supongo que parte de mí de alguna manera sabía que Mia, el fondo de su coma, sería capaz de decirlo.

Por supuesto, terminé perdiendo frente a ella de todos modos. Cuando por fin la vi por primera vez, casi me volaron en pedazos. Su piel parecía de

papel de seda. Sus ojos estaban cubiertos con cinta adhesiva. Tubos entraban y salían de todas partes de su cuerpo, el bombeo de líquidos y sangre en formación y algunos de porquería y miedo. Me da vergüenza decirlo, pero cuando llegué por primera vez, yo quería salir corriendo.

Pero yo no podía. Yo no lo haría. Así que en vez, sólo me centré en la parte de ella que todavía se veía remotamente parecido a Mia... sus manos. Había monitores pegados a los dedos, pero aún así se veía como sus manos. Le toque la punta de los dedos de su mano izquierda, que se sentía desgastado y suave, como el cuero viejo. Le pasé los dedos a través de los callos de sus pulgares. Sus manos estaban heladas, al igual que lo fueron siempre, así que las calenté, como siempre lo he hecho.

Y fue al mismo tiempo calentándole las manos que pensé en lo afortunado que era que se veía bien. Porque sin las manos, no habría música y sin música, ella habría perdido todo. Y recuerdo que pensé que de alguna manera Mia tuvo que darse cuenta, también. Que tenía que recordar que ella poseía la música para volver. Salí corriendo de Terapia Intensiva, una parte de mí temía que nunca podría ver su vida de nuevo, pero de alguna manera *sabía* que tenía que hacer una sola cosa. Cuando volví, le tocaba el Yo-Yo Ma.

Y ahí fue también cuando le hice la promesa. La promesa de que ella es el lugar para mí.

Hice lo correcto. Ahora lo sé. Debo de haberlo sabido siempre, pero ha sido tan difícil de ver a través de toda mi rabia. Y está bien si ella está enojada. Incluso está bien si ella me odia. Fue egoísta lo que me pidió que hiciera, aunque terminó siendo la cosa más egoísta que he hecho.

La cosa más egoísta que tendré que seguir haciendo.

Pero yo lo haría de nuevo. Ahora lo sé. Me gustaría hacer esa promesa mil veces y perderme mil veces de haberla escuchado tocar ayer por la noche o para verla en el sol de la mañana. O incluso sin eso. Sólo para saber que ella está en algún lugar. Viva.

Mia me miraba perder mi porquería todo el paseo marítimo. Ella da testimonio de que las fisuras se abren, la lava se escapa, esta gran explosión de lo que supongo que para ella, debe parecerse a la pena.

Pero yo no estoy llorando por el dolor. Estoy llorando de gratitud.

Capítulo 20

Traducido por flochi y Kathesweet

Corregido por Curitiba

Alguien me despierta cuando es el final

Cuando la tarde silenciosa se difumina dorada

Solo yazco en una cama de tréboles

Oh, necesito ayuda con esta carga

Hush —Daño Colateral, Pista 13

Cuando consigo controlarme y calmarme, mis extremidades se sienten como si se hubieran vuelto inservibles. Mis ojos empiezan a cerrarse. Acabo de beber una enorme taza de café increíblemente fuerte, y también podría haber tenido pastillas para dormir. Podría recostarme aquí mismo en este banco. Me vuelvo hacia Mia. A decirle que necesito dormir.

—Mi casa está a unos cuantos bloques de aquí —dice ella—. Puedes tirarte a dormir allá.

Tengo esa calma blandengue que sigue a un llanto. No me había sentido de esta manera desde que era un niño, un chico sensible, quién gritaba ante algunas injusticias u otras cosas, todos llorábamos, hasta que mamá me arrojaba la cama. Me imagino a Mia, metiéndome en la cama individual de un niño, tirando hacia arriba de las sábanas de Buzz Lightyear hasta mi barbilla.

Es plena mañana ahora. Las personas están despiertas, afuera o algo así. Mientras caminamos, la tranquila zona residencial da lugar a una franja comercial, llena de tiendas, cafés, y los *hipsters* que los frecuentan. Soy reconocido. Pero no me molesto con ningún subterfugio, sin gafas, ni gorra. No trato de esconderme en absoluto. Mia serpentea entre la multitud creciente y luego da la vuelta en una calle lateral arbolada llena de arenisca color café y edificios de ladrillos.

—Hogar dulce hogar. Es un subalquiler de un violinista profesional quien está con la Filarmónica de Viena en este momento. ¡He estado aquí por un récord de nueve meses!

La sigo al interior de la casa más compacta que he visto jamás. El primer piso consiste en algo un poco más grande que una sala de estar y una cocina con una puerta corredera de vidrio con salida a un jardín que es dos veces tan profundo como la casa. Hay un sofá blanco dividido, y lo mueve para que me recueste sobre él. Me quito los zapatos y me dejó caer sobre una de las secciones, hundiéndome en los cojines de felpa. Mia levanta mi cabeza, y coloca una almohada por debajo, y una suave manta sobre mí, arropándome tal y como había esperado que haría.

Escucho el sonido de sus pasos en las escaleras a lo que debe ser el dormitorio, pero en su lugar, siento un ligero rebote en la tapicería cuando Mia se acomoda en el otro extremo del sofá. Escucho el movimiento de sus piernas juntas unas cuantas veces. Sus pies se encuentran a solo unas pulgadas de las míos. Entonces, ella deja escapar un largo suspiro y su respiración se ralentiza en un patrón rítmico. Ella está dormida. Al cabo de unos minutos, yo también lo estoy.

Cuando despierto, la luz está inundando el apartamento, y me siento tan refrescado que por un segundo estoy seguro que he dormido por diez horas y he perdido mi vuelo. Pero un vistazo rápido al reloj de la cocina me muestra que son las dos en punto, todavía es sábado. Solo he dormido por unas cuantas horas, y tengo que encontrar a Aldous en el aeropuerto a las cinco.

Mia todavía está durmiendo, respirando profundamente y casi roncando. La miró allí por un tiempo. Se ve tan pacífica y familiar. Incluso antes de convertirme en el insomne que soy ahora, siempre tuve problemas para conseguir dormir a la noche, mientras que Mia leía un libro por cinco minutos, se ponía de costado, y estaría ida. Una hebra de cabello había caído sobre su rostro y era absorbida hacia su boca y después vuelve a salir con cada inhalación y exhalación. Sin siquiera pensarlo, me incliné hacia delante y aparté la hebra, mi dedo rozando accidentalmente su boca. Se siente tan natural, como si los últimos tres años no hubieran pasado, que me siento casi tentado de trazar sus mejillas, su barbilla, su frente.

Casi. Pero no bastante. Es como si estuviera viendo a Mia a través de un prisma y ella es en su mayor parte la chica que conocía pero algo ha cambiado, los puntos de vista han cambiado, y ahora, la idea de tocar a Mia no es dulce o romántico. Es comportarme como un acosador.

Me enderezo y estiro mis extremidades. Estoy a punto de despertarla, pero no logro hacerlo. En su lugar, camino por su casa. Me encontraba tan desconectado como cuando llegamos hace unas horas, realmente no lo asimilaba. Ahora que lo hago, veo que se parece extrañamente a la casa en la que Mia creció. Está el mismo revoltijo de pinturas en la pared —un Elvis de terciopelo⁴², un poster de 1955 anunciando las Series Mundiales entre Brooklyn Dodgers y los Yankees de Nueva York— y los mismos toques decorativos, como las mimas luces con forma de ají engalanando las puertas.

Y fotos, las hay por todas partes, colgando en las paredes, cubriendo cada pulgada de espacio del mostrador y estantes. Cientos de fotos de su familia, incluyendo las que parecen ser fotos que una vez colgó de su antigua casa. Está la foto de la boda de Kay y Denny; una toma de Denny en una chaqueta de cuero sosteniendo a una diminuta Mia de bebé en una de sus manos; una Mia de ocho años, una gigante sonrisa sobre su rostro, agarrando su violonchelo; Mia y Kat sosteniendo un Teddy de cara roja, minutos después de nacido. Incluso está esa toma desgarradora de Mia leyéndole a Teddy, la que nunca pude soportar ver en la casa de sus padres, aunque de alguna manera aquí, en su casa, no me da esa misma patada en el estómago.

Camino por la pequeña cocina, y hay una verdadera galería de fotografías de los abuelos de Mia frente a una plétora de fosos orquestales, de los tíos, tías y primos haciendo senderismo por las Montañas de Oregon o levantando pintas y cerveza. Hay un revoltijo de tomas de Henry, Willow y Trixie y el niño que debe ser Theo. Hay fotos de Kim y Mia de la preparatoria y una de ellas dos posando delante del Edificio Empire State un grave recordatorio de que su relación no se ha truncado, tienen una historia de la que yo no sé nada. Hay otra foto de Kim, usando un chaleco antibalas, su cabello enmarañado, chato y soplado por un viento polvoriento.

Hay fotos de músicos en ropas formales, sosteniendo copas de champagne. Un hombre de ojos brillantes en un esmoquin con un masa de rizos salvajes sosteniendo un bastón, y el mismo hombre dirigiendo a un montón de niños de aspecto andrajoso, y después él nuevamente, junto a una hermosa mujer negra, besando a un niño no tan andrajoso. Este debe ser Ernesto.

⁴² **Velvet Elvis:** Es una pintura de Elvis hecha sobre terciopelo.

Deambulo por el jardín trasero para mi fumada al despertar. Palmeo mi bolsillo, pero todo lo que encuentro es mi billetera, mis gafas de sol, el iPod prestado, y el surtido habitual de púas de guitarra que parece siempre vivir conmigo. Entonces recuerdo que debo haber dejado los cigarrillos en el puente. Sin fumar. Sin píldoras. Supongo que hoy es el día de alzar la bandera para dejar los malos hábitos.

Vuelvo dentro y echo otro vistazo alrededor. No es la casa que esperaba. De toda su charla de mudarse, me había imaginado una casa llena de cajas, algo impersonal y antiséptico. Y a pesar de lo que había dicho de los espíritus, yo no habría imaginado que se rodearía tan cómodamente con sus fantasmas.

Excepto por mi fantasma. No hay una sola foto mía, aunque Kat me incluyó en muchas de las tomas familiares; incluso había colgado una foto mía, junto con Mia y Teddy en disfraces de Halloween encima de la repisa de su vieja sala de estar, un lugar de honor en el vestíbulo de su casa. Pero no aquí. No hay ninguna de las ridículas tomas que Mia y yo solíamos sacarnos el uno al otro y de nosotros mismos, besándonos o bromeando mientras uno de nosotros sostenía la cámara a lo largo del brazo. Me encantaban esas fotos. Siempre cortaba la mitad de la cabeza o estaban oscuras por el dedo de alguien, pero parecía capturar algo verdadero.

No me siento ofendido. Antes, podría haberlo estado. Pero ahora lo entiendo. Cual fuera el lugar que ocupaba en la vida de Mia, en el corazón de Mia, fue irrevocablemente alterado ese día en el hospital hace tres años y medio.

Cierre. Detesto esa palabra. Al psiquiatra le encanta. Bryn la adora. Ella dice que nunca he tenido un cierre con Mia. “Más de cinco millones de personas han comprado y escuchado de mi cierre” es mi respuesta habitual.

Estando aquí, en esta tranquila casa donde puedo escuchar el gorjeo de las aves afuera, creo que estoy empezando a entender el concepto de cierre. No es un gran dramático antes y después. Es más como una melancólica sensación de que estás llegando al fin de unas vacaciones realmente buenas. Algo especial está terminando, y estás triste, pero no puede estar triste porque, oye, fue bueno mientras duró, y habrá otras vacaciones, otros buenos momentos. Pero no serán junto a Mia o con Bryn.

Miro al reloj. Tengo que volver a Manhattan, empacar mis cosas, contestar los emails más urgentes que sin duda alguna se han apilado, y llegar

hasta el aeropuerto. Tendré que conseguir un taxi aquí afuera, y antes de eso tendré que despertar a Mia y despedirme de una manera adecuada.

Decido hacer café. Solamente con ese aroma solía despertarse. En las mañanas que solía dormir en su casa, a veces me despertaba más temprano para pasarlo con Teddy. Después de dejarla dormir hasta una hora decente, había tomado la cafetera eléctrica de su habitación y su aroma flotaba hasta que ella levantaba su cabeza de la almohada, sus ojos todos soñadores y suaves.

Voy a la cocina e instintivamente parece que sé donde se encuentra todo, como si se tratara de mi cocina y hubiera hecho café aquí unas mil veces antes. La cafetera de metal está en el gabinete sobre el fregadero. El café dentro de una jarra en la puerta del congelador. Pongo unas cucharadas del rico y oscuro polvo en la cámara encima de la cafetera, luego lo lleno con agua y lo pongo en la estufa. El sonido silbante llena el aire, seguido de un rico aroma. Casi puedo verlo, como una nube de caricatura flotando sobre el cuarto, empujando a Mia a despertar.

Y por supuesto, antes de que las tazas estén preparadas, ella se está desmereando fuera del sofá, tragando un poco de aire como ella hace cuando se está despertando. Cuando me ve en la cocina, parece momentáneamente confundida. No puedo saber si es porque estoy yendo y viniendo como un ama de casa o solo porque estoy aquí en primer lugar. Entonces recuerdo lo que ella había dicho sobre sus llamadas diarias para despertarse perdida.

—¿Lo estás recordando todo de vuelta? —pregunto. En voz alta. Porque quiero saberlo y porque ella me pidió que preguntara.

—No —dice ella—. No esta mañana. —Ella bosteza, luego se desmerea nuevamente—. Pensé que había soñado lo de anoche. Entonces oí el café.

—Lo lamento —murmuro.

Ella está sonriendo mientras pateo la manta. —¿Realmente crees que si no mencionas a mi familia los olvidaré?

—No —admito—. Supongo que no.

—Y, como puedes ver, no estoy tratando de olvidar. —Mia se mueve a las fotos.

—Estaba mirando esas. Una galería bastante impresionante la que tienes. De todos.

—Gracias. Me mantienen acompañada.

Miro las fotos, imaginando el día en que lo propios hijos de Mia llenarán muchos de esos marcos, creando un nueva familia para ella, la continuación de una generación de la que no seré parte.

—Sé que son solo fotos —continúa—, pero algunos días me ayuda realmente a levantarme cada mañana. Bueno, ellos, y el café.

Ahh, el café. Voy a la cocina y abro los armarios donde encuentro las tazas, sin embargo me sorprende un poco encontrar que incluso estas son de la misma colección de tazas de cerámica de los años 1959 y 1960 que he usado tantas veces antes; sorprendido que las haya transportado de un cuarto al otro, de un apartamento a otro. Miro alrededor buscando mi taza favorita, la que tiene cafeteras danzarinas sobre él, y estoy tan malditamente feliz de que todavía esté aquí. Casi es como tener mi foto en la pared, también. Un pequeño pedazo de mí todavía existe, incluso si la mayor parte de mí no lo hace.

Me sirvo una taza, luego la taza de Mia, agregando un poquito de leche y crema, como ella lo toma.

—Me gustan las fotos —digo—. Mantiene a las cosas interesantes.

Mia asiente, soplando ondas en su café.

—Y yo también los extraño —digo—. Cada día.

Ella parece sorprendida por eso. No porque yo los extrañe, sino porque supongo que estoy admitiéndolo, finalmente. Asiente solemnemente. —Lo sé —dice.

Camina alrededor de la habitación, pasando sus dedos suavemente sobre los marcos de las fotos. —Se me está acabando el espacio —dice. Tuve que poner unas fotos recientes de Kim en el baño. ¿Has hablado con ella últimamente?

Ella debe saber lo que le hice a Kim. —No.

—¿De verdad? ¿Entonces no sabes sobre el escándalo?

Sacudo la cabeza.

—Abandonó la universidad el año pasado. Cuando la guerra estalló en Afganistán, Kim decidió dejarlo todo y pasó al quiero ser una fotógrafa y la mejor educación está en el campo. Así que simplemente tomó sus cámaras y se fue. Empezó vendiendo todas esas fotos al *AP* y al *New York Times*. Ella vaga por todas partes en uno de esos burkas y esconde todo su equipo fotográfico bajo las túnicas y luego lo saca para obtener sus fotos.

—Apostaré que la Sra. Schein adora eso. —La mamá de Kim era notoriamente sobreprotectora. Lo último que había escuchado de ella, era que tuvo un ataque porque Kim iba a ir a la escuela al otro lado del país, que, como Kim había dicho, era precisamente el punto.

Mia ríe. —Al principio, Kim le dijo a su familia que sólo se iba a tomar un semestre sabático, pero ahora se está volviendo verdaderamente exitosa, así que oficialmente lo dejó, y la Sra. Schein oficialmente ha tenido una crisis nerviosa. Y luego está el hecho que Kim es una agradable chica judía en un país muy musulmán. —Mia sopla el café y bebe—. Pero, por otra parte, ahora Kim tiene sus fotos en el *New York Times*, y acaba de recibir una asignación de función para *National Geographic*, así que eso le da a la Sra. Schein algo de munición para presumir.

—Difícil de resistir para una madre —digo.

—Es una gran fanática de *Shooting Star*, ¿sabes?

—¿La Sra. Schein? Siempre la había vinculado más con el hip-hop.

Mia sonrío. —No. Está más en el metal de la muerte. Pesado. Kim. Ella los vio tocar en Bangkok. Dijo que llovió y ustedes tocaron así.

—¿Estuvo en ese espectáculo? Desearía que hubiera ido a los camerinos, a saludar —digo, aunque sé por qué no lo haría. Aún así, fue al espectáculo. Debió haberme perdonado un poquito.

—Le dije lo mismo. Pero tenía que irse justo después. Se suponía que estaba en Bangkok por algo de R&R, pero esa lluvia en la que estuvieron tocando en realidad fue un ciclón en algún otro lugar y ella tuvo que ir corriendo y cubrirlo. Es una shutterbabe⁴³ muy ruda estos días.

Pienso en Kim persiguiendo insurgentes talibanes y esquivando arboles voladores. Es sorprendentemente fácil de imaginar. —Es divertido digo.

—¿Qué? —pregunta Mia.

—Kim siendo una fotógrafa de guerra. Todo eso de Chica Peligrosa.

—Sí, es un tumulto de risas.

—Eso no es lo que quise decir. Es solo que: Kim. Tú. Yo. Todos vinimos de este pueblo insignificante en Oregon, y míranos. Los tres nos hemos ido, bueno, a los extremos. Tienes que admitirlo, es un poco extraño.

⁴³ **Shutterbabe:** El nombre de un libro donde la protagonista es una joven fotógrafa que va a la guerra y vive diferentes aventuras.

—No es del todo extraño —dice Mia, sacando un tazón de hojuelas de maíz—. Todos estábamos forjados en el crisol. Ahora, vamos, toma un poco de cereal.

No estoy hambriento. Ni siquiera estoy seguro que pueda comer una sola hojuela, pero me siento porque mi lugar en la mesa de la familia Hall acaba de ser restaurado.



El tiempo tiene un peso en esto, y justo ahora puedo sentirlo fuerte sobre mí. Casi son las tres en punto. Otro día está medio terminado y esta noche tengo que irme al tour. Escucho el sonido del antiguo reloj en la pared de Mia. Dejo que los minutos pasen antes de que finalmente pueda hablar.

—Ambos tenemos nuestros vuelos. Probablemente debería empezar a moverme —digo. Mi voz suena lejana pero me siento extrañamente tranquilo—. ¿Hay taxis por aquí?

—No, tenemos que volver y llegar a Manhattan por balsa —Bromea—. Puedes llamar un auto —agrega después de un momento.

Me levanto, hago mi camino hacia el mostrador de la cocina donde está el teléfono de Mia. —¿Cuál es el número? —pregunto.

—Siete-uno-ocho —dice Mia. Luego se detiene—. Espera.

Al principio creo que tiene que detenerse para recordar el número, pero veo sus ojos, a la vez inseguros e implorantes.

—Hay una última cosa, —sigue, su voz vacilante—. Algo que tengo que realmente te pertenece.

—¿Mi camiseta de *Wipers*?

Sacude la cabeza. —Es de hace tiempo, me temo. Vamos. Está arriba.

La sigo por los escalones chirriantes. En la parte de arriba del rellano estrecho a mi derecha puedo ver su habitación con los techos inclinados. A mi izquierda hay una puerta cerrada. Mia la abre, revelando un estudio pequeño. En la esquina hay un armario con un teclado. Mia escribe un código y la puerta se abre.

Cuando veo lo que saca del armario, al principio pienso, *Oh, cierto, mi guitarra*. Porque aquí en la pequeña casa de Mia en Brooklyn está mi vieja guitarra eléctrica, mi Les Paul Junior. La guitarra que compré en una casa de empeño con mis ganancias de entrega de pizzas cuando era un adolescente. Es la guitarra que usé para grabar todas nuestras cosas que nos llevaron a la cima, incluyendo, *Daño Colateral*. Es la guitarra que subasté para la caridad y he lamentado haberlo hecho desde entonces.

Está en su viejo estuche, con mis viejas pegatinas de *Fugazy* y *K Records*, incluso con las pegatinas de la vieja banda del papá de Mia. Todo es lo mismo, la correa, la abolladura de cuando lo dejé caer en un escenario. Incluso el polvo huele familiar.

Y estoy recibiendo todo, unos segundos antes de que realmente me golpee. Esta es *mi* guitarra. Mia tiene *mi* guitarra. Mia es la que compró *mi* guitarra por una suma exorbitante, lo que significa que Mia sabía que era para la subasta. Miro alrededor de la habitación. Entre las partituras y parafernalias del violonchelo hay una pila de revistas, mi cara asomándose de las portadas. Y luego recuerdo algo de vuelta en el puente, Mia justificando por qué me dejó al recitar la letra de *Roulette*.

Y de repente, es como si he estado llevando audífonos toda la noche y se han caído ahora, y todo lo que estaba amortiguado ahora es claro. Pero también tan ruidoso y desagradable.

Mia tiene mi guitarra. Es algo tan sencillo y aún así no sé si hubiera estado más sorprendido si Teddy hubiera salido del armario. Me siento débil. Me siento. Mia se para justo en frente de mi, sosteniendo mi guitarra por el cuello, ofreciéndomela nuevamente.

—¿Tú? —Es todo lo que puedo manejar.

—Siempre yo —responde suavemente, tímidamente—. ¿Quién más?

Mi cerebro ha salido de mi cuerpo. Mi discurso es reducido a lo más básico. —Pero... ¿por qué?

—Alguien tenía que salvarla del Hard Rock Café —dice Mia con una risa. Pero también puedo escuchar los baches en su voz.

—Pero... —Me aferro a las palabras como un hombre que se ahoga se aferra a los escombros flotantes—... ¿dijiste que me odiabas?

Mia deja salir un suspiro largo y profundo. —Lo sé. Necesitaba alguien para odiar, y eres al que más amo, por lo que eso cayó sobre ti.

Está extendiendo la guitarra, empujándola hacia mí. Quiere que la tome, pero no puedo levantar una bola de algodón en este momento.

Ella sigue mirándome, sigue ofreciéndola.

—¿Pero qué hay de Ernesto?

Una expresión de perplejidad revolotea en su rostro, seguida por diversión. —Él es mi mentor, Adam. Mi amigo. Está casado —Mira hacia abajo por un segundo. Cuando su mirada regresa, su diversión se ha convertido en una actitud defensiva—. Además, ¿por qué debería importarte?

Vuelves a tu fantasma, escucho a Bryn diciéndome. Pero está equivocada. Bryn es la que ha seguido viviendo con el fantasma, el espectro de un hombre que nunca dejó de amar a otra persona.

—Nunca hubiera estado con Bryn si tú no hubieras decidido que necesitabas odiarme —respondo.

Mia toma esto levantando la barbilla. —No te odio. Ni siquiera creo que realmente lo hiciera. Sólo fue ira. Y una vez que la enfrenté, una vez que la entendí, se disipó —Mira hacia abajo, toma un respiro profundo, y exhala un tornado—. Sé que te debo algo más que una disculpa; he estado tratando de sacarla toda la noche; es como si esas palabras “disculpa, lo siento” son demasiado miserables para lo que te mereces —Sacude la cabeza—. Sé que lo que te hice estuvo tan mal, pero en ese momento también se sintió tan necesario para mi supervivencia. No sé si estas dos cosas puedan ser ciertas pero es como fue. Si te sirve de consuelo, después de un tiempo, cuando ya no se sintió necesario, cuando se sintió enormemente mal, todo lo que quedó con la magnitud de mi error, fue el extrañarte. Y tuve que verte desde la distancia, verte alcanzar tus sueños, vivir lo que parecía la vida perfecta.

—No es perfecta —digo.

—Entiendo eso ahora, ¿cómo se suponía que lo sabría? Estabas tan, tan lejos de mí. Y había aceptado eso. Acepté eso como mi castigo por lo que había hecho. Y entonces... —Se calla.

—¿Qué?

Toma una bocanada de aire y hace una mueca. —Y entonces Adam Wilde aparece en Carnegie Hall en la noche más grande de mi carrera, y se sintió como más que una coincidencia. Se sintió como un regalo. De ellos. Para mi primer recital, me dieron un violonchelo. Y para éste, me dieron tu presencia.

Cada pelo de mi cuerpo se eriza, mi cuerpo entero se pone en alerta con un escalofrío.

Se apresura a limpiarse las lágrimas de los ojos con la parte posterior de su mano y toma un respiro profundo. —Ahora, ¿vas a tomar esta cosa o qué? No la he afinado en un tiempo.

Solía tener sueños como este. Mia vuelve de la tierra de no-muertos, en frente de mi, viva por mí. Pero incluso en sueños sabía que era irreal y que podría anticipar el estruendo de mi alarma, así que estoy escuchándolo ahora, esperando que la alarma se encienda. Pero no lo hace. Y cuando cierro mis dedos alrededor de la guitarra, la madera y las cuerdas son tan sólidas y me sujetan a la tierra. Me despiertan. Y ella todavía está aquí.

Y está mirando, a mi guitarra, y a su violonchelo y al reloj en el alfeizar. Y veo lo que quiere, y es lo mismo que he querido por años ahora pero no puedo creerlo después de todo este tiempo, y ahora que estamos cortos de tiempo, está preguntando por ello. Pero aún así, le doy un pequeño asentimiento. Conecta la guitarra, me lanza el cable, y enciende el amplificador.

—¿Puedes darme una *La*? —pregunto. Mia toca la cuerda *La* de su chelo. Afino con eso y luego rasqueo una *La-menor*, y mientras el acorde rebota en las paredes, siento que un arranque de electricidad oscila por mi espina dorsal de una manera que no lo ha hecho en mucho, mucho tiempo.

Miro a Mia. Está sentada al otro lado de mi, su cello entre sus piernas. Sus ojos están cerrados y puedo decir que está haciendo lo mismo, escuchando algo en el silencio. Entonces todo a la vez, Mia parece haber escuchado lo que necesita escuchar. Sus ojos están abiertos y sobre mi otra vez, como si nunca se hubieran ido. Agarra su arco, gesticula hacia mi guitarra con una ligera inclinación de su cabeza. —¿Estás listo?

Hay tantas cosas que me gustaría decirle, la mayoría de ellas es que siempre he estado listo. Pero en su lugar, enciendo el amplificador, saco una púa de mi bolsillo, y solo digo sí.

Capítulo 21

Traducido por Abril. y KATFLY

Corregido por Curitiba

Tocamos por lo que parecieron horas, días, años. O quizás fueran segundos. Ni siquiera puedo decirlo. Aceleramos, luego vamos más despacio, hacemos gritar a nuestros instrumentos. Nos ponemos serios. Reímos. Hablamos más despacio. Luego fuerte. Mi corazón está latiendo, mi sangre vibra, todo mi cuerpo está repiqueteando mientras recuerdo: un Concierto no significa pararse frente a miles de personas como un blanco. Significa unirse. Significa armonía. Cuando finalmente hicimos una pausa, estoy sudando y Mia está jadeando, como si hubiera estado corriendo por millas. Nos sentamos allí en silencio, con el sonido de nuestras rápidas respiraciones ralentizándose a la par, y los latidos de nuestros corazones estabilizándose. Miro el reloj. Son las cinco pasadas. Mia sigue mi mirada. Ella baja su arco del cello.

—¿Ahora qué? —pregunta ella.

—¿Schubert? ¿Ramonos? —digo, aunque sé que no está tomando pedidos. Pero en lo único en lo que puedo pensar es en seguir tocando, porque, por primera vez en un largo tiempo, no hay nada más que quiera hacer. Y tengo miedo de lo que pase cuando la música termine.

Mia hace un gesto hacia el reloj digital parpadeando ominosamente desde el marco de la ventana.

—No creo que llegues a tu vuelo.

Me encogí de hombros. No me importa el hecho de que hay, por lo menos, otros diez vuelos a Londres esta noche.

—¿Tú puedes llegar al tuyo?

—No quiero llegar —dice tímidamente—. Tengo un día libre antes de que comiencen los recitales. Puedo irme mañana.

De repente, me imagino a Aldous paseando por la sala de partidas de Virgin, preguntándose dónde diablos estoy, llamando a un celular que sigue sobre la mesa de noche de algún hotel. Pienso en Bryn, en Los Ángeles, quien no sabe que un terremoto aquí en Nueva York enviaba un

tsunami hacia allí. Y me doy cuenta de que antes de que haya un próximo, hay un ahora que necesito atender. —Necesito hacer algunas llamadas —le digo a Mia—. A mi manager, que me está esperando... y a Bryn.

—Oh, cierto, por supuesto, —dice ella, con su rostro fallando mientras se apresura a levantarse, casi tirando su cello en su confusión—. El teléfono está bajando las escaleras. Y yo debería llamar a Tokio, aunque estoy muy segura de que están en la mitad de la noche, así que solo enviaré un email y llamaré más tarde. Y a mi agente de viajes...

—Mia —interrumpo.

—¿Qué?

—Resolveremos esto.

—¿En serio? —Ella no luce tan segura.

Asiento, aunque mi corazón está latiendo y las piezas del rompecabezas están girando mientras Mia deja el teléfono inalámbrico sobre mi mano. Voy hacia su jardín donde hay privacidad y paz en la luz de la tarde, con las cigarras de verano chirriando porque se acercaba una tormenta. Aldous atiende al primer timbre y en el minuto en que oigo su voz y empiezo a hablar, asegurándole que estoy bien, los planes empezaron a salir de mi boca como si los hubiera estado contemplando por un largo, largo tiempo. Le explico que no voy a ir a Londres ahora, que no voy a hacer ningún video musical, ni entrevistas, pero que estaría en Inglaterra para el inicio de nuestra gira europea y que tocaría en cada uno de esos shows.

El resto del plan que se está formulando en mi cabeza —parte de él ya se solidificó de una manera nebulosa en el puente la otra noche— no se lo digo, pero creo que Aldous lo percibe.

No puedo ver a Aldous, así que no puedo saber si pestañea, se acobarda o luce sorprendido, pero lo entiende.

—¿Respetarás todos tus compromisos de la gira? —repite él.

—Sí.

—¿Qué se supone que le diga a la banda?

—Pueden hacer el video sin mí si quieren. Los veré en el Festival Guildford —digo refiriéndome al gran festival de música en Inglaterra en el cual encabezamos para dar comienzo—. Y les explicaré todo allí.

—¿Dónde estarás mientras tanto? Por si alguien te necesita.

—Diles que no me necesiten —respondo.

La siguiente llamada es más dura. Deseo no haber elegido el día de hoy para dejar de fumar. En cambio, hago los ejercicios de respiraciones profundas que me enseñaron los doctores y marco el número. Un viaje de mil millas empieza con diez dígitos, ¿no es cierto?

—Pensé que quizás eras tú —dice Bryn al oír mi voz—. ¿Perdiste tu teléfono otra vez? ¿Dónde estás?

—Sigo en Nueva York. En Brooklyn —Hago una pausa—, con Mia.

Un frío silencio llena la línea y yo lleno ese silencio con un monólogo ¿qué es qué? No lo sé: una rápida explicación de la noche que paso por accidente, reconociendo que las cosas nunca estuvieron bien entre nosotros, por lo menos, no tan bien como ella quería, y como resultado, he sido un pésimo novio. Le digo que espero que le vaya mejor con el próximo chico.

—Sí, yo no me preocuparía por eso —dice ella con un intento de una carcajada, pero no suena de esa forma. Hay una larga pausa. Espero su diatriba, sus recriminaciones, todas las cosas que veo venir. Pero no dice nada.

—¿Sigues allí? —pregunto.

—Sí, estoy pensando.

—¿En qué?

—En que sin importar lo que hubiera preferido, ella habría muerto.

—¡Jesús, Bryn!

—¡Oh, cállate! No te hagas el indignado. No ahora mismo. Y la respuesta es no. No deseo su muerte. —Hace una pausa—. Aunque no estoy tan segura con la tuya.

Luego, me corta.

Me quedo parado allí, sin mover el teléfono de mí oreja, tomando las últimas palabras de Bryn, preguntándome si había habido un rastro de absolución en su hostilidad. No sé si eso importa porque mientras siento el frío aire, me siento aliviado.

Después de un tiempo, levanto la vista. Mia está de pie en las puertas corredizas de vidrio, esperando que le diga que todo estaba bien. Hago una aturdida señal con la mano en su dirección y ella, lentamente, camina hacia el patio de ladrillos donde estoy parado, aún sosteniendo el teléfono.

Ella lo toma desde la parte superior, como si fuera un bastón de relevo, a punto de ser pasado.

—¿Está todo bien? —pregunta.

—Soy libre, por así decirlo, de mis compromisos anteriores.

—¿De la gira? —Ella suena sorprendida.

Sacudo mi cabeza.

—No de la gira. Sino de toda la basura que me lleva hasta ella. Y de mis otros, hum, enredos.

—Oh.

Ambos nos quedamos allí por un momento, sonriendo como tontos, sin soltar el teléfono inalámbrico. Finalmente, lo suelto y luego, gentilmente, lo saco de su mano y lo pongo sobre la mesa de hierro, sin soltar su mano.

Paso mi pulgar sobre las callosidades del suyo y subo y bajo sobre los huesos de sus nudillos y muñeca. Es tan natural y al mismo tiempo un privilegio. Esta es Mia, a la que estoy tocando. Y ella lo permite. No solo eso, también cierra sus ojos y se acerca.

—Esto es real. ¿Puedo sostener esta mano? —pregunto, acercándola hacia mi mejilla con barba de tres días.

La sonrisa de Mia es como chocolate derretido. Es como un magnifico solo de guitarra. Es todo lo bueno en este mundo. —Mmmm —responde.

La acerco hacia mí. Miles de soles se alzan en mi pecho. —¿Puedo hacer esto? —pregunto, tomando sus dos brazos entre los míos y bailando lentamente con ella alrededor del patio.

Todo su rostro está sonriendo ahora. —Puedes —murmura.

Paso mis manos por sus brazos desnudos, de arriba hacia abajo. La hago girar alrededor de las macetas, llenas de flores perfumadas. Entierro mi cabeza en su pelo y respiro su olor, el de las noches de la Ciudad de Nueva York que están grabadas a fuego en ella. Sigo su mirada hacia arriba, hacia el cielo.

—Así que, ¿crees que nos están mirando? —pregunto, mientras beso suavemente la cicatriz en su hombro y siento flechazos de calor disparados por todo mi cuerpo.

—¿Quién? —pregunta Mia, acercándose, y temblando levemente.

—Tu familia. Pareces pensar que mantienen contacto contigo. ¿Crees que puedan ver esto? —Coloqué mis brazos alrededor de su cintura y la bese detrás de la oreja, del modo en que solía enloquecerla, del modo en que, a juzgar por su rápida respiración y sus uñas enterrándose en mis costados, todavía lo hacía. No me pareció que hubiera nada aparentemente espeluznante en mi pregunta, pero no se sentía de esa manera.

Anoche, mientras pensaba en su familia y que pudieran saber o conocer mis acciones, me avergoncé. Pero ahora, no es que quisiera que vieran esto, pero si desearía que supieran sobre esto, sobre nosotros.

—Me gusta pensar que me dan un poco de privacidad —dice, abriéndose como un girasol a los besos que estaba plantando en su mandíbula—. Pero mis vecinos pueden vernos, sin duda. —Pasa una mano por mi cabello y es como si electrocutara mi cuero cabelludo.

—Hola, vecinos —digo, trazando círculos perezosos alrededor de la base de su clavícula con mi dedo.

Sus manos se adentran en mi camiseta. Su tacto ya no es tan sutil. Es penetrante, la punta de sus dedos empiezan a tocar el código Morse de emergencia. —Si esto sigue así mucho más tiempo, mis vecinos van a presenciar un espectáculo —susurra.

—Después de todo, somos artistas —le contesto, deslizando mis manos bajo su camiseta y subiendo a lo largo de su torso y luego bajando de nuevo. Nuestra piel es como imanes que han estado privados de su carga opuesta.

Rozo mis dedos por su cuello, su mandíbula, y luego sostengo su barbilla en mi mano. Y nos detenemos. Nos quedamos así por un instante, mirándonos el uno al otro, disfrutándonos. Y luego bruscamente nos juntamos. Las piernas de Mia ya no tocaban el suelo, estaban envueltas alrededor de mi cintura, sus manos clavadas en mi pelo y mis manos enredadas en ella. Y nuestros labios... No había suficiente piel, suficiente saliva, suficiente tiempo, nuestros labios estaban tratando de compensar todos estos años perdidos. Nos besamos. Se encendieron los interruptores de alta tensión.

—Entremos —dice, mitad orden, mitad suplica y con sus piernas aún envolviéndome, le llevo de vuelta a su pequeña casa, de nuevo al sofá, donde hacía sólo unas horas atrás nos dormimos separados. Esta vez estábamos bien despiertos. Y totalmente juntos.

Nos quedamos dormidos y despertamos en la noche, hambrientos. Pedimos comida a domicilio. Comimos arriba en su cuarto encima de la cama. Todo era como un sueño, y la parte más increíble fue despertar en la madrugada. Con Mia. Verla dormir allí y sentirla tan feliz como yo lo estaba. La abracé y me volví a dormir.

Pero cuando me desperté de nuevo, unas horas más tarde, Mia estaba sentada en una silla debajo de la ventana, con las piernas envueltas en una bola, su cuerpo cubierto con una antigua manta de punto. Y parecía miserable, y el temor se implantó como una granada en mi estómago, se sentía casi tan malo como cuando la perdí. Y eso es mucho decir. Todo lo que podía pensar era: *no la puedo perder de nuevo. Eso realmente me mataría esta vez.*

—¿Qué pasa? —le exigí, antes de perder el valor para preguntárselo y hacer algo tan tonto como no decirle nada y dejar que mi corazón se incinerara de nuevo.

—Estaba pensando en la escuela secundaria —Mia dice con tristeza.

—Eso pondría a cualquiera de mal humor.

Mia no muerde el anzuelo. No se ríe. Se desploma en la silla. —Estaba pensando en cómo estamos en el mismo barco de nuevo. Cuando estaba preparándome para Juilliard y tú hacías tu camino, para llegar a dónde... bueno, dónde estás ahora. —Bajó la mirada, torciendo los hilos de la manta alrededor de su dedo hasta que la piel se le quedó en blanco—. Nunca nos preocupamos en como haríamos para que esto funcionara. Y ahora tenemos un día, o... hemos tenido un día. Lo de anoche fue increíble, pero ha sido sólo una noche. Realmente tengo que salir a Japón como en siete horas. Y tú tienes la banda. Tú gira. —Presionó las palmas de sus manos contra sus ojos.

—¡Mia, detente! —Mi voz rebotó en las paredes de su dormitorio—. ¡Ya no estamos en la secundaria!

Me miró, con incertidumbre.

—Mira, mi gira inicia en una semana.

Una pluma de la esperanza empieza a flotar entre nosotros.

—¿Y sabes?, estaba pensando que no me caería mal algo de sushi.

Su sonrisa es triste y lamentable, no es exactamente lo que estaba buscando. —¿Irias a Japón conmigo? —pregunta.

—Ya estoy en eso.

—Eso me encantaría. Pero ¿Y luego qué? Es decir, no estaré allí por mucho tiempo y no es el único lugar al que debo ir...

—Seré tu acompañante —le digo—. Tu *groupie*. Tu utilero. Tu lo que sea. Dondequiera que vayas, iré. Si así lo deseas. Si no, lo comprenderé.

—No, lo deseo. Créeme, lo deseo. Pero, ¿cómo funcionaria? ¿Tus compromisos? ¿La banda?

—No hay más banda. Para mí, al menos, ha terminado. Después de esta gira, se acabo.

—¡No! —Mia sacude la cabeza con tanta fuerza, que sus largos mechones de pelo rozan la pared detrás de ella. La expresión determinada en su rostro, que tanto conozco, hace que mi estomago se revuelva—. No puedes hacer eso por mí —añade, con voz débil—. No voy a aceptar más concesiones.

—¿Concesiones?

—Durante los últimos tres años, todo el mundo, excepto tal vez por la facultad de Julliard, han sido indulgentes conmigo. Peor aún, lo he sido conmigo misma, y eso no me ayuda en absoluto. No quiero ser esa persona, que sólo toma de los demás. He tomado suficiente de ti. No voy a dejar que abandones lo que tanto amas por convertirte en mi guardián.

—Es justo eso —murmuro—. He caído en una especie de desamor por la música.

—Por mi culpa —dice Mia con tristeza.

—Por culpa de la vida —le contesto—. Siempre podré componer y tocar. Incluso grabar de nuevo, pero ahora sólo necesito algo de tiempo a solas con mi guitarra para recordar por qué me metí en la música en primer lugar. Me voy de la banda tanto si eres parte de la ecuación, o no. Y en cuanto a convertirme en tu guardián, en todo caso, yo soy el que lo necesita.

Trato de hacer que suene como una broma, pero Mia siempre puede ver a través de mí, las últimas veinticuatro horas lo han demostrado.

Me mira con esos ojos de rayo láser.

—¿Sabes? He pensado mucho en eso estos dos últimos años —dice con voz ahogada—. Acerca de quién estaría allí para ti. ¿Quién sostenía tu mano mientras estabas afligido por todo lo que habías perdido? —Las palabras

de Mia removieron algo dentro de mí y de repente habían lágrimas por toda mi maldita cara de nuevo. No había llorado en tres años y ahora esta era como la segunda vez en dos días.

—Ahora es mi turno de velar por ti —susurra, acercándose a mí, sosteniéndome y envolviéndome en su manta, como si me estuviera desmoronando. Me sostiene hasta que puedo recuperar mi cromosoma Y. Luego se vuelve hacia mí, con una mirada un poco lejana en sus ojos—. El próximo sábado es tu festival, ¿Cierto? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Tengo dos recitales en Japón y uno en Corea el jueves, así que podría estar fuera de allí el viernes, y tú tendrías un día para viajar al oeste. Y no tendré mi próximo compromiso en Chicago hasta una semana después de eso. Así que podríamos volar directamente de Seúl a Londres.

—¿Qué quieres decir?

Se ve tan tímida cuando me lo pregunta, como si fuera más probable que cayera una bola de nieve en el infierno a que yo le dijera que sí, como si esto no fuese lo que siempre he querido.

—¿Puedo ir al festival contigo?

Capítulo 22

Traducido por Javy

Corregido por Andy Parth

—¿Cómo es que nunca puedo ir a ningún concierto? —preguntó Teddy.

Estábamos todos sentados alrededor de la mesa, Mia, Kat, Denny, Teddy, y yo, el tercer “hijo”, que había llegado a comer de más. No me podían culpar de eso. Denny era un cocinero mucho mejor que mi mamá.

—¿Cómo es eso, Pequeño Hombre? —preguntó Denny, vertiendo una porción de puré de patatas en el plato de Teddy, al lado del salmón a la parrilla y junto a la espinaca que Teddy había tratado —sin éxito— de rechazar.

—Estaba mirando a los antiguos álbumes de fotos. Y Mia fue a todos estos conciertos todo el tiempo. Incluso cuando ella era un bebé. Y nunca he conseguido ir a uno. Y prácticamente tengo ocho años.

—Acabas de cumplir siete hace cinco meses —Kat rió a carcajadas.

—Sin embargo. Mia fue a uno antes de que pudiera caminar. ¡No es justo!

—¿Y quién ha dicho que la vida es justa? —preguntó Kat, levantando una ceja—. Ciertamente yo no. Soy seguidora de La Escuela de Golpes Duros.

Teddy se volvió hacia un blanco más fácil.

—¿Papá?

—Mia fue a conciertos porque eran mis espectáculos, Teddy. Eran nuestras horas familiares.

—Y tú puedes asistir a conciertos —dijo Mia—, si vienes a mis recitales.

Teddy parecía tan disgustado como lo había estado cuando Denny le sirvió la espinaca.

—Eso no cuenta. Quiero ir a conciertos fuertes y con desgaste de los silenciadores.

Los silenciadores eran unos gigantescos auriculares que Mia había usado al igual que una niña pequeña cuando había asistido a los shows de la

vieja banda de Denny. Él había estado en una banda punk, una banda de punk muy ruidosa.

—Los silenciadores se han retirado, me temo —dijo Denny. El padre de Mia hacía mucho tiempo que había renunciado a su banda. En la actualidad era un profesor de secundaria que usaba trajes antiguos y fumaba pipa.

—Podrías ir a uno de mis shows —le dije, partiendo un trozo de salmón.

Todos en la mesa dejaron de comer y me miraron, cada uno de los miembros adultos de la familia Hall me dieron una mirada diferente de desaprobación. Denny sólo lucía cansado por la caja de Pandora que yo acababa de abrir. Kat parecía molesta por mi subversión hacia su autoridad de padre. Mia que, por alguna razón, tenía este gigantesco muro de Iglesia-Estado⁴⁴ entre su familia y mi banda entrecerró sus puños. Sólo Teddy —quien se levantó sobre sus rodillas en su silla, aplaudiendo— todavía estaba en mi equipo.

—Teddy no se puede quedar levantado hasta tan tarde —dijo Kat.

—Tú dejaste a Mia permanecer hasta muy tarde, cuando ella era pequeña —disparó Teddy de regreso.

—No podemos quedarnos hasta tan tarde —dijo Denny cansadamente.

—Y yo no creo que sea apropiado —resopló Mia. Inmediatamente, sentí la molestia familiar en mi estómago. Porque eso era lo que nunca he entendido. Por un lado, la música era el vínculo común entre Mia y yo, y yo siendo un chico de todo-rock tenía que ser parte de su atracción.

Y ambos sabíamos que el punto de terreno común que habíamos encontrado en la casa de su familia —donde pasábamos todo el tiempo— en la fabricación de un refugio para nosotros. Pero ella casi había prohibido a su familia mis espectáculos. En el año que habíamos estado juntos, nunca habían asistido. A pesar de que Denny y Kat habían dado a entender que les gustaría asistir, Mia siempre había inventando excusas por el programa del show o que no era el momento adecuado.

—¿Apropiado? ¿Acabas de decir que no es "apropiado" para Teddy venir a mi show? —pregunté, tratando de mantener el nivel de voz.

—Sí, lo hice. —No podía haber sonado más a la defensiva o insolente si lo hubiera intentado.

⁴⁴ **Churchstate Wall:** Significa muro entre la Iglesia y el Estado y hace referencia a las relaciones tirantes, desgastadas y conflictivas entre el Estado y la Iglesia...

Kat y Denny intercambiaron entre sí una mirada. Cualquiera que hubiera sido la molestia que habían tenido conmigo ahora se había convertido en simpatía. Ellos sabían la desaprobación que Mia sentía.

—Okay, primero que nada, tienes dieciséis años. No eres una bibliotecaria. Entonces no tienes permitido decir “apropiado”. Y en segundo lugar, ¿por qué diablos no?

—Muy bien, Teddy —dijo Kat, recogiendo el plato de cena de Teddy—, puedes comer en la sala de estar delante de la TV.

—De ninguna manera, ¡Quiero ver esto!

—¿Bob Esponja? —Denny ofreció, tirando de él por el codo.

—Por cierto —le dije a Denny y a Kat—, el programa en que estaba pensando es el gran festival que viene a la costa el próximo mes. Será durante el día, en un fin de semana, y fuera, entonces no será tan fuerte como otros. Es por eso que pensé que sería genial para Teddy. Para todos ustedes, en realidad.

La expresión de Kat se suavizó. Ella asintió con la cabeza. —Eso suena divertido.

Entonces ella hizo un gesto a Mia como diciéndole: Pero tú tienes un pescado más grande que freír⁴⁵.

Los tres de ellos salieron arrastrando los pies de la cocina. Mia se escabulló hasta el fondo en su silla, luciendo culpable y como si no hubiera manera en el infierno que la hiciera ceder ni un milímetro.

—¿Cuál es tu problema? —exigí—. ¿Cuál es tú complejo con tu familia y mi banda? ¿Piensas que apestamos tanto?

—¡No, claro que no!

—¿Te molesta tu padre y yo hablando de música todo el tiempo?

—No, no me importa que hablen de rock.

—Entonces, ¿Qué es, Mia?

La más pequeña de las lágrimas rebeldes se formó en los bordes de sus ojos y ella les dio un manotazo furioso para apartarlas.

—¿Qué? ¿Cuál es el problema? —pregunté, ablandándome. Mia no era propensa a las lágrimas de cocodrilo, o a cualquier tipo de lágrimas,

⁴⁵ “Tienes un pescado más grande que freír”: Es algo así como: Tienes asuntos más grandes que atender.

reales. Ella sacudió la cabeza. Los labios sellados—. ¿Quieres sólo decírmelo? No puede ser peor de lo que estoy pensando. Creo que te avergüenzas de *Shooting Star* porque crees que apestan al infierno santo.

Sacudió la cabeza otra vez. —Sabes que es no es cierto. Es que... —Hizo una pausa, como si tomara el peso de una gran decisión. Luego suspiró— ...la banda. Cuando estás con la banda, ya te tengo que compartir con todos. No quiero agregar a mi familia al paquete, también.

Luego perdió la batalla y comenzó a llorar.

Toda mi molestia se derritió. —Eres tonta —canturreé, besándola en la frente—. No me compartes. Tú me posees.



Mia cedió. Toda su familia llegó al festival. Fue un fantástico fin de semana, veinte bandas del Noroeste, ni una nube de lluvia a la vista. Todo esto pasó a la infamia, generando un CD grabado en vivo y una serie de fiestas que continúan hasta estos días.

Teddy había insistido en usar los silenciadores, por lo que Kat paso horas y horas de quejas cavando a través de las cajas en el sótano hasta que finalmente los había encontrado. Mia en general, le gustaba estar detrás del escenario en los shows, pero cuando tocó *Shooting Star*, ella estaba justo en frente del escenario, justo por encima del pogo, bailando con Teddy todo el tiempo.

Capítulo 23

Traducido por alexiia ☪

Corregido por Andy Parth

Primero me inspeccionaste,

Luego me diseccionaste,

Entonces me rechazaste.

Espero el día

En el que me resucites.

Animate —Daño Colateral, Pista 1

Cuando nuestro vuelo aterriza en Londres, está resbaloso por la lluvia, entonces los dos nos sentimos como en casa. Son las cinco de la tarde cuando entramos. Estamos en Guildford por la noche. Tocamos la noche siguiente. Entonces es la cuenta regresiva hasta la libertad total. Mia y yo hemos elaborado un calendario para los próximos tres meses, mientras estoy de gira y ella también, nos reunimos aquí y allá donde podamos visitarnos fácilmente. No va a ser una delicia, pero en comparación a los tres últimos años, todavía se sentirá como el cielo.



Son más de las ocho cuando llegamos al hotel. Le he pedido a Aldous que me pusiera en el mismo lugar que el resto de la banda, no sólo para el festival, sino para la duración de la gira. Cualquiera de los sentimientos que tengan sobre yo dejando *Shooting Star*, dormir a dos millas de distancia no los reducirán de ninguna manera. No he mencionado algo sobre Mia a Aldous ni a nadie, y milagrosamente, nos las hemos arreglado para mantener su nombre fuera de las noticias hasta ahora. Nadie parece saber que me había pasado la semana pasada en Asia con ella. Todo el

mundo estaba demasiado ocupado por Bryn y su nuevo interés amoroso, algún actor australiano.

Hay una nota en la recepción que me informaba que la banda estaba teniendo una cena privada en el patio y me piden unirme a ellos. De repente me siento como si estuviera siendo llevado a la ejecución y después del viaje de quince horas no deseo nada además de ducharme, tal vez los vea mañana. Sin embargo, Mia jala mi mano. —No, hay que ir.

—¿También vienes? —Me siento mal preguntándole. Ella tocó en tres intensamente increíbles y locos bien recibidos conciertos en Japón y Corea, y luego voló la mitad del camino de todo el mundo y directamente a mi psicodrama. Pero todo esto va a ser soportable si ella está conmigo.

—¿Estás seguro? —pregunta—. No quiero entrometerme.

—Confía en mí, si alguien se entromete, soy yo.

El botones lleva nuestro equipaje a la habitación, y el conserje nos lleva a través del vestíbulo. El hotel está en un viejo castillo, pero ha sido tomado por los rockeros y un grupo de músicos, recibo algunos “Hey” pero estoy demasiado nervioso en este momento para responder. El conserje nos conduce a un patio con poca luz. Toda la banda está allí, a lo largo de un buffet gigante que sirve un asado tradicional Inglés.

Liz es la primera en darse la vuelta. Las cosas no han sido lo mismo entre nosotros dos por la gira de *Daño Colateral*, pero la mirada que me da ahora, no sé cómo describirla: No como ‘eres mi mayor decepción en la vida’, sino que trata de elevarse por encima de eso, para parecer casual, como si yo fuera uno de los fans, uno de los hangerson, una de las muchas personas que quieren algo que ella no está obligada a dar.

—Adam —dice con un gesto brusco.

—Liz —digo con cautela.

—¡Oye, imbécil! ¡Qué amable de tu parte unirme a nosotros! —La voz de Fitzzy es a la vez sarcástica y acogedora, como si no pudiera decidir qué camino tomar.

Mike no dice nada. Él sólo pretende que no existo.

Y entonces siento el roce de los hombros de Mia mientras ella sale de detrás de mí. —Hola, chicos —dice.

La cara de Liz se convierte blanca por un momento. Como si no reconociera a Mia. Luego mira asustada, como si hubiera visto un

fantasma. Entonces mi fuerte, resistente, baterista está con su labio inferior temblando, y entonces arruga la cara. —¿Mia? —pregunta con voz temblorosa—. ¿Mia? —pregunta esta vez más fuerte—. ¡Mia! —dice, las lágrimas corriendo por su rostro antes de que ella le abrasara.

Cuando la suelta, pone a Mia a una distancia y la mira y luego a mí y luego a Mia.

—¡¿Mia?! —grita, tanto preguntando y respondiendo a su propia pregunta. Luego se vuelve hacia mí. Y si no me perdona, entonces por lo menos me entiende.



La lluvia sigue durante todo el siguiente día.

—Encantador verano el que estamos teniendo —bromea todo el mundo. Se ha convertido en mi hábito alejarme en este tipo de festivales gigantes, pero teniendo en cuenta que este es probablemente el último por un tiempo, al menos como un participante, me relajo, escucho algunas de las bandas en los escenarios secundarios, me pongo al día con viejos amigos y conocidos, e incluso hablo con un par de periodistas de rockeros. Soy cuidadoso hablando de la desintegración de la banda. Que saldrá en su tiempo, y voy a dejar que los demás decidan la forma de liberar esta noticia. Yo, sin embargo, hago un breve comentario sobre Bryn y yo dividiéndonos, que sabe toda la prensa sensacionalista de todos modos. Preguntan sobre mi chica misteriosa de nuevo, simplemente digo “sin comentarios”.

Sé que todo esto va a salir muy pronto, y aunque deseo a Mia fuera de este circo, no me importa si todo mundo sabe que estamos juntos.

En el momento que son las 9 pm todos se empiezan a mover, la lluvia ha disminuido a una suave niebla que parece bailar en el último crepúsculo del verano. El público ha aceptado desde hace mucho tiempo el chapoteo. Hay barro por todas partes y la gente se balancea alrededor de ella como si fuera Woodstock o algo así.

Antes del acto, la banda estaba nerviosa. El Festival hizo esto para nosotros. Una apuesta más grande que los conciertos regulares, incluso el estadio que muestran los Festivales tienen multitudes exponencialmente

mayor, y multitudes que incluyen nuestros compañeros músicos. Excepto que esta noche, estoy tranquilo. Ya acomodé mi vida. No hay nada que perder. O tal vez ya lo he perdido y encontrado, y cualquier otra cosa que puede que pierda, no tiene nada que ver con lo que está en este momento. Que puede explicar cómo me la estoy pasando aquí, como cuando tocaba a través de nuestras nuevas canciones en mi antigua Les Paul Junior, otra parte de la historia que me trajo de vuelta de entre los muertos. Liz hizo una doble toma cuando me vio.

—Pensé que te deshiciste de eso —había dicho ella.

—Sí, yo también —respondí dándole una sonrisa privada a Mia.

Tocamos canciones de nuestro nuevo álbum, arrojando algunos huesos de *Daño Colateral* y antes de saberlo, estamos casi al final del acto. Miro hacia abajo a la lista que está en un tubo pegado con cinta en parte delantera del escenario.

Garabateado allí, en letras de molde de Liz está la última canción antes de irnos. *Animate*. Nuestro himno, nuestro viejo productor Gus Allen, la llamó así. El comienzo de *Daño Colateral*, los críticos la llamaron. Probablemente nuestro mayor éxito de todos. Una gran multitud nos acompaña en los coros durante los conciertos, al público le encanta cantarla.

Es también una de las pocas canciones que hemos hecho con cualquier tipo de producción, una sección de cuerdas de los violines que están en la pista grabada, aunque no los tenemos en vivo. Así que cuando empezamos con ella, la multitud enloquece de emoción, pero lo único que está en mi cabeza es el sonido de su violonchelo. Por un segundo, tengo una visión de sólo los dos en alguna habitación de un hotel anónimo en algún lugar desconocido, ella en su violonchelo, yo en mi guitarra, tocando esta canción que escribí para ella. Y una mierda, eso me hace tan malditamente feliz.

Yo canto la canción con todo lo que tengo. Entonces llegamos al coro: *Ódiame. Devástame. Aniquíllame. Recréame. Recréame. No es así, no es así, no me vas a recrear.*

En el álbum, el coro se repite una y otra vez, mucha furia y pérdida, y se ha convertido en una cosa durante la canción que no me deja cantar, y giro el micrófono hacia el público y dejo que se hagan cargo. Cuando giro el micrófono hacia ellos, la multitud enloquece, cantando mi canción, cantando mi súplica.

Los dejo repitiendo el coro y doy un pequeño paseo alrededor del escenario. El resto de la banda ve lo que está pasando por lo que sólo siguen repitiendo lo mismo. Cuando me acerco a un lado del escenario, la veo allí, donde siempre se sintió más cómoda, sin embargo, en el futuro previsible, ella será mi reflector, y yo voy a ser una de sus cuerdas, y eso se siente bien, también.

El público sigue cantando, sigue haciéndome caso, y yo sigo caminando hasta que estoy lo suficientemente cerca para ver sus ojos. Y entonces comienzo a cantar el estribillo. Con ella. Y ella me sonríe, y es como si fuéramos las únicas dos personas aquí, las únicas que saben lo que está sucediendo. Y es que esta canción que todos estamos cantando juntos se está reescribiendo. Ya no es un escrito furioso gritado al vacío. Justo aquí, en este momento, por delante de ochenta mil personas, se está convirtiendo en algo más.

Este es nuestro nuevo voto.

Fin del Libro

Sobre la autora:

Gayle Forman



Gayle Forman: Nacida el 05 de junio 1970, es una escritora americana que inició su carrera escribiendo para la revista *Seventeen* la mayoría de sus artículos estaban dirigidos a los jóvenes y las preocupaciones sociales. Más tarde se convirtió en una periodista independiente para publicaciones como las revistas *Datos*, *Jane*, *Glamour*, *The Nation*, *Elle* y *Cosmopolitan Magazine*. En el 2007 publicó su primera novela para jóvenes adultos llamada *Sisters in Sanity* basada en artículos que había escrito para *Seventeen*. Su novela más reciente *If I Stay – Si Decido Quedarme* es acerca de una adolescente de 17 años involucrada en un trágico accidente automovilístico. La novela sigue la experiencia de Mia mientras se encuentra en estado de coma, plenamente consciente de lo que está sucediendo a su alrededor y todo lo que sus visitantes dicen y hacen. Sintiendo el dolor por la pérdida de los más cercanos y todavía siendo consciente del gran amor de los que quedan, tiene que tomar la decisión de quedarse o irse. También escribió una secuela de *Si decido Quedarme* llamada *Where She Went*. Se trata de la relación de Adam y Mia después del accidente. Escrita desde el punto de vista de Adam.

I ♥ Purple Rose

www.purplerose1.activoforo.com